

▶▶ **20 años**
creando
territorios
posibles

▶▶ **20 años
creando
territorios
posibles**

Fondo Acción

Directora Ejecutiva

Natalia Arango

Director Administrativo y Financiero

Luis Germán Botero

Directora Técnica

Elizabeth Valenzuela

Directora Jurídica

Sofía Cuenca

Coordinadora de Comunicaciones

Luisa Fernanda Mendoza

Analista de Comunicaciones

Salomé Sanchez

Consejo Directivo Fondo Acción

Presidenta del Consejo –

Consejera de Niñez

Carolina Turriago

Representante Gobierno de Colombia –

Departamento Nacional de Planeación

Carolina Díaz

Representante Ministerio de

Ambiente y Desarrollo Sostenible

David Olarte

Representante Gobierno de los Estados

Unidos – Departamento de Estado

Camilo Cardozo

Consejero de ambiente

Padu Franco

Representante del sector privado

Sandra Abella

Fondo Acción

Ambiente y niñez

.Puntoaparte
Editores

www.puntoaparte.com.co

Fotógrafos

Óscar Orrego

David Rugeles

Federico Ríos

Hanz Rippe

Colectivo de comunicaciones 'El Razonero' – Cocomasur

Andrés Cardona

Sixzero Media

Mario González

Mucho Colombia

Equipo editorial

Textos

Andrea Salgado Cardona

.Puntoaparte Editores

Director Editorial

Andrés Barragán

Ilustrador

Guillermo Tórres

Director de Arte

Mateo L. Zúñiga

Diseñadores

Jerson Siabato

Jeisson Reyes

Nicolás Carvajal

Corrector de estilo

Liliana Valencia

Bogotá, diciembre de 2020

© Fondo Acción www.fondoaccion.org

f @fondoaccion

ISBN 978-958-52846-4-7

Está prohibida la reproducción de esta publicación para la venta o para otros fines comerciales sin permiso escrito previo de quien detenta los derechos de autor.

▶▶ **20 años**
creando
territorios
posibles



Prólogo

Dice la escritora norteamericana Ursula K. LeGuin en su libro «Contar es Escuchar», que todo ejercicio de comunicación verdadera es un intercambio genético que modifica estructuralmente todas las partes involucradas. Han pasado veinte años desde que el Fondo Acción inició el ejercicio de estructuración que le ha permitido ser lo que es hoy en día y la reflexión de la autora, reconocida entre muchos títulos, por la construcción de la utopía ecológica feminista, *El nombre del mundo es bosque*, parece describir el proceso vivido: la organización, como cualquier otro ser vivo, ha ido tomando forma de interacción con otros, no imponiendo paradigmas, sino realizando un ejercicio de escucha y de diálogo profundo.

En esencia, el libro que usted tiene ahora en sus manos es el registro de la construcción de una organización que se ha ido gestando con sus aliados, que crece y se hace fuerte al fortalecer y dinamizar el crecimiento de las organizaciones. Comienza con el diálogo, codo a codo, entre un equipo de trabajo compuesto por mujeres y hombres a quienes se les ha encargado imaginar juntos formas de inversión de alto impacto en medio ambiente y niñez con los dineros de los canjes de deuda de la Cuenta de la Américas y del TFCA (Tropical Forest Conservation Agreement). Continúa con la construcción y consolidación de un mecanismo financiero, producto también del diálogo a largo plazo con la realidad económica del mundo, que logró la sostenibilidad financiera de la organización.

Registra el trabajo conjunto con Red-LAC (Red de Fondo Ambientales de Latinoamérica y el Caribe) que permitió el diseño del primer estándar de proyectos REDD+ para la Amazonía y la llevó a trabajar con comunidades negras e indígenas en el Pacífico. Cuenta el proyecto Conserva Colombia, realizado de la mano con The Nature Conservancy, que permitió, no solo la declaratoria de áreas protegidas locales, sino que llevó a la organización a la realización de acuerdos sociales y democráticos entre la sociedad civil y autoridades para la protección de la naturaleza. Continúa con la difícil bajada de la organización al primer piso; las primeras entradas al Caquetá junto a ACT (Amazon Conservation Team) para encontrar formas de detener la degradación y la desaparición de los bosques mediante el fortalecimiento

de la gobernanza local y el fomento de medios de vida sostenible de las comunidades. Termina mostrando en voces de los aliados en distintos territorios del país, el proceso y resultado de las líneas de inversión en las que la organización ha concentrado sus esfuerzos durante estos años (conservación, niñez, desarrollo rural sostenible y cambio climático) y termina con la proyección del futuro, imaginando las acciones e inversiones que estará realizando en el año 2040.

Esta es la historia de los veinte años de una organización que ha entendido que su labor consiste en reconocerse al mismo tiempo una pieza pequeña y poderosa del entramado natural, social y cultural del que hace parte; una que, como las micorrizas, para avanzar en su camino, debe entrar en simbiosis con otros.

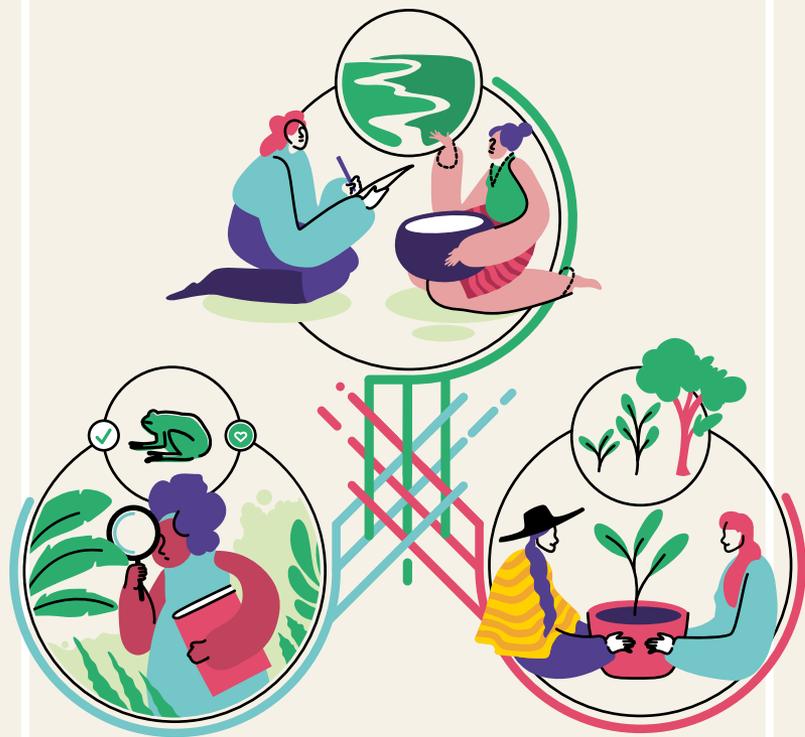


CAPÍTULO

1

Organizar la casa

Página 17



CAPÍTULO

2

Tejer una historia

Página 33



CAPÍTULO

3

Imaginar el futuro

Página 53



CAPÍTULO

4

Invertir en el poder de la gente

Página 115

Nuestra historia



2000 Nace un nuevo fondo por la biodiversidad y la niñez de Colombia

Somos creados para ser el administrador del primer canje de deuda por conservación del país, firmado entre el gobierno de EE.UU. y Colombia.

2004 Protegiendo los bosques tropicales a través del TFCA

Nos convertimos en el administrador del Acuerdo para la Conservación de Bosques Tropicales de Colombia (TFCA), firmado entre el gobierno de Colombia y EE.UU, con el apoyo de Conservación Internacional, The Nature Conservancy y World Wildlife Fund para promover iniciativas que conserven y promuevan el uso sostenible de los bosques.

2006 Trabajando por los niños y niñas de Colombia

Creamos el primer fondo patrimonial del país, dedicado exclusivamente a la primera infancia en Colombia, el Fondo de Becas Glen Nimnicht, junto a la Fundación CINDE en un esfuerzo de largo plazo para mejorar la atención a niños y niñas en Colombia.



2008 Fortaleciendo nuestros procesos

Implementamos el Sistema de Gestión de Calidad que nos permitió estandarizar nuestros procesos y procedimientos siguiendo la norma ISO 9001.



2005 - 2008 Un fondo privado con visión empresarial

Adoptamos la metodología del Cuadro de Mando Integrado (CMI - *Balanced Scorecard*), que nos permitió evaluar y mejorar el rendimiento de la organización en cuatro dimensiones.

Establecimos el primer Fondo Patrimonial para garantizar la sostenibilidad de la organización.

Creamos el primer fondo patrimonial para la sostenibilidad del Santuario de Fauna y Flora Malpelo gracias a los aportes del Pueblo de los Estados Unidos de América y Conservación Internacional.

Fortalecimos nuestra relación con los ejecutores adoptando un acompañamiento integral que incluye aspectos financieros, administrativos, jurídicos, técnicos y de liderazgo.

2009 - 2012

Seguimos creciendo de la mano de nuevos clientes

Desde nuestro plan estratégico, buscamos la diversificación de nuestros clientes, vinculándonos con el sector privado y creando un esquema multicuenta, multidonante lo que nos permite el crecimiento en este periodo.

Entramos al mundo de los pagos por servicios ambientales con proyectos como: Fondos de Agua, Ganadería Colombiana Sostenible, Portafolio REDD+ Comunitario.

2013 - 2016

De administrador de proyectos a ejecutor directo en territorio

Avanzamos en nuestro proceso de consolidación, ejecutando directamente: Paisajes Conectados Caquetá, lo que nos motivó a crear el área de gestión de conocimiento y fortalecer el área de comunicaciones.

2020

Hacia un portafolio de inversión 100% sostenible

Transformamos nuestro portafolio tradicional de inversiones de fondos patrimoniales a un portafolio 100% sostenible.

2018

Somos la primera ONG del país en ser acreditada ante el Fondo Verde del Clima

La acreditación ante el Fondo Verde del Clima nos permite canalizar, de forma directa, recursos para la mitigación y adaptación al cambio climático.

2018

Invertimos en negocios sostenible a través de FIMI

Creamos el Fondo de Inversiones Misional de Impacto (FIMI) que le apuesta al poder de los negocios sostenibles que buscan tener un impacto positivo en las comunidades y territorios.

2017 - 2020

Nuestra meta: construir más territorios en paz y sostenibles

Buscamos fortalecer las sinergias entre sostenibilidad ambiental, desarrollo rural, equidad y paz en los territorios, con un enfoque que involucra a los niños, niñas y adolescentes, fortaleciendo así la sostenibilidad generacional.

2015

Premiamos el trabajo en primera infancia en Colombia

Creamos el Premio Marta Arango Montoya, junto a la Fundación CINDE para reconocer a aquellos que investigan y trabajan por la primera infancia en Colombia.



En 20 años hemos

Invertido más de

USD 100.000.000

en proyectos de ambiente y niñez

Entregado el 53% de
los recursos a más de

1.200 organizaciones

Invertido en esquemas
de pago por servicios
ambientales

USD 16.466.767



*Los valores fueron calculados con la TRM representativa promedio anual.

La Minga

Para garantizar la sostenibilidad financiera de tres áreas protegidas en la Costa Pacífica.

Fondo de Inversiones Misionales de Impacto (FIMI)

Un fondo que invierte en negocios sostenibles que buscan retornos sociales, ambientales y financieros.

Creado

6

mecanismos financieros

TFCA

Para promover iniciativas de la sociedad civil para conservar, proteger, restaurar y promover el uso sostenible de los bosques tropicales en Colombia en beneficio de las comunidades locales.

Fondeo proyectos forestales

Mecanismo que apoya el establecimiento de proyectos de reducción de emisiones de gases efecto invernadero.

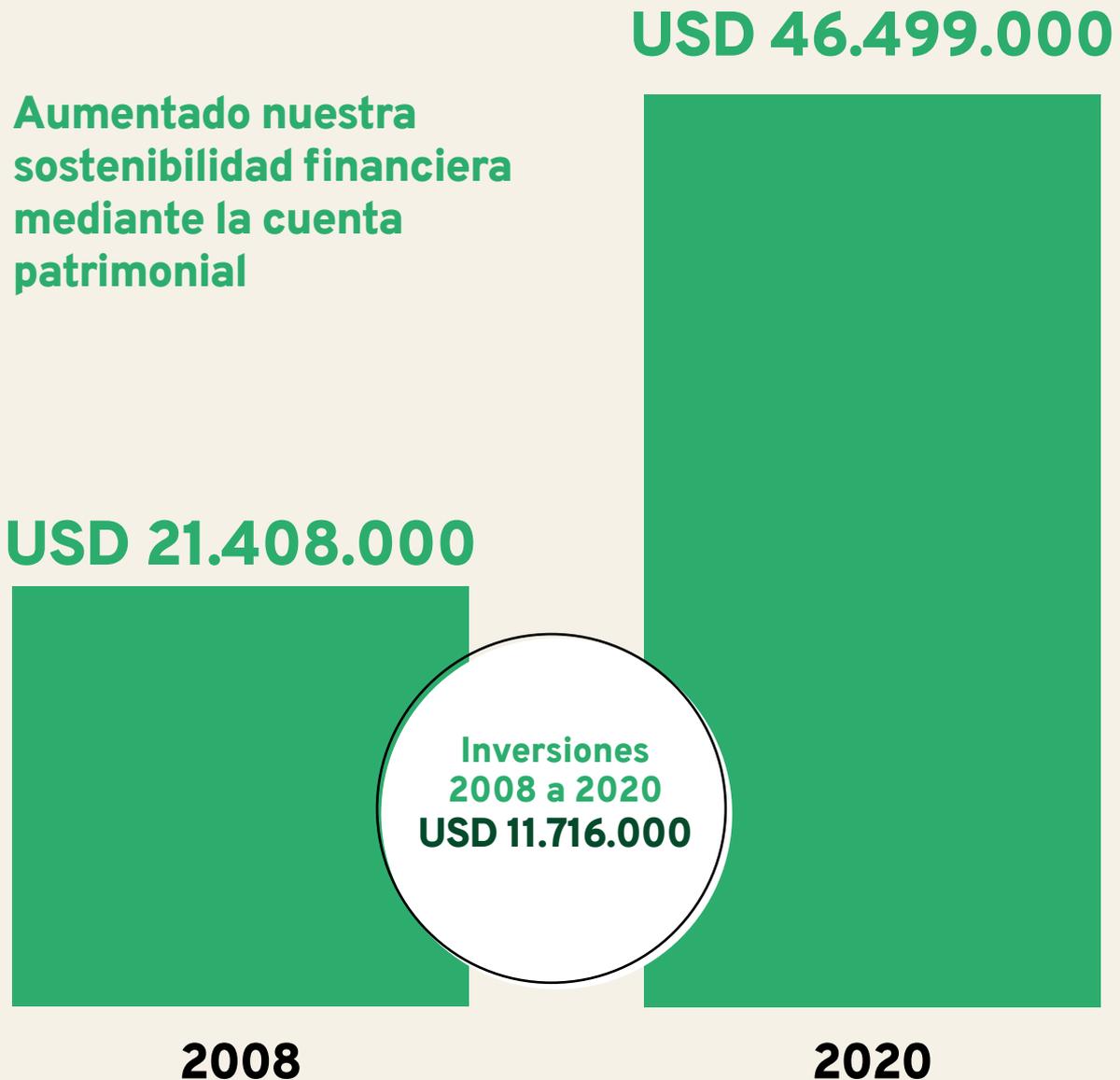
Fondo Patrimonial Malpelo

Primera cuenta patrimonial para un área protegida en el país.

Fondo de Becas Glenn Nimnicht

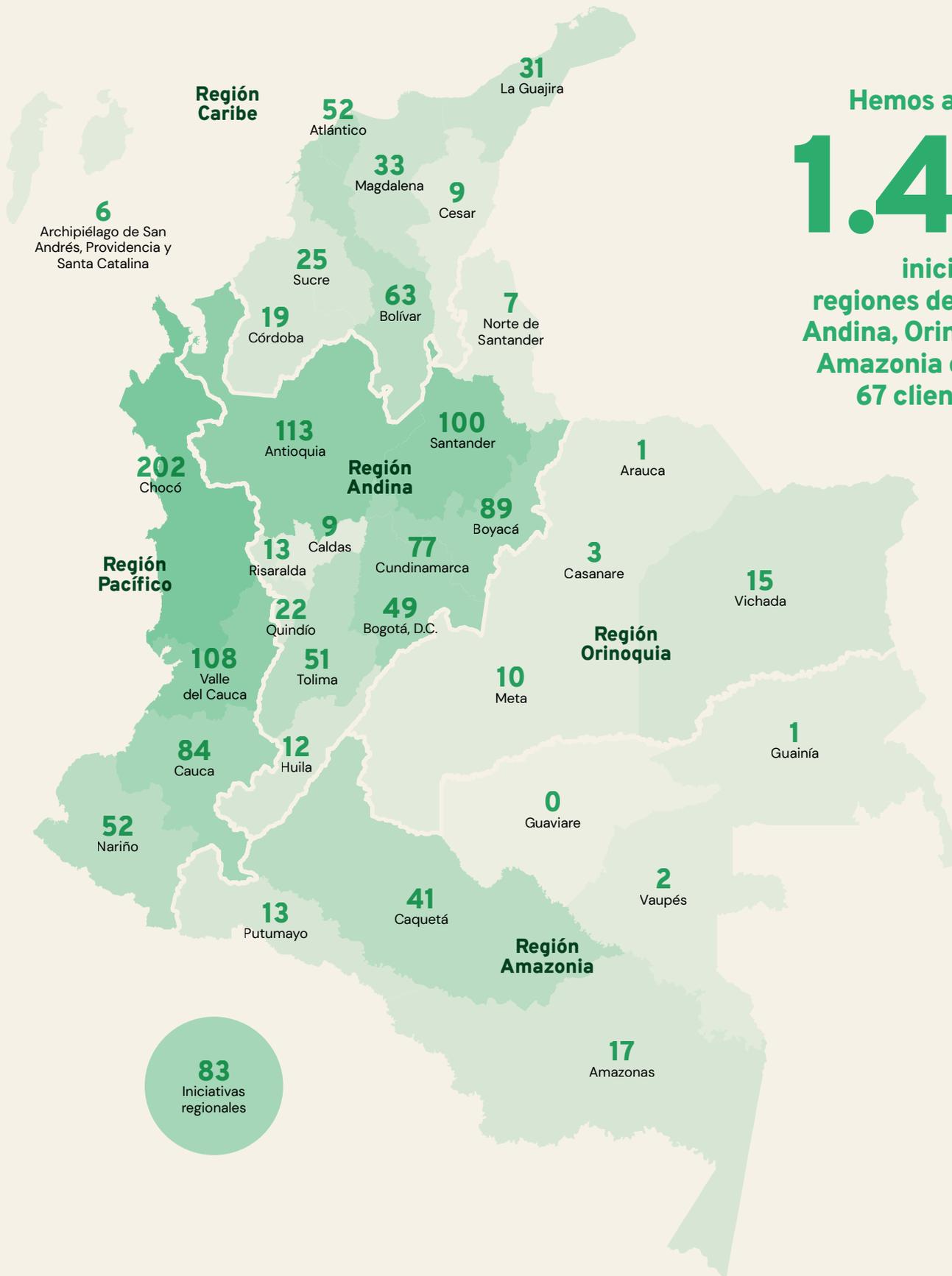
La primera cuenta patrimonial del país dedicada a la primera infancia en Colombia.

En 20 años hemos

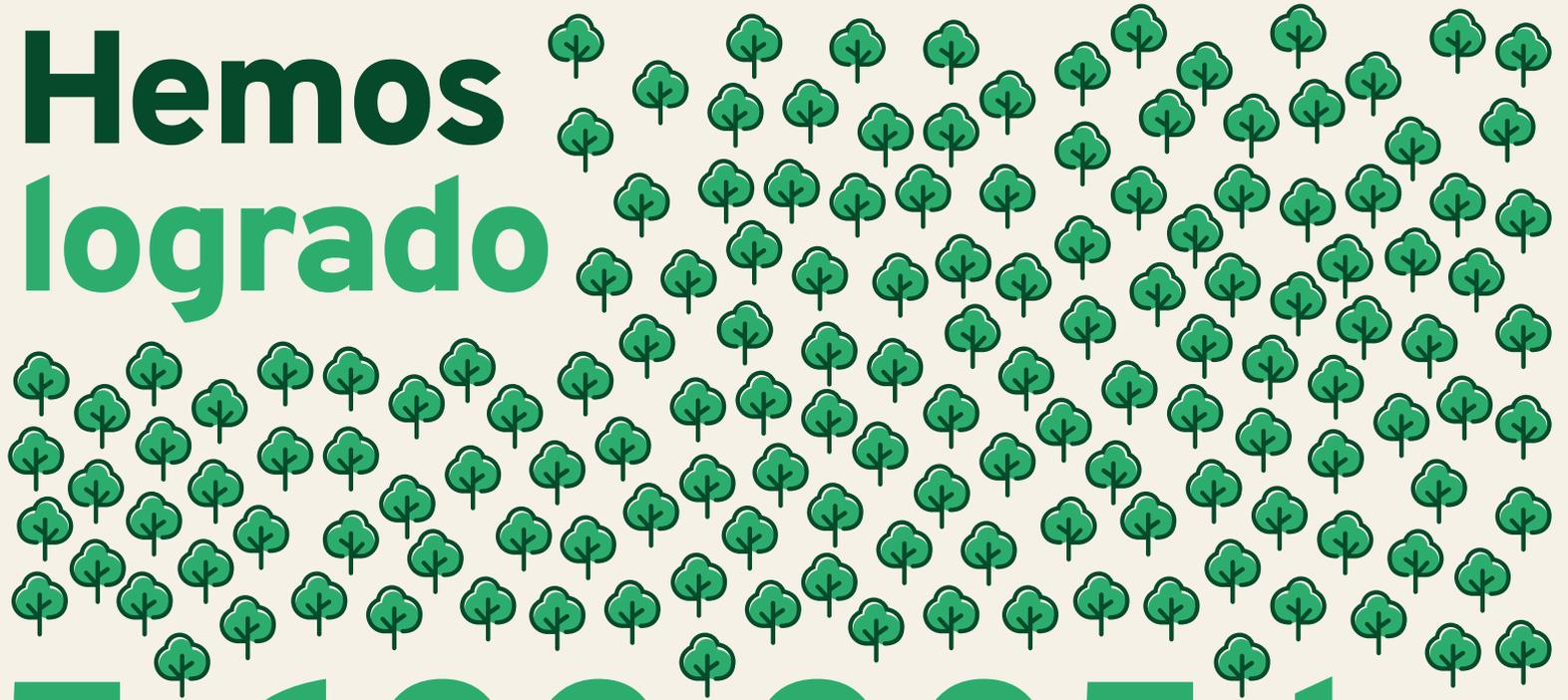


Hemos apoyado más de
1.400

iniciativas en cinco
regiones del país: Pacífico,
Andina, Orinoquia, Caribe y
Amazonia con el apoyo de
67 clientes y donantes.

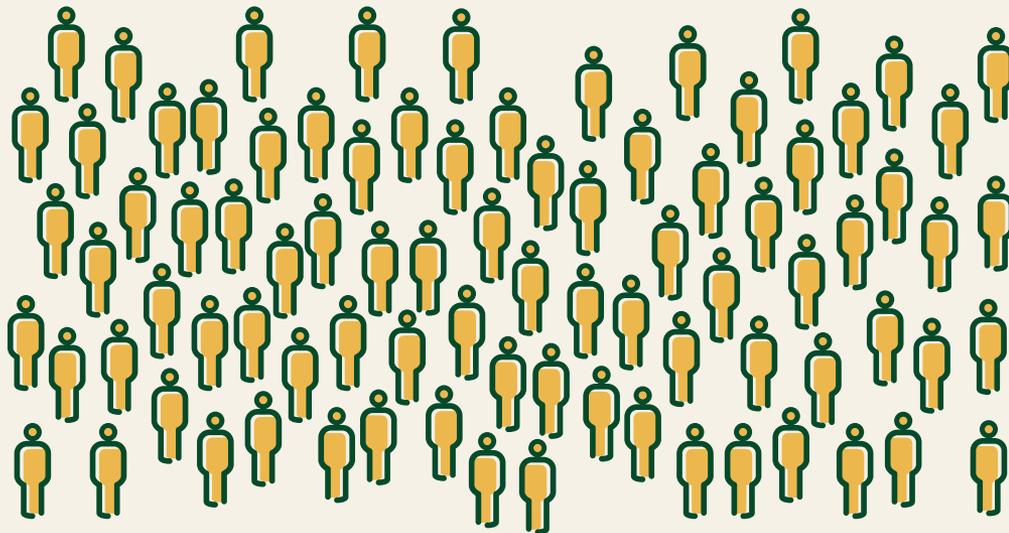


Hemos logrado



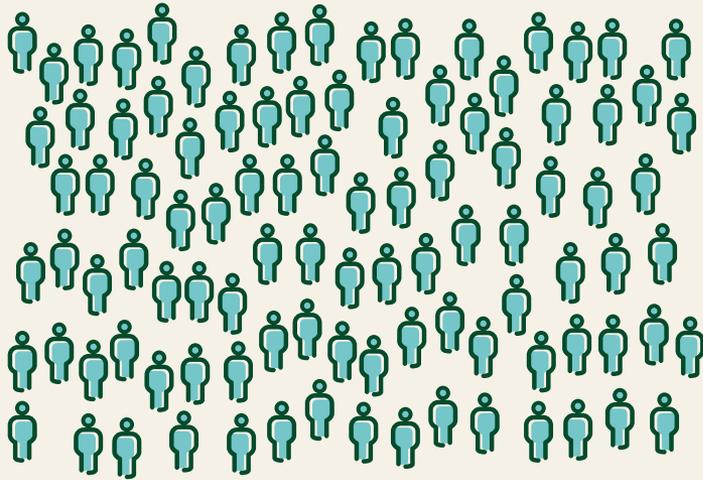
5.603.005 ha

de hábitat bajo manejo para la conservación y uso sostenible



19.466 personas

con mejores
competencias para
su trabajo en medio
ambiente o niñez



8.600

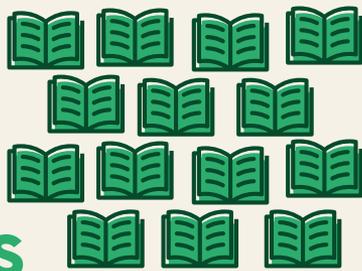
niños, niñas y adolescentes

beneficiados por las inversiones en educación, formación de cuidadores y maestros, mejora de espacios e infraestructura para su desarrollo

92

productos

de conocimiento relacionados con política pública difundidos



95

plataformas

de participación y/o espacios operativos de interlocución fomentados o activados



45

espacios

mejorados para el trabajo en medio ambiente o niñez (infraestructura, adecuación, dotación y/o administración)



19

cadenas

productivas fortalecidas





Organizar la casa

► Una mirada más allá del límite

Desde la ventana de un piso veintisiete donde se encuentran las oficinas de Fondo Acción se puede ver la ciudad extendiéndose hasta chocar con los Cerros Orientales. Ese dinosaurio con muchas jorobas crea un límite, una frontera visual. Hasta acá puedes llegar; parece decir «No hay horizonte».

Para entender el origen de la organización es necesario retroceder hasta el año 1990, cuando el presidente de Estados Unidos, George Bush, pronunció en la Casa Blanca un discurso que tituló «Iniciativa para las Américas», en el cual planteaba ideas para el trabajo conjunto con Latinoamérica y el Caribe sobre tres temas coyunturales para el desarrollo económico del hemisferio: intercambio comercial, inversiones y deuda externa.

—Fondo Acción era un fondo extinguido—dice Germán Botero, director administrativo y financiero de la organización—, es decir que tenía unos recursos económicos para ser administrados hasta que se agotaran. Cuando esto ocurriera, íbamos a dejar de existir, más o menos para el año 2014. Desde 2016 los recursos se habrían acabado, pero mira, han pasado veinte años y acá seguimos.

Para entender el origen de la organización es necesario retroceder hasta el año 1990, cuando el presidente de Estados Unidos, George Bush, pronunció en la Casa Blanca un discurso que tituló «Iniciativa para las Américas», en el cual planteaba ideas para el trabajo conjunto con Latinoamérica y el Caribe sobre tres temas coyunturales para el desarrollo económico del hemisferio: intercambio comercial, inversiones y deuda externa.

Sobre este último punto, Bush señaló la importancia de fortalecer las políticas ambientales del hemisferio y planteó la posibilidad de la creación de un modelo de canje de deuda externa por naturaleza que sería administrado por fondos ambientales en Latinoamérica y el Caribe. Los intereses devengados por la deuda contraída con Estados Unidos podrían destinarse a financiar proyectos ambientales en los países deudores, bajo el concepto de canje de deuda por conservación de naturaleza.

Como resultado de esta iniciativa, en 1993 el gobierno de Estados Unidos y el colombiano firmaron un

acuerdo bilateral a través del cual se estableció la Cuenta y el Consejo Administrativo de las Américas, que promovería actividades destinadas a preservar, proteger o manejar los recursos naturales y biológicos del país de manera sostenible y ecológicamente viable. Al mismo tiempo, fomentaría la supervivencia y el desarrollo de la niñez dentro de lo que el acuerdo llamó «una concepción de desarrollo sostenible, partiendo de la idea de que ambos son elementos decisivos para forjar un futuro ecológico y económicamente sano para todos los países del hemisferio occidental, reconociendo que los niños son su mayor recurso, representan su futuro y merecen una base sólida de recursos naturales para una vida de calidad, y que merece protección a la amenaza a la salud, de la degradación y contaminación ambiental prevenible».

Inicialmente, el dinero de este canje de deuda fue administrado por Ecofondo, entidad que operaba recursos de un acuerdo suscrito entre Colombia y Canadá para la reconversión y pago de la deuda. Sin embargo, al cabo de unos años, los gobiernos de Estados Unidos y Colombia decidieron crear una organización independiente para la administración del Canje de las Américas. Sí, en el año 2000, nace el Fondo para la Acción Ambiental y la Niñez, después de que los dos gobiernos suscribieran una enmienda al acuerdo.

En esta primera etapa, aunque el acuerdo hacía énfasis en el trabajo con la niñez, gran parte de los esfuerzos se concentraron en la inversión hacia el medio ambiente.

—Cuando nosotros llegamos en 2004 el Fondo Acción estaba invirtiendo los recursos, pero el ritmo de ejecución era bajo. Se ponía el dinero en proyectos de medio ambiente, de reciclaje, de conservación, de manejo de áreas protegidas. Había alianzas con Parques Nacionales; había cercanía con organizaciones como Conservación Internacional y con corporaciones autónomas regionales. Nos enfrentamos al reto de definir un concepto que lo conectara todo —dice Germán Botero.

El teléfono de Germán timbra y él contesta. El sol, que hace unos minutos brillaba con fuerza, como suele ocurrir en Bogotá, se ha retirado en un abrir y cerrar de ojos. Nubarrones grises cubren el cielo, igual que en los últimos días en que ha llovido en Bogotá.

Germán habla con un maestro de obra sobre los daños causados sobre la canaleta de su casa por el aguacero de la noche anterior.

Tiene un fuerte acento antioqueño. Habla con el maestro, con el mismo desenfado y soltura con el que hasta el momento ha venido contando esta historia. Es alegre, pero firme en sus palabras. Su imagen en nada concuerda con el estereotipo de director financiero que uno tiene en la cabeza. No tiene corbata, sino camisa, jeans y una barba gris. Podría pensarse que está listo para salir a trabajar en el campo.



—El caso es que cuando llegamos —dice, tan pronto cuelga—, la organización estaba en una coyuntura compleja porque se estaba decidiendo si después de un segundo intento de operar el canje de deuda por na-

turalidad, se mantenía vivo el Fondo o se daba por cerrada la operación.

A Germán lo invitó José Luis Gómez, quien venía del Departamento Nacional de Planeación Nacional y fue el director ejecutivo hasta 2018. Se les

Cada uno de los directores del área financiera, jurídica y técnica, estaba trabajando con las organizaciones. Íbamos a terreno, trabajábamos con ellos, los diagnosticábamos y fortalecíamos en lo que los veíamos más débiles. Íbamos mucho más allá de lo que el proyecto mismo se había planteado y eso, hasta el día de hoy, se continúa haciendo.

unieron Claudia Correa, como directora técnica, y Cristina Aristizábal, en la dirección jurídica. Germán ocupó la dirección financiera y administrativa. Los cuatro emprendieron el ejercicio de re-estructuración del Fondo.

Lo primero que hicieron fue una revisión del estado de la organización.

—José me dice, «hombre, Germán, te propongo que trabajes conmigo» y me muestra unas hojas en las que se llevaba la información financiera. Yo veía unos cuadros muy complejos en su forma de presentarse, difíciles de entender, veía muchos números, muy grandes, y yo le decía «José, todo este dinero... esto no es posible» —dice Germán riéndose—. Yo también tenía la idea de que ONG era sinónimo de pobreza.

Claudia Correa, directora técnica del Fondo hasta 2014, recuerda aquellos primeros meses como los más retadores y alegres de su vida:

—Tengo esta imagen. Los cuatro trabajando juntos en una mesa que parecía de billar, rodeados de papeles, codo a codo, todos los días. No teníamos oficinas. Teníamos contratos temporales. No sabíamos qué iba a pasar, si íbamos a lograr sacar este proyecto adelante. Eso suena muy incómodo, muy inestable, pero ese momento fue muy grato porque ahí comenzamos a tejer una relación muy fuerte entre nosotros. Y fue esa relación la que nos permitió sacar las cosas adelante.

El equipo comenzó a trabajar sin parar.

—Durante esos meses no sabíamos para dónde íbamos.

No había información clara. Nosotros tratábamos de organizar temas, qué proyectos financiábamos, cómo estábamos de desembolsos, qué desembolsos estaban comprometidos y comenzamos a meternos y a entender cómo íbamos a funcionar. A encontrar muchas posibilidades de mejorar, organizar, sistematizar. Comenzamos a pensar juntos en cómo debería ser esta organización.

Seis meses después de que comenzaron, presentaron un nuevo organigrama. En él definieron los quehaceres del área técnica y las ideas que habían comenzado a tejer para formular el primer plan estratégico.

—Nos aprobaron esa estructura y ese fue solo el inicio —dice Germán.

Las nubes que se ven por la ventana, comienzan a hacerse más espesas. Parece que va a llover. Los cerros se taparon por completo.

—El asunto de vivir en un conjunto cerrado es que la canaleta mía es la misma de las otras casas. Para poder arreglarla hay que hablar con todos los vecinos —dice Germán.

Si los cerros y la canaleta dañada fueran metáforas de los inicios de la organización, podría decirse que ese primer equipo, ignoró el límite visual impuesto por la realidad, la vida proyectada de un fondo extingible, y descubrió que la única manera de arreglar la casa era acordando entre todos, el camino a seguir.

► Reingeniería

—Yo recuerdo a Alejandro Acosta, director del CINDE, en esa primera reunión que el equipo tuvo con el Consejo Directivo —dice Claudia Correa a través de la pantalla, recordando la primera reunión que tuvieron con el Consejo Directivo en el que se hizo evidente una escasa inversión en niñez y de la cual salieron a elaborar el primer plan estratégico que plantearían como equipo.

Se encuentra en un lugar cálido y tranquilo a las afueras de Bogotá. Cada tanto, mira por encima de la pantalla, como si ahí se encontraran los recuerdos que intenta atrapar.

—Si esto se llama Fondo para el Ambiente y la Niñez, tienen que hacer algo por la niñez rápido. Aquí no se ha hecho nada por los niños, nos dijo Alejandro.

El Consejo Directivo del que Claudia habla, hasta el día de hoy, está conformado por un representante del gobierno de los Estados Unidos, el delegado del Departamento Nacional de Planeación y del Ministerio de Ambiente y Desarrollo Sostenible, así como cinco delegados de entidades no gubernamentales, dedicadas a actividades ambientales, desarrollo comunitario, sector privado, academia y desarrollo de la niñez.

El CINDE (Fundación Centro Internacional de Educación y Desarrollo Humano), organización experta en el trabajo para la niñez, que dirigía Alejandro Acosta, hizo parte de este Consejo Directivo.

—La verdad es que desde el inicio de la negociación del canje, no se había hecho nada serio en niñez. La inversión era mínima, sin compromiso y sin desarrollo conceptual sobre el papel que el Fondo debía cumplir —dice José Luis Gómez, un hombre menudo, de ojos rasgados, que habla hilando con tanta coherencia sus ideas, que estas fluyen, sencillas y organizadas, como quien se asegura de que todo quede registrado por su interlocutor.

A este, uno de los retos más evidentes al que se enfrentaban, se le sumaba otro: hasta 2004 el Fondo venía funcionando con expertos, auditores e interventores externos que apoyaban el seguimiento técnico y financiero. El nuevo equipo había sido contratado para ellos asumir, personalmente, a través de su trabajo en las unidades técnicas, la responsabilidad directa.

—Cuando nosotros llegamos lo que existía era una modalidad de auditoría, de interventoría; es decir, de seguimiento. No existía el acompañamiento directo por parte del Fondo Acción a las organizaciones a las que se les otorgaban recursos de donación —dice Germán Botero—, subcontratábamos. Teníamos un *outsourcing* con otras organizaciones y eran ellos los que hacían la visita a las organizaciones para mirar cómo avanzaban con sus proyectos según los objetivos que se habían planteado.

Esta modalidad de seguimiento no resultaba suficiente para potencializar las capacidades de las organizaciones.

—Así que lo que hicimos desde el inicio, desde nuestro trabajo con las unidades técnicas fue planear el acompañamiento que haríamos. Para el año 2005, nosotros mismos, cada uno de los directores del área financiera, jurídica y técnica, estaba trabajando con las organizaciones. Íbamos a terreno, trabajábamos con ellos, los diagnosticábamos y fortalecíamos en lo que los veíamos más débiles. Íbamos mucho más allá de lo que el proyecto mismo se había planteado y eso, hasta el día de hoy, se continúa haciendo.

Por último, el Consejo Directivo le había puesto a Fondo Acción la meta de volverse sostenible financieramente.

—En todo este proceso —dice José Luis— fue fundamental la evaluación externa que Scott Lampman de USAID, Agencia de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional, contrató con Alberto Galán, quien ahora dirige el Fondo Patrimonio Natural y Silvia Escobar, la hasta hace poco, presidenta de Terpel. Ellos nos dieron dos recomendaciones fundamentales: diversificar las fuentes de ingresos y buscar sostenibilidad financiera.

A estos dos retos, esenciales para la elaboración del plan estratégico, se sumó uno más: Justo por esa misma época, The Nature Conservancy (TNC), Cooperación Internacional (CI) y el Fondo Mundial para la Naturaleza (WWF), junto con el Gobierno Nacional, Parques Nacionales y el Ministerio de Medio Ambiente (hoy Ministerio de Ambiente y Desarrollo Sostenible),



habían comenzado a negociar el Tropical Forest Conservation Agreement (TFCA) y debían encontrar un operador. Fondo Acción decidió postularse como administrador.

—Yo creo que basados más en la promesa de los cambios que íbamos a hacer, que en el estado presente, confiaron en la organización. El

Consejo nos dio el respaldo total, logramos negociar con los abogados de todas estas organizaciones y firmamos como administradores de este segundo canje de deuda que se sumaba al de las Américas.

Scott Lampman, de USAID, recuerda que más que un voto ciego de confianza, la razón por la que respaldaron al nuevo equipo, fue por la forma tan clara con la que organizaron su primer plan estratégico:

—José Luis siempre ha sido un hombre muy estudioso —dice—. Cada vez que lo veo le preguntó que está leyendo, con qué está trabajando. En ese tiempo cuando comenzó a trabajar en Fondo Acción, comenzó a armar todo ayudándose de la metodología del Cuadro de Mando Integrado.

Esta metodología Cuadro de Mando Integral (CMI o *Balanced Score Card*), propuesta por Kaplan y Norton para evaluar y mejorar el rendimiento de las empresas, se basa en la búsqueda del equilibrio entre los elementos de la estrategia global y los elementos operativos de la misma.

—Nuestro plan estratégico se sostenía sobre la idea de que una organización como Fondo Acción agrega valor a sus clientes, es decir a todos los que trabajan con ella, en la medida en que valoriza e invierte en sus activos intangibles, esencialmente en la gente, la tecnología, la gestión de información, la marca y la reputación, —dice José Luis—. Hay que invertir en activos, sobre todo en la gente. Hay que entrenar a la

gente, que tenga el mejor sistema de información posible, porque si un donante pide información y usted no es capaz de darle un reporte en tiempo real, está frito. Si usted no cuida su marca, no asocia su reputación a la reputación del donante, que es la marca, está perdiendo.

► Multilateralización

Una vez las bases conceptuales de ese primer plan estratégico estuvieron listas, empezó la inversión en niñez.

—Yo comencé a formar un equipo con personas que tuvieran conocimiento en niñez. Llegaron a trabajar con nosotros Julia Simarra y Silvio Pereira, dos personas que tenían experiencia en el tema. Les dije «ustedes me tienen que explicar todo, hasta qué significa ser un cuidador. Enséñenme, comencemos juntos», y fue así como construimos un área y pasaron cosas muy interesantes. Ellos fueron nuestros maestros, y también se dejaron acompañar por nosotros, construimos juntos.

El CINDE, junto a Marta Arango, su fundadora, y Alejandro Acosta, fueron los primeros en convertirse en nuestros aliados.

—En ese momento comenzamos a trabajar en serio con alianzas estratégicas con Unicef y Save the Children e hicimos nuestra primera convocatoria exclusiva para la niñez. Fuimos muy activos como donantes nacionales en el tema —dice José

Luis Gómez—. En algún momento, pensamos incluso que podríamos dividir el Fondo y crear dos. Uno para medio ambiente y otro para niñez, pero después de darle muchas vueltas con el Consejo Directivo, nos dimos cuenta de que precisamente el nuevo reto que tendríamos a largo plazo es que los dos confluyeran.

Dentro de los objetivos estratégicos, uno de los centrales, era el de diversificar los donantes y fuentes de ingresos multilaterizar del Fondo.

—Buscar más posibilidades de recibir plata, otros donantes, porque lo que queríamos era darle vida a largo plazo. Los recursos de la Cuenta de las Américas en algún momento se iban a acabar, pero nosotros queríamos convertirnos en una organización que consigue proyectos, que entra y sale del juego. Por eso empezamos a trabajar en la creación de fondos patrimoniales —dice Germán Botero.

El TFCA, la cuenta que habían recibido durante la reingeniería, ya incluía un esquema de financiación a través de un fondo patrimonial. Para el año 2006 había quedado claro que la filantropía había comenzado a transformarse en el mundo y la creación de los fondos patrimoniales era una tendencia mundial.

—Las ONG más influyentes del mundo se habían dado cuenta hace rato de que era imposible seguir pensando que se podía sobrevivir exclusivamente de las donaciones de un tercero —dice José Luis Gómez.

Un patrimonial es un capital que se invierte en el sector financiero y que genera rendimientos, para los cuales se definen reglas de gasto con el objetivo de mantener ese capital y, adicionalmente, recapitalizar parte de esos ingresos para que conserven el valor en el tiempo. Esto genera un flujo anual de recursos, y los gastos e inversiones se hacen con el dinero que van generando los rendimientos de las inversiones.

—La Cuenta de las Américas se iba a agotar en algún momento y entonces decidimos plantearle al Consejo de Administración de las Américas que creáramos una cuenta patrimonial. Tenemos esta plata que manejamos con cuatro fiduciarias, plata extingible, no tiene sentido que el Fondo desaparezca con todo este aprendizaje. En ese momento, el Fondo podía ser un jugador importante en inversiones de medio ambiente y niñez —dice Germán Botero. La creación de esta primera cuenta patrimonial en 2004 cambió por completo el rumbo de Fondo Acción.

En 2008 se comenzaron a crear subcuentas dentro del patrimonial para asignar los recursos a proyectos específicos. La primera de ellas fue la del Santuario de Fauna y Flora de Malpelo, un hito de la financiación sostenible de la conservación en el país, porque fue la primera subcuenta patrimonial creada para proveer financiación de largo plazo a un área protegida nacional. En 2006, Malpelo había sido declara-

da por la Unesco como patrimonio natural de la humanidad, un lugar de vital importancia para la conservación de la biodiversidad marina, incluyendo especies en peligro de extinción global.

Esta subcuenta se convirtió en el modelo que permitió la apertura, a lo largo de los años, de muchas otras que han proporcionado la financiación sostenible de proyectos.

El patrimonial de la Cuenta de las Américas le permite al Fondo tener una subcuenta, cuyos rendimientos son usados para sostener la operación básica. También incluye la subcuenta de apalancamiento, que permite ofrecer contrapartidas a los proyectos que se gestionan con recursos de cooperación o de inversión del sector privado.

—Si, por ejemplo, la Unión Europea abría un concurso —recuerda José Luis—, nosotros teníamos la posibilidad de ofrecer una contrapartida en efectivo y en especie para ser más competitivos, ganarnos el proyecto y tener más capacidad de intervención y diversificar la financiación del Fondo.

Esta primera etapa de trabajo para Fondo Acción, como todas las que siguieron, fue ardua, pero sentó las bases de lo que a lo largo del tiempo continuarían haciendo.

Desde sus inicios, la organización tuvo claridad de que solo podría continuar trabajando por el medio ambiente y la niñez, si lograba diversificar las fuentes de financiación para hacerse sostenible a largo plazo.

► TFCA, la lógica del largo plazo

Para el caso del Acuerdo para la Conservación de Bosques Tropicales (TFCA), el esquema de financiación que el Gobierno de Estados Unidos había planteado en África, Asia y Latinoamérica, que incluía la creación de un fondo patrimonial, tuvo dos particularidades en Colombia. La primera, que se vinculó a la sociedad civil en el programa: efectivamente, tres de las más grandes ONG ambientales del mundo, con una larga experiencia en conservación hicieron parte del convenio: Fondo Mundial para la Naturaleza (WWF), Conservación Internacional (CI) y The Nature Conservancy (TNC), y la segunda, que este canje de deuda fue pagado por el gobierno de Colombia, en cuotas semestrales, en un plazo de doce años; es decir, que los recursos ingresaron paulatinamente de acuerdo con el cronograma de la deuda canjeada.

—Esta era una figura muy distinta de los otros canjes que se estaban haciendo en el resto del mundo, porque involucraba a organizaciones de la sociedad civil, quienes compraron una proporción de la deuda de Colombia con Estados Unidos, y así entraron a participar en el canje —dice Germán Botero.

Por esta razón, en el Comité de Supervisión, que es el órgano de gobierno del programa, están representados los gobiernos de Estados



Unidos y de Colombia, así como las tres ONG, y son sus representantes quienes toman todas las decisiones sobre la administración de los recursos de las cuentas, la priorización de las áreas forestales y la financiación de proyectos presentados a las convocatorias.

Originalmente, el programa previó la intervención en zonas con función amortiguadora de cinco áreas protegidas del país, a saber: el corredor del Caribe que incluye las áreas protegidas del Parque Nacional Natural de la Sierra Nevada de Santa Marta, el Parque Nacional Natural Tayrona, el Santuario de Flora y Fauna Ciénaga Grande de Santa Marta, la Vía Parque Isla de Salamanca, el Santuario de Flora y Fauna Los Flamencos, y sus zonas de amortiguación: la Serranía de Los Yariguíes; el Corredor Andino de Bosques de Roble; la Reserva de Biósfera El Tuparro y el Corredor Tinigua - Sumapaz. Posteriormente, por consideraciones de inseguridad para trabajar en algunas de las áreas y buscando un mayor impacto de las inversiones, las zonas de intervención fueron circunscritas a tres de ellas: la Serranía de Los Yariguíes, el Corredor Andino de Bosques de Roble y la Reserva de Biósfera El Tuparro.

—El 50% de los recursos recibidos lo debíamos destinar a conformar la cuenta patrimonial, la cual podría ser utilizada a partir del año 2010. El otro 50% nos iba a servir para iniciar operaciones de inmediato—; es decir,

cinco millones de dólares se destinarían a financiar proyectos a corto plazo y, los rendimientos de los otros cinco millones, se utilizarían una vez se agotaran los recursos de la cuenta extingible —dice Germán Botero.

Una vez establecido el manejo fiduciario de los dineros del canje, también con el Comité de Supervisión, se definieron los mecanismos para financiar los proyectos y una programación de acuerdo con los montos recibidos anualmente.

—El manejo de los recursos del TFCA ha obtenido mejores resultados de lo esperado. Así, conformar el patrimonial —recalca Germán Botero— no era suficiente, había que lograr que los recursos disponibles conservaran su valor y crecieran. Y lo hicimos muy bien, ya que el primer retiro del patrimonial previsto para 2010, se pudo aplazar hasta 2017; siete años más tarde, una vez se utilizaron U\$ 5 millones de la cuenta de donaciones.

Este resultado fue el producto de una estrategia de financiación de proyectos basada en las proyecciones de la disponibilidad de recursos, tanto del capital del canje, como de los excelentes rendimientos financieros obtenidos por la gestión de las fiduciarias que manejaron el dinero, como fueron BBVA, su primer administrador financiero, y actualmente Servitrust GNB Sudameris, que han manejado las cuentas definidas en el acuerdo: la del servicio de la deuda, donde el Gobierno de Colombia pagó

los US \$10 millones de dólares del canje, y desde la cual se distribuyó a las cuentas patrimonial y extinguidas.

—El Ministerio de Hacienda entregó el equivalente en pesos de los recursos comprometidos, según la tasa de cambio del día de cada pago —dice Germán Botero.

La primera convocatoria para proyectos financiados por el TFCA se realizó en 2005. Fondo Acción contó con US \$300.000 provenientes de la cuenta donación para financiar los proyectos seleccionados en esta convocatoria.

—Lo que teníamos en cuenta, en aquella época, era el flujo de caja de los siguientes tres años y así fuimos ejecutando. Lo interesante de este modelo es que una vez se consolidara el patrimonial, sus rendimientos irían a alimentar la cuenta de donación —dice Germán Botero.

Estos montos permitieron que hasta 2009, se realizaran proyectos relativamente grandes, como el llamado Pijiwi Orinoco, ejecutado por la Fundación Omacha y la Fundación Horizonte Verde, con el apoyo de WWF, el cual permitió construir el mapa de los humedales de la Reserva de Biósfera El Tuparro y sentó las bases de lo que sería su ordenamiento.

En el acuerdo del TFCA quedó establecido que solo se podría hacer uso de los rendimientos de la cuenta patrimonial cuando se hubiera completado el valor de los US \$ 5 millones previstos, es decir el 50% del total del canje. Además, el acuerdo incluía una

cláusula según la cual el saldo mínimo debía ser de US \$5 millones en cualquier momento; así, en el caso de que por alguna circunstancia su valor llegara a ser inferior, se tendría que esperar que el saldo superara los US \$10 millones para habilitar nuevamente la utilización de esta fuente.

La cláusula, muy severa desde su planteamiento, terminó convertida en el establecimiento de una política de inversiones que asegurara la preservación del capital y la búsqueda del crecimiento del portafolio. Para cuando el monto se consolidó, la estrategia de inversión acordada para el patrimonial con la fiduciaria, había mostrado su efectividad, de manera que para finales de 2016, antes de empezar a hacer uso de sus rendimientos, llegó a US \$ 7,7 millones. En el año 2017 se comenzaron a usar los primeros recursos del patrimonial y, como había sido establecido, se ciñeron a la estrategia de inversiones establecida desde el inicio del programa TFCA.

—Teníamos más de US \$2,7 millones de rendimientos, con los cuales se podía empezar a alimentar la cuenta de donaciones. El patrimonial se había consolidado holgadamente, lo cual permitía la financiación de nuevas convocatorias. Habíamos dejado la maquinita aceitada y funcionando —dice Germán Botero.

—Hoy la fuente de financiación disponible son los rendimientos que se van generando, porque siempre hay que conservar el valor del capital

aportado al patrimonial. Lo que logró el Fondo Acción como administrador del TFCA, a partir de este modelo, fue mantener el capital semilla aportado en el canje, consolidar el patrimonial, con una regla de gasto que asegura la conservación del valor en el tiempo y, por lo tanto, su sostenibilidad como fuente de financiación de largo plazo.

—La estrategia de financiación del TFCA muestra que a pesar de contar en los primeros años con importantes recursos en la cuenta de donaciones, destinados a la ejecución de proyectos, con los rendimientos del patrimonial se podrá mantener el promedio anual histórico de financiación y cubrir los gastos de operación del programa.

Lo que logró el Fondo Acción como administrador del TFCA, a partir de este modelo, fue mantener el capital semilla aportado en el canje, consolidar el patrimonial, con una regla de gasto que asegura la conservación del valor en el tiempo y, por lo tanto, su sostenibilidad como fuente de financiación de largo plazo.

En ese sentido se puede afirmar que la estrategia funcionó y ha sido sostenible a largo plazo —dice David Celis, coordinador administrativo y financiero del TFCA.

En la actualidad, Fondo Acción está administrando de forma consolidada las cuentas patrimoniales de las Américas y el TFCA, logrando menores gastos de gestión y de transacción, y abriendo las posibilidades a mejores ofertas de portafolios de inversión.

► **Un esquema clave de operación**

En la administración de recursos del TFCA, el papel que juega Fondo Acción es múltiple: por un lado, ejecuta las decisiones sobre la administración de los recursos que toma el Comité de Supervisión; por otro, realiza la adjudicación de los mismos a través de convocatorias y, por último, hace el acompañamiento técnico, jurídico, administrativo y financiero a las organizaciones que ejecutan los proyectos en el territorio.

Entre 2005 y 2019 el TFCA recibió mediante las convocatorias 162 propuestas, de las cuales 29 se convirtieron en proyectos con una inversión total de US \$10,6 millones, a los que se asignaron recursos del TFCA por US \$6,8 millones de dólares y se apalancaron contrapartidas de las organizaciones ejecutoras y de sus aliados locales por valor de US \$3,8 millones.

La condición de aportar contrapartidas por parte de los ejecutores, ha sido uno de los mecanismos para asegurar el mayor compromiso de trabajo conjunto para la ejecución de los proyectos y así lograr una menor dependencia de los recursos de donación. Las organizaciones aportan no solo recursos en efectivo, sino también en especie, representados en su capacidad logística de operación, el conocimiento de las comunidades y del territorio, para sacar adelante los proyectos de una manera más eficiente.

—El trabajo con las organizaciones comienza cuando evaluamos propuestas y las llevamos a la consideración del Comité de Supervisión. Les decimos cuáles proyectos encontramos viables o atractivos y, si son seleccionados, acompañamos a los ejecutores para que saquen un mejor provecho de los recursos y logren los objetivos planteados —dice David Celis.

Más que una supervisión, el trabajo que realiza el Fondo es el de acompañamiento integral. Fortalecen a los ejecutores en aspectos técnicos, financieros y jurídicos, con visitas periódicas a terreno para interactuar de cerca con los ejecutores y las comunidades que participan en los proyectos.

—La tarea del Fondo, como administrador del programa, ha consistido en asegurarse de que el dinero se invierta en los territorios e impacte positivamente a sus comunidades.

Queremos contribuir a que las familias campesinas mejoren sus condiciones de vida mediante actividades productivas sostenibles, que se reduzcan los efectos negativos de las actividades humanas sobre las áreas protegidas, y no sea necesaria la tala de los bosques, el tráfico de vida silvestre o el uso no sostenible de los recursos naturales —dice Óscar Orrego, coordinador ambiental del TFCA.

En una primera fase, los proyectos desarrollados entre 2005 y 2009 recibían aportes significativos en dinero por parte del TFCA. Las ONG ejecutoras tenían la estructura técnica, administrativa y operativa necesarias para desarrollar proyectos de gran envergadura; también estaban en capacidad de aportar contrapartidas equivalentes, por lo que su contribución permitió darle sostenibilidad a procesos socioambientales locales.

—Muchas organizaciones de base comunitaria fortalecieron sus capacidades en estos proyectos—dice Óscar Orrego.

Posteriormente, entre los años 2010 y 2017, un mayor número de organizaciones locales y de base comunitaria fueron seleccionadas como ejecutoras de proyectos del TFCA en la región andina. Esto debido a que durante la fase anterior muchas de las organizaciones postulantes mejoraron sus habilidades para la gerencia de proyectos. Así, se dio una transición natural al manejo de los recursos por parte de organizaciones locales, lo cual permitió consolidar

procesos en marcha, profundizar el nivel de involucramiento de las familias campesinas y mejorar las condiciones de sostenibilidad de los procesos de conservación, restauración y uso sostenible de los bosques. Un ejemplo de esta transición está en la iniciativa de restauración ecológica participativa del Programa de Desarrollo y Paz del Magdalena Medio (PDPMM). Este proyecto buscaba que las comunidades campesinas se involucraran, como parte de su proyecto de vida, en la recuperación de bosques que habían sido degradados o transformados en potreros. El PDPMM trabajó con los recursos del TFCA en el fortalecimiento de capacidades a las comunidades locales y de sus propias organizaciones campesinas. En los municipios de El Carmen de Chucurí y Simacota, en Santander, el liderazgo de los proyectos ambientales y la restauración ecológica participativa estaba en cabeza de organizaciones de base comunitaria.

Desde 2017 hasta hoy, Fondo Acción trabaja primordialmente con organizaciones locales y de base comunitaria. Ahora son los líderes comunitarios asociados a través de organizaciones campesinas, quienes se encargan de sacar adelante los proyectos que se ejecutan con los recursos del TFCA, y las ONG grandes y medianas son sus socios.

El fortalecimiento en liderazgo y capacidades productivas de las organizaciones campesinas y la consolidación de un patrimonial res-

ponden a la misma lógica del largo plazo, la eficiencia, la sostenibilidad y la permanencia.

Lo que ha hecho especial al TFCA en Colombia es su estructura de financiación. Una porción destinada para invertir en proyectos, un capital que renta para seguir financiando la conservación hasta 2103 y, por supuesto, el trabajo con las organizaciones locales, regionales y de base.

—Y por encima de todo esto, más importante aún, está la generación de confianza, ganada de lado y lado: de las organizaciones hacia nosotros y de nosotros hacia las organizaciones —dice David Celis.

Desde 2017 hasta hoy, Fondo Acción trabaja primordialmente con organizaciones locales y de base comunitaria. Ahora son los líderes comunitarios asociados a través de organizaciones campesinas, quienes se encargan de sacar adelante los proyectos que se ejecutan con los recursos del TFCA, y las ONG grandes y medianas son sus socios.



►► Lo que ha hecho especial al TFCA en Colombia es su estructura de financiación.





CAPÍTULO

2

Tejer una historia

► Proyecto a proyecto se hace la trama al andar

La palabra trama designa el conjunto de hilos que cruzados con la urdimbre forman un tejido. En toda historia hay una trama. La calidad, fuerza, armonía y flexibilidad de un tejido dependen de las capacidades que tuvo el tejedor para conectar, pese a su asimetría, hechos dispares que formaron una sola pieza. Un buen tejedor es el que aprovecha los recursos que encuentra en el camino; el que ensarta y enruta hilos disímiles sin preocuparse que estos alteren el patrón con el que inició el trabajo; el que no teme cambiar de camino ni demorarse porque sabe que cada paso le añade al tejido formas y colores, sombras y volúmenes.

De proyecto en proyecto, Fondo Acción ha ido incorporando nuevos patrones que le han permitido avanzar. Aprendizaje tras aprendizaje ha ido tejiendo su historia.

A través del mecanismo REDD+ se realizarían transacciones comerciales entre personas que quieren contribuir a mitigar el cambio climático o las empresas emisoras de gases efecto invernadero y los dueños del bosque, que desde sus territorios se comprometen a cuidar el bosque y reducir las emisiones de CO₂ a la atmósfera.

► **Del estándar de los bosques lluviosos al mercado de carbono**

La historia del diseño y la implementación del mecanismo REDD+ en Colombia, una historia de la vida real, tiene todos los componentes de una épica de ficción.

Hay varias comunidades y organizaciones, entre ellas Fondo Acción, que juegan el papel de protagonistas. Así, en plural, porque el deseo que los motiva va mucho allá de sus razones individuales, encarna el de toda una colectividad: quieren mitigar el cambio climático para preservar la vida en el planeta Tierra, que las generaciones futuras tengan una casa para vivir. Hay en esta historia, un viaje lleno de obstáculos. Es un viaje racional, pero también emotivo.

Nace en la intuición y poco a poco se materializa a través de la investigación y el diálogo con las partes. Hay también villanos en esta historia. Hay aliados. Hay socios. Hay amistad y camaradería. Hay, como en todas las historias, un conflicto que toma distintas formas a lo largo de la trama. Es un viaje lleno de obstáculos, fracasos y logros que aún no termina. Es una épica con final abierto.

En el inicio, antes que Fondo Acción comenzara a trabajar en el desarrollo de un estándar para proyectos REDD+ (Reducción de emisiones por deforestación y de-

gradación de los bosques), se había inventado el mecanismo de desarrollo limpio en el protocolo de Kioto firmado en el año 1997 en la Convención Marco de las Naciones Unidas sobre Cambio Climático.

Este acuerdo internacional obligaba a los países denominados desarrollados a reducir sus emisiones de gases de efecto invernadero, como el metano o el dióxido de carbono, y produjo sobre todo desarrollos tecnológicos. Que las fábricas aprendieran a ser menos contaminantes o que, por ejemplo, transformaran los rellenos sanitarios. Todo esto dentro de un mercado obligatorio en el que las empresas asumieran, por ley, su responsabilidad en el cambio climático. Incluso, Fondo Acción trabajó con algunas empresas en el país en desarrollar mejoras tecnológicas para generar menos emisiones.

En las mesas de trabajo sobre el cambio climático, la idea de los bosques como reservas vivas de carbono que podían aportar al cumplimiento de metas climáticas estaba rondando hace mucho pero con algunos cuestionamientos, mientras que el desarrollo limpio se estaba llevando con bastante éxito a través de la creación de tecnologías, adecuación de plantas físicas, invención de modos de transporte y maquinaria que permitieran la reducción de las emisiones.

El desarrollo limpio resultaba, en la mente de los países desarrollados, tangible y de poco riesgo. Los



resultados podían ser medidos, así como se puede determinar cuánto ha disminuido el consumo energético a través de la contabilización de los bombillos de ahorro LED que fueron instalados en una fábrica, o la creación de medios de transporte eléctricos como el metro de Medellín.

Por el contrario, el bosque, el reconocimiento monetario de los be-

neficios climáticos del bosque, de esa máquina que de forma natural limpia el aire capturando el dióxido de carbono y convirtiéndolo en madera, hojas, troncos y raíces, parecía una utopía, no solo intangible, sino riesgoso.

Este reconocimiento es el cimiento de los proyectos REDD+.

En estos proyectos se busca que un tercero pague al dueño del bos-

que por mantenerlo en pie para que los árboles retengan el carbono en su biomasa, en su tejidos, hojas, raíces y troncos, de tal modo que este no se acumule en la atmósfera en forma de dióxido de carbono y aumente el efecto invernadero que mantiene una temperatura global mayor a la que existiría en la ausencia de estos gases en la atmósfera.



A través del mecanismo REDD+ se realizarían transacciones comerciales entre personas que quieren contribuir a mitigar el cambio climático o las empresas emisoras de gases efecto invernadero y los dueños del bosque, que desde sus territorios se comprometen a cuidar el bosque y reducir las emisiones de CO₂ a la atmósfera.

La transacción se materializaría a través de un papel valor, un crédito de carbono, pero lo que se negocia es un intangible, un servicio. No son los árboles ni la tierra lo que se está poniendo a la venta, sino su capacidad de retener el CO₂, es decir, un servicio ambiental.

¿Pero cómo se iba a medir ese servicio de esa masa viva e ilimitada?

¿Qué tipo de garantías iban a tener las empresas que participaran en el mercado de carbono, si los bosques se encuentran al vaivén del clima y la mano de los seres humanos?

Si un fósforo es suficiente para arrasar con miles de hectáreas.

¿Cómo se garantizaría que los bosques se mantendrían en el tiempo conservando la biodiversidad y que la participación en el mercado generaría beneficios para las comunidades? ¿Cómo la expectativa del intercambio comercial no sería un incentivo perverso que aumentaría la tala del bosque?

En medio de este ambiente de incredulidad, en el año 2010, Fondo Acción y otras organizaciones de RedLac creyeron que era posible dar

el rigor y las garantías que se requerían para poner en funcionamiento el mecanismo, y comenzaron a diseñar un estándar para proyectos REDD+ en la cuenca amazónica.

Fueron visionarios, pese a la opinión generalizada en el ámbito internacional y dentro de las comunidades, del potencial del mecanismo para financiar la conservación y mitigar el cambio climático, así como para mejorar las condiciones de vida de las comunidades dentro de sus propios territorios, preservarlos tanto material como culturalmente.

Natalia Arango fue la persona contratada por Fondo Acción para gerenciar al grupo colombiano involucrado en el proyecto.

Natalia había comenzado a relacionarse con Fondo Acción mientras buscaba aliados para sacar adelante el proyecto Conserva Colombia, diseñado por iniciativa de TNC, para fomentar la creación de áreas protegidas locales que serían administradas por las Corporaciones Autónomas Regionales, los municipios o la sociedad civil directamente.

Conserva Colombia encontró un aliado en Fondo Acción, y mientras se desarrollaba el proyecto, José Luis Gómez, en aquel entonces director ejecutivo del Fondo Acción y presidente del Comité Ejecutivo RedLac, se dio cuenta de que ella era la persona indicada para liderar este proceso.

Del mismo modo que en Conserva Colombia, los proyectos REDD+

se debían realizar en áreas que conservaran el bosque, pero tuvieran amenazas de deforestación, y las comunidades, como dueñas de los territorios, estuvieran interesadas en un proyecto de largo plazo.

También eran ellos, no solo los países del llamado primer mundo con sus desarrollos tecnológicos, los que tenían en sus manos el futuro del planeta. En los bosques tropicales estaba la máquina natural, jamás inventada por el ser humano, para mitigar el cambio climático.

Solo en Colombia, las cifras dicen que el 52% de la superficie continental del país es un territorio cubierto por bosques. En estos territorios, habitados por comunidades indígenas, negras y campesinas era donde se iba a poner en funcionamiento el mecanismo REDD+. Una situación similar se vivía en el resto de Suramérica.

En 2009, después de haber analizado esta opción entonces controversial, los fondos ambientales de Colombia, Brasil, Bolivia, Perú y Ecuador, miembros de RedLac, se comprometieron a buscar juntos una manera de poner en funcionamiento el mecanismo y firmaron un acuerdo de trabajo con la Universidad de Columbia que, a su vez, había recibido una donación de una empresa privada con interés comercial en la negociación con los créditos de carbono. Aunque los intereses de los financiadores eran económicos no filantrópicos, fueron ellos los que

Lo que siempre le ha interesado a Fondo Acción es que una vez los proyectos estén listos, las comunidades sean autónomas en la administración.

facilitaron los recursos para el desarrollo del primer estándar para los proyectos REDD+ de la Amazonia.

A grandes rasgos, el Estándar del Bosque Lluvioso (Rainforest Standard) integraba en un documento, las guías metodológicas para el desarrollo de los componentes de carbono, biodiversidad, beneficio social y criterios legales para establecer y verificar proyectos REDD+, en la cuenca amazónica. A diferencia de todo lo que había disponible en ese momento en el mundo de los proyectos forestales de reducción de emisiones, este estándar proporcionaba guías para todos los componentes de un proyecto REDD+ y estaba diseñado para atender las condiciones étnicas, legales y biológicas únicas de la Amazonia. Tiempo antes de que se comenzara a trabajar en el nuevo estándar, Fondo Acción, que aún no había profundizado en cómo acelerar el funcionamiento del mecanismo REDD+, vio en este una forma eficaz y sostenible de financiación de la conservación y organizó un viaje de exploración y diálogo con las comunidades indígenas del río Putumayo.

Para ese viaje, diseñó una serie de materiales didácticos a través de los cuales se acercarían a las comunidades para hablar de cambio climático y del mecanismo REDD+ que apenas se encontraba en proceso de creación en el mundo. Claudia Correa, Juana Camacho y José Luis Gómez se embarcaron en Puerto Leguízamo

y viajaron una semana por el río, deteniéndose en varias comunidades.

Lo que encontraron en el viaje fue la mirada impenetrable de las comunidades. Cuando ellos les contaban la historia de los certificados de carbono, armados con dibujos y esquemas, las personas de las comunidades los miraban como se mira a quien explica una obviedad. Que debían preservar el bosque les estaban diciendo unos blancos a ellos que eran hijos de la madre Tierra y que desde tiempos ancestrales vivían para protegerla y estar en armonía con ella. Este viaje no representó para Fondo Acción logros materiales, pero les permitió tomar perspectiva.

Desde 2005, Fondo Acción había venido funcionando exitosamente como organización financiera de segundo piso, pero ahora, si quería hacer posible este mecanismo, debía buscar una forma de ajustar los proyectos que se estaban ideando en el escritorio de las oficinas de Bogotá a las necesidades verdaderas de las comunidades en sus territorios. REDD+ era mucho más que un proyecto para la captura de moléculas de CO₂, también estaba hecho para buscar la protección de la biodiversidad y beneficios sociales y económicos para las comunidades.

Cuando ya todo estaba listo para hacer REDD+ una realidad, confundidos e incrédulos frente a la efectividad del mecanismo, seguían no solo los posibles compradores, sino también los dueños de los bosques.

Las comunidades indígenas habían comenzado a recibir la visita de los llamados «Carbon Cowboys», quienes llegaban a los territorios y les ofrecían altas sumas de dinero, haciéndolos firmar contratos en inglés, redactados en jergas jurídicas incomprensibles y ofreciendo comprarles oxígeno. El mecanismo REDD+ les sonaba a cuento chino.

Esta desconfianza generalizada, unida al recuerdo de la visita del equipo a las comunidades en el Putumayo, tratando de explicar el mecanismo, fueron fundamentales para que desde un principio de realidad, Fondo Acción, imaginara un horizonte posible. Estaba claro que las comunidades tenían no solo contextos sociales, culturales, políticos propios, sino formas de percibir el mundo, cosmovisiones únicas.

Cualquier proyecto que el Fondo Acción fuera a desarrollar en los territorios, solo iba a concretarse a través del trabajo conjunto con las comunidades.

Como si fuera poco, entre 2008 y 2009, la economía mundial había sufrido un colapso que había afectado el mercado de carbono en los países desarrollados. Todo parecía en contra; sin embargo, el desarrollador de un proyecto REDD+, Anthrotec, y el Consejo Comunitario de Comunidades Negras de la Cuenca del Río Tolo y la Zona Costera Sur de Acaandí, Cocomasur, dueños del proyecto denominado Corredor de Conservación Chocó-Darién, buscaron en

Fondo Acción un aliado fiduciario para terminar la estructuración con miras al mercado de carbono. Esta unión entre el Consejo Comunitario de Cocomasur, Anthrotec y Fondo Acción no solo constituyó un paso adelante en el camino de los proyectos REDD+ en Colombia, sino que permitió demostrar una nueva forma de trabajar por la conservación del territorio. Fondo Acción no solo apoyó al proyecto en el manejo fiduciario, sino que aportó en la escritura del capítulo de biodiversidad que era parte fundamental del diseño y con ellos puso en práctica metodologías para fortalecer las capacidades de la comunidad.

Lo que siempre le ha interesado a Fondo Acción es que una vez los proyectos estén listos, las comunidades sean autónomas en la administración.

El Corredor de Conservación Chocó Darién fue el primer proyecto REDD+ comunitario validado y verificado en Colombia. Este proyecto y la comunidad de Cocomasur marcaron el camino REDD+ en el país y guiaron a muchas otras comunidades que los vieron como modelo a seguir. La experiencia con el proyecto Chocó Darién le dejó a Fondo Acción lecciones muy importantes para el trabajo que hasta el día de hoy continúan realizando. No solo porque juntos vivieron el proceso diseño, validación y verificación, sino porque paralelamente, presenciaron un ejercicio poderoso de construcción social

que se iba dando en la medida que la comunidad trabajaba unida por un objetivo. Fue tan valioso este trabajo con Cocomasur que, junto a ellos, comenzaron a difundir los aprendizajes a otros proyectos en desarrollo, como los del portafolio Bioredd, que venían diseñándose con la financiación del gobierno de los Estados Unidos en la costa Pacífica.

Cocomasur se convirtió en un aliado que apoyaba la iniciativa para la generación de capacidades y construcción de gobernanza en otras comunidades para el desarrollo e implementación de los proyectos. Entre 2015 y 2018 se conectaron con ocho nuevos proyectos REDD+ de 19 comunidades ubicadas en el Chocó biogeográfico colombiano, desde Tumaco, pasando por Buenaventura, el Bajo y Medio Baudó, Carmen del Darién y Mutatá. Compartieron todo lo que era posible enseñar, en el tema de gobernanza y construcción de acuerdos sociales, incluyendo retos, oportunidad y riesgos.

Poco a poco y gracias a este trabajo que nace y se materializa a través del diálogo, Fondo Acción fue ganándose la confianza de las comunidades y en 2015 adquiere el papel de agente implementador en los proyectos REDD+ validados. No es dueño de los proyectos. No impone un modelo para su realización ni es el propietario de los créditos, sino el encargado de acompañar a las comunidades para que pongan a funcionar sus proyectos y puedan vender los certificados,

monitorear y reportar de forma clara el carbono retenido, los créditos vendidos y los beneficios obtenidos por dicha transacción.

Fondo Acción puso su capacidad como facilitador en la transacción de los créditos de carbono para permitir que los ingresos por ventas llegaran completos a las comunidades sin pasar por intermediación comercial, así que les propuso ayudarles como agente comercial sin comisión. Fue así como, sin perder su capacidad como un fondo privado, personas de la organización tuvieron que aprender a vender certificados de carbono, metiéndose de pies y cabeza en el mercado colombiano.

Hasta el año 2016, cuando finalmente fue aprobado en Colombia el impuesto al carbono, la transacción de créditos respondía a la motivación de la responsabilidad individual o corporativa. Es decir, los que compraban los créditos lo hacían motivados por su sentido de responsabilidad con el medio ambiente.

El impuesto al carbono en Colombia establece que todos los que consumen combustibles fósiles líquidos deben pagar un impuesto. En el caso de las empresas, estas deben establecer con claridad cuánto fue su consumo de combustible fósil líquido y pueden decidir si pagan el impuesto que le corresponde a ese consumo o comprar créditos de carbono para moverse hacia la carbono-neutralidad. Con esto último, neutralizan todo o parte de

sus emisiones de gases de efecto invernadero comprando créditos de carbono de proyectos que ya han sido verificados y certificados y que han evitado la emisión de gases efecto invernadero a la atmósfera. A través de la compra de créditos de proyectos REDD+ las empresas reconocen con dinero la labor de conservación de las comunidades y avanzan en su carbono neutralidad. Como este mercado crece, Fondo Acción, que ya había hecho el recorrido para convertirse en agente comercial, debe aprender los pasos y requisitos para el trámite comercial con las empresas que buscan la reducción de impuestos.

Pero esta historia, que en este punto parece haber llegado a un punto definitivo, no termina acá. Fondo Acción, para facilitar la ejecución de los recursos provenientes de REDD+, permitiendo que los miembros de la comunidad continúen con sus actividades productivas sostenibles, pone sus procedimientos a disposición para administrar los mecanismos de distribución de beneficios, que son los acuerdos sociales en los proyectos para distribuir equitativamente los ingresos entre los dueños del bosque y que sean invertidos en actividades compatibles con el beneficio social y la conservación.

Justo ahí es donde se encuentran en la actualidad. Esta épica del siglo XXI, desde 2009 hasta 2020, Fondo Acción unió a su capacidad



1
2
3
4



fiduciaria de organización de segundo piso, a su reputación como garante para la inversión, el aprendizaje del trabajo dentro, para y con la comunidad, que hizo posible el diseño de proyectos REDD+ dentro de territorios colectivos.

El camino de REDD+ del Fondo Acción empezó con el desarrollo del Estándar del Bosque Lluvioso; continuó en el Corredor de Conservación Chocó Darién, donde Fondo Acción llegó, para ofrecer apoyo fiduciario y donde terminó, no solo trabajando con las comunidades en el fortalecimiento de sus capacidades administrativas y de gobernanza, sino entendiendo que en los territorios, el desarrollo de los proyectos REDD+ solo era posible, en la medida que respondiera a las realidades y deseos de la comunidad. De la mano de Cocomasur y con el apoyo de USAID continuó caminando en el Pacífico, y este recorrido le dio la experiencia suficiente no solo para de forma racional lograr que los proyectos pudieran ser técnicamente implementados y verificados, sino para apoyar a las poblaciones a distribuir los beneficios con fin de preservar la vida, el bosque y la cultura. El camino también lo condujo al mundo de las transacciones comerciales y de la formulación de políticas públicas que se vio reflejado en el intercambio comercial entre las comunidades protectoras de los bosques y las empresas, y las comunidades y las autoridades

ambientales nacionales, para compartir con ellas la importancia de los proyectos REDD+. La aprobación del impuesto de carbono, que dio origen al mercado de carbono, le dio un vuelco a la vida de las comunidades que cuidan los bosques.

Actualmente, Fondo Acción en esta trama que no para de tejerse; se encuentra trabajando con nuevos socios, la comunidad de carbono forestal y del uso del suelo. En este nuevo capítulo, los personajes de esta historia, las comunidades, organizaciones ambientales y Fondo Acción, planean aumentar su impacto, evitando la degradación del suelo, promoviendo la conservación de la biodiversidad y el mantenimiento de las reservas forestales de carbono por medio del manejo sostenible y el cambio de usos no apropiados del territorio.

► **Conserva Colombia, los acuerdos sociales y participativos**

En 2009, a través del trabajo conjunto con el proyecto Conserva Colombia a través del cual The Nature Conservancy (TNC) buscaba fomentar la creación de áreas protegidas públicas que estuvieran en manos de los municipios y las corporaciones autónomas, Fondo Acción comenzó a tejer un nuevo diseño de la trama.

Para cuando se unieron a Conserva Colombia, la declaración de estas áreas protegidas era muy tímida. Aunque existía un camino legal claro, los abogados de las autoridades ambientales y municipales que estaban incursionando en los procesos eran demasiado cautos, temían que se cayeran los actos administrativos de declaración de las áreas protegidas. En otros casos, faltaba un apoyo económico para adelantar las consultas a la comunidad y los estudios de base requeridos para declarar áreas protegidas bien diseñadas y con legitimidad social.

El proyecto Conserva Colombia produjo una guía para orientar a las partes interesadas en los aspectos técnicos, legales y financieros del diseño y declaración de estas áreas. Así, cuando ellas fueran declaradas como protegidas, los municipios y las corporaciones autónomas, tendrían la capacidad de priorizar las acciones, conseguir los recursos y sumar esfuerzos para proteger áreas de valor estratégico para la conservación de la biodiversidad.

El proyecto se trataba, palabras más, palabras menos, de un conjunto de orientaciones técnicas y un apoyo financiero que buscaban que los responsables de las áreas protegidas, saltaran la brecha de vacíos de conocimiento y falta de recursos, y materializaran sus intereses y obligaciones de protección de ecosistemas estratégicos y mal representados en el sistema de áreas

protegidas del país en ese momento – bosques secos, sabanas tropicales y bosques andinos de baja altura–

Parte clave del diseño de Conserva Colombia fue el fomento de alianzas entre la sociedad civil, la academia y las autoridades ambientales y los entes territoriales. Este requisito de alianzas se sustentó en que TNC reconocía que para establecer áreas protegidas fuertes era necesario el concurso de equipos técnicos que construyeran los insumos para la declaratoria y manejo de las áreas en consonancia con los planes y prioridades de las autoridades locales con la competencia para ordenar el territorio.

TNC diseñó este esquema de apoyo técnico y financiero, y en 2009 buscó organizaciones que al mismo tiempo tuvieran un perfil técnico y financiero, por lo que se aliaron con Fondo Acción, quien no solo fue operador del programa, sino también donante.

Varios investigadores, antes de que el proyecto se pusiera en marcha, habían producido análisis de representatividad del sistema de áreas protegidas del país. Esos estudios revelaron que en Colombia había ecosistemas (biomas) muy valiosos que no estaban bien representados en las áreas protegidas. Entre ellos sobresalían el bosque seco del Caribe y los valles interandinos, así como de las sabanas del Caribe y Orinoco, y algunos bosques de montaña. En

esos ecosistemas fue donde Conserva Colombia y todos los aliados fueron encontrando en el camino y concentraron sus esfuerzos.

En la Orinoquia se enfrentaron a una gran dificultad. Las organizaciones locales de sociedad civil eran pocas, la autoridad ambiental estaba muy desconectada de la declaración de áreas protegidas en aquel momento, así que Fondo Acción y TNC desde Conserva Colombia pensaron en otra estrategia: la posibilidad de fomentar la creación de áreas protegidas locales privadas, que los dueños de un predio, por compromiso personal, se comprometieran a crear una reserva privada, registrarla ante Parque Nacionales Naturales, y cuidarla de acuerdo a un plan de manejo.

Conserva Colombia estimuló a muchos propietarios para crear reservas en la cuenca del Orinoco y en los departamentos de Vichada, Casanare y Arauca.

Las áreas de conservación, con el mismo espíritu que había gobernado desde 2005 la inversión de los recursos del TFCA, no se debían declarar a la fuerza, sino de la mano de la sociedad civil y de las autoridades a través de un acuerdo, ya que estas no son áreas de no uso, sino que le pertenecen a las personas que viven de ellas y que solo podían comprometerse a velar por los acuerdos de conservación, si podían además usar sosteniblemente la tierra para lograr estabilidad económica, con activida-

des como el turismo de naturaleza o cultivos agroforestales.

Gracias al trabajo en Conserva Colombia, Fondo Acción, se hizo más fuerte en el desarrollo de acuerdos sociales, participativos y democráticos entre sociedad civil y autoridades.

Los proyectos desarrollados por Conserva Colombia se seleccionaron siempre a través de convocatorias públicas, y el resultado de este trabajo entre distintos actores de la sociedad fue la declaratoria y la protección de cerca de 202 mil hectáreas de hábitats naturales, en 95 áreas protegidas y reservas privadas que se encontraban amenazadas, sobre todo en territorios muy olvidados del país como era el bosque seco colombiano y las sabanas del Orinoco.

► Paisajes Conectados Caquetá, la bajada al primer piso

En 2013 se puso en marcha en Caquetá el proyecto de Paisajes Conectados, el cual buscaba detener la degradación y desaparición de los bosques, mediante el fortalecimiento de la gobernanza local y, el fomento de medios de vida sostenibles. Este esfuerzo buscaba preparar a las comunidades amazónicas para un modelo de desarrollo rural de bajas emisiones de carbono

que fuera armónico con la conservación de los ecosistemas.

Aunque Fondo Acción ya había trabajado con comunidades en el acompañamiento que hacía a las ONG y organizaciones de base que recibían los recursos, este proyecto sería el primero ejecutado directamente y que permitiría un relacionamiento cercano y permanente con las comunidades en sus territorios. Eso es a lo que las personas del Fondo Acción llaman bajar al primer piso.

Fondo Acción se alió con Amazon Conservation Team (ACT), organización que tenía muchos años de experiencia de trabajo con las comunidades del bosque húmedo tropical en la Amazonia. El comienzo fue difícil debido a la geografía y las condiciones de conflicto armado; sin embargo, a medida en que el proceso fue avanzando, ambas organizaciones se fortalecieron mutuamente. ACT le ayudó al Fondo a darse a conocer en la región. La experiencia de Fondo Acción fortaleció a ACT en sus mecanismos administrativos y financieros. Se crearon entre Fondo Acción y ACT, vasos comunicantes, y cada uno creció en el trabajo constante con el otro.

En esta alianza, ACT concentró su trabajo en dos municipios del piedemonte y Fondo Acción bajó al municipio de Solano, en las planicies amazónicas en el departamento de Caquetá.

En Solano, Fondo Acción encontró la compleja coyuntura social y política que se vivía en esta zona del país, durante mucho tiempo abandonada por el gobierno y bajo el control de la guerrilla de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC).

Las comunidades eran difíciles de leer. Esta condición obligó a Fondo Acción a pensar en nuevas estrategias para lograr la legitimidad social necesaria y generar confianza en el trabajo local.

Las arduas jornadas de interacción y diálogo con las comunidades llevadas a cabo durante un año completo, terminaron enseñándole a Fondo Acción una ruta de trabajo que hoy en día, sigue poniendo en práctica cada vez que llegan a un nuevo territorio y a una nueva comunidad.

Fondo Acción no llega con propuestas ya estructuradas, sino que se pone en la tarea, a través del trabajo con las comunidades, de entender cómo se encuentran conformadas y organizadas para definir el detalle en el terreno con las personas.

A partir de este conocimiento, genera lazos de comunicación sostenidos sobre la confianza, con los cuales comienza a planear estrategias que incluyan las voces de mujeres y hombres, niñas y niños. Los proyectos deben nacer de las entrañas de la comunidad para que puedan echar raíz, sean transformadores y permanezcan.

Entrar a trabajar en una zona de conflicto representó, además,

Los proyectos deben nacer de las entrañas de la comunidad para que puedan echar raíz, sean transformadores y permanezcan.

cambiar de piel. La organización que había funcionado sobre todo acompañando a otros en la ejecución de los recursos, ahora debía aprender a entrar a zonas de alta complejidad y comenzar a negociar con todos los grupos humanos que se encontraban en el territorio.

Mientras Fondo Acción continuaba generando confianza, allanando el terreno para la implementación y aprendiendo, en Bogotá, los otros miembros del equipo soñaban y diseñaban ideas para generar nuevos proyectos para que el Fondo siguiera en el primer piso.

Paisajes Conectados era la punta de lanza de este nuevo camino que comenzaban a recorrer y esto representaba no solo adquirir aprendizajes técnicos que les permitieran poner en marcha el trabajo en campo, sino comenzar a diseñar estrategias eficientes para cumplir con sus procedimientos financieros y administrativos en lugares remotos y alejados de la formalidad.

Algo que antes les había parecido tan sencillo como pagar una factura o vincular a una persona dentro de un programa, representaba ahora un nuevo desafío. Los tiempos de los territorios no son los tiempos de la ciudad. Las comunidades no solo dependen del clima, sino de la cobertura de los sistemas de comunicación que en muchas ocasiones es nula. Los requisitos para los pagos en la ciudad, como afiliaciones

al sistema de salud o el Registro Único Tributario (RUT) no hacen parte ni de la jerga ni de la realidad de las comunidades.

Crecer también como una organización de primer piso representó para Fondo Acción no solo un aprendizaje en terreno, sino en el diseño de nuevas políticas y sistemas de control y el fortalecimiento de procedimientos administrativos y financieros. También fue necesario traer al equipo nuevas personas, con otros enfoques.

Fondo Acción creció. Paisaje Conectados fue la semilla que irrumpió lógicas, que promovió el crecimiento, que arrastró de forma acelerada a Fondo hacia su nuevo camino.

Y se convirtió en su proyecto ícono: el de mayor ejecución de recursos en una sola iniciativa que hubiera tenido el Fondo hasta ese momento.

Entre 2015 y 2016 Paisajes Conectados también abrió las puertas de otra geografía: Cartagena del Chairá, municipio donde la situación social era incluso más compleja que la de Solano. Con la comunidad conformaron un comité comunitario para el diseño detallado de la intervención. Este comité operó durante todo un año; fue un ejercicio de inmersión profunda en el trabajo comunitario. Cada tres meses Fondo Acción se reunía con las organizaciones campesinas para discutir sobre actividades específicas del programa.



El trabajo dio como resultado lo que habían buscado desde la llegada al Caquetá: conciliar la visión técnica con la campesina.

Así fueron transcurriendo esos primeros años de trabajo de Paisajes Conectados. En 2016, cuando se firmó el Acuerdo de paz con las FARC en Colombia, otras comunidades que habían visto el trabajo que desarrolló Paisajes con las comunidades en Solano y Cartagena del Chairá, les comenzaron a pedir que trabajaran con ellos en proyectos de conservación.

Las comunidades los buscaban por la reputación y la confianza que se habían ganado.

Los ejercicios participativos de planeación usando mapas, la construcción de visión del equipo y el conocimiento local para encontrar los escenarios deseables de uso del territorio generó una total apropiación por parte de los campesinos.

Este enfoque del trabajo de abajo hacia arriba que comenzó en el momento en que Fondo Acción llegó a Solano y luego a Cartagena del Chairá, también produjo otras sinergias con los tomadores de decisiones locales y municipales. Las comunidades, a partir de todo lo que habían aprendido sobre gobernanza e incidencia en política en el trabajo conjunto con Fondo Acción, comenzaron a producir instrumentos de gestión territorial, planeaciones estratégicas comu-

nales que terminaron en las mesas de los alcaldes, los gobernadores y se tradujeron en política pública municipal y departamental.

Desde 2017 hasta hoy, la velocidad de cambio de Fondo Acción se disparó. Continuó siendo un fondo que invierte en ambiente y niñez, que desarrolla convocatorias competitivas y equitativas para seleccionar ejecutores y acompañar procesos en terreno, pero se convirtió en una organización que hace ejecución técnica directa. No solo en las fincas y el bosque, sino en instancias públicas.

► Paisajes conectados Pacífico, ser y hacer

Cuando el equipo de Fondo Acción comenzó a trabajar en el Pacífico, pronto descubrió que la vida se movía como las mareas, había momentos de puja y otros de seca, y que sincronizarse con las comunidades significaba entender sus formas de estar en el territorio.

—La palabra clave en Fondo Acción es aliado; nosotros vemos al ejecutor como un aliado, no trabajamos para, por, sino con. Cuando entramos con el equipo de proyectos productivos y de gobernanza y comenzamos a conversar para llegar a acuerdos con los consejos comuni-

tarios y el Cabildo Mayor de Mutatá, lo primero que hicimos fue tratar de leer los deseos de la comunidades — dice Heidi Angarita Suárez, directora de Paisajes Conectados.

El trabajo de fortalecimiento de capacidades que habían realizado junto a Cocomasur para Bioredd, había hecho que se ganaran la confianza de 19 comunidades étnicas del Pacífico, quienes escogieron a Fondo Acción para seguir trabajando en REDD+. Esta confianza y la buena experiencia con Paisajes Conectados Caquetá motivaron a USAID a ampliar su donación al programa para incluir al Pacífico y las comunidades de los proyectos REDD+. De esta manera, con el apoyo de USAID y las comunidades del Pacífico, inició Paisajes Conectados en su capítulo Pacífico.

Como se hacía también en Caquetá, en el Pacífico, Fondo Acción comenzó a pasar tiempo con la gente para entender sus necesidades y deseos, fortalecer a los líderes y comenzar a planear juntos el camino a seguir.

Entre 2014 y 2017, las comunidades se fortalecieron en gobernanza y actividades productivas y, cuando el programa estaba llegando al final, comenzaron a trabajar en los protocolos de monitoreo, reporte y verificación necesarios para sacar adelante proyectos REDD+.

En 2018, cuando los proyectos estaban en un punto crucial para llegar

a la verificación de sus créditos de carbono, los recursos de la cooperación se habían comenzado a agotar antes de que las comunidades hubieran obtenido su primera cosecha de carbono.

Convencidos que los proyectos REDD+ y las transacciones de créditos de carbono eran la mejor y más sostenible oportunidad de financiar la conservación y el desarrollo sostenible a largo plazo, el Fondo Acción se mantuvo firme apoyando los proyectos: invirtió con modelos financieros novedosos en la finalización de la estructuración de los proyectos y gestionó un nuevo proyecto para recibir recursos frescos del Fondo Colombia Sostenible, una donación de cooperantes europeos cuyo objetivo es impulsar zonas afectadas por la violencia, con proyectos de conservación y productivos que les den nuevas oportunidades a las comunidades enmarcados en prácticas sostenibles que impulsen la mitigación y adaptación al cambio climático.

Terminar con la verificación y venta de los créditos de carbono era imperativo, no solo para las comunidades involucradas, sino para que esta experiencia sirviera como ejemplo vivo del éxito del mecanismo REDD+ en Colombia y para las comunidades étnicas de la región. Con las comunidades se había creado la agenda interétnica de afrocolombianos e indígenas y Fondo Acción

estaba acompañando a 19 comunidades agrupadas en ocho proyectos desde la frontera con Ecuador hasta la frontera con Panamá. Su trabajo no consistía en hacer atención a un proyecto individual, sino que trabajaba con todos en un esfuerzo colectivo, en un portafolio de proyectos. Las comunidades, además, tenían un espacio para compartir sus conocimientos, sus problemas e ideas, y formar redes de colaboración. Este apoyo permitió que los proyectos en marcha entre 2018 y 2020, fueran verificados por auditores internacionales acreditados ante la Convención sobre Cambio Climático de la Naciones Unidas. Ahora la tarea era apoyar a las comunidades para que vendieran sus créditos en el mercado nacional o internacional y finalmente llegaran ingresos por la venta del servicio ambiental que los bosques le prestan al mundo: la captura de CO₂ y la mitigación del cambio climático.

En el año 2020, Fondo Acción, que había entrado al Pacífico como apoyo para el fortalecimiento comunitario, terminó convertido en aliado de las comunidades. A medida en que estas se han fortalecido y crecido para ejecutar directamente las actividades de proyecto, el papel del Fondo ha seguido cambiando.

Hoy el Fondo presta el servicio de administrador y garante fiduciario a las comunidades dueñas del bosque, ellas son sus clientes.



▶▶ La palabra clave en Fondo Acción es aliado; **nosotros vemos al ejecutor como un aliado, no trabajamos para, por, sino con.**





CAPÍTULO

3

Invertir en el poder de la gente

Conservación

Es un hecho que la sobrepoblación ha empujado la transformación de montañas, valles, ríos, mares, lagos y costas, para hacerlos más habitables y productivos. Esto ha generado una reducción significativa en la posibilidad de acceso al agua limpia, suelos fértiles, recursos pesqueros y alimentos. Esta realidad puede ser contrarrestada a través de la conservación, entendida como un ejercicio dinámico e innovador.

En Fondo Acción creemos que la vida y el bienestar de nuestra especie dependen del cuidado, valoración y buen uso de los ecosistemas que proveen aire limpio, agua potable y suelos fértiles, mecanismos naturales de control de desastres y regulación del clima, polinización y comida, paisajes, conocimiento, apreciación estética y experiencias espirituales. Este enfoque parte del reconocimiento de los territorios con los usos actuales del suelo, buscando la recuperación de áreas críticas para el buen vivir, la productividad económica y la conservación de la biodiversidad.

La anterior aproximación ha posibilitado durante estos veinte años el desarrollo de estrategias para la conservación de bosques, manglares, ciénagas, páramos y sabanas, mediante acuerdos de conservación con las comunidades en los territorios, incentivos y creación de oportunidades económicas asociadas al mantenimiento o restauración de ecosistemas, la creación e implementación de acciones prioritarias en áreas protegidas, locales y regionales, privadas y públicas.



«Yo puedo, yo quiero»

**Yuriana Cardozo, promotora local
Programa Paisajes Conectados,
Cartagena del Chairá, Caquetá**

Hace más de tres años, el Fondo llegó al caserío de Puerto Camelias. Hice amistad con los técnicos y por ahí les colaboraba con una comida, con lo que yo podía. Cuando llevaban ya como dos años acá trabajando con nosotros, hicieron la convocatoria de mujeres lideresas y hace diez meses me ofrecieron el trabajo de promotora. Yo me dedico ahora a ir con los técnicos al campo. Trabajo enseñándole a la gente todo lo que sé de abonos caseros y de huertas orgánicas, y supervisando con los técnicos el banco de pancoger y los corredores de conectividad.

Antes de que comenzáramos con el proyecto de Paisajes Conectados, en las fincas se estaba talando mucho y esto acá era una inmensidad

de tumbas y tumbas de potreros. Las vacas se iban por donde les daba la gana. Yo recuerdo que al principio, recién llegados, la gente no les creía. No creíamos en nada ni en nadie. Lo que pasaba es que durante muchos años acá siempre llegaba un montón de gente a echar carreta, a entusiasmarnos, pero nada salía de verdad. También venía mucho zalamero, gente que sin conocernos, sin saber nada de esta tierra, nos querían decir cómo es que se tenían que hacer las cosas.

El Fondo se ganó la confianza de nosotros, primero que todo, porque los técnicos eran muy formales, se integraban a la comunidad, le hablaban a todo el mundo, recochaban, pero también porque hablaban claro, decían cómo eran las cosas, nos decían que pensáramos con ellos, que propusiéramos y, a medida que el tiempo iba pasando, cumplían con su trabajo y con lo que habían prometido.

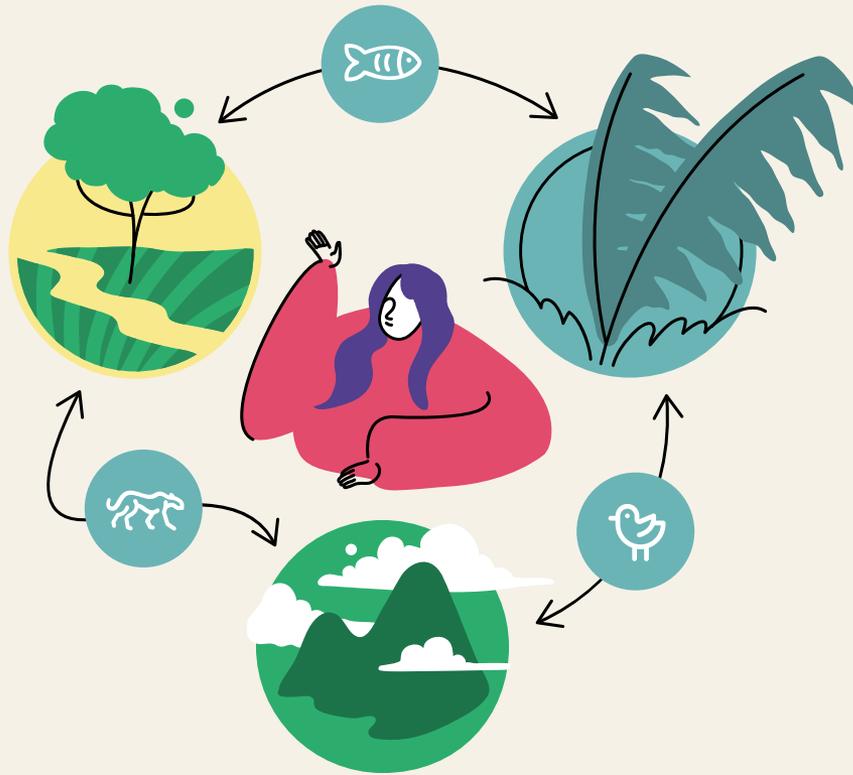
Pero yo estaba hablándole de lo de las lideresas, del cómo yo me hice una de ellas. La cosa comenzó cuando nos reunimos dos grupos de mujeres de Solano y de Cartagena del Chairá. Once y once, éramos. La primera capacitación, me acuerdo, fue de cómo es que las mujeres podemos ser lideresas, compartir con los niños y la comunidad el cuidado del territorio. Como tenemos tanta abundancia, creíamos que eso era corte y hágale, pero no, así no es, porque los recursos, que son de todos, se van también acabando. Lo otro fue que

viéramos cómo es que los hombres son lo que han tenido el derecho de decir que es lo que se hace y nosotras las mujeres nos habíamos quedado calladas, y no habíamos dicho: «yo puedo, yo quiero».

Ahí, yo aprendí a dejar el miedo a expresarme porque uno hablaba, claro, pero de bobadas, cuando uno tenía una opinión no la decía porque le daba pena: «Qué tal que eso no sea así». Yo me acuerdo que, en esa capacitación, en la que nos dijeron que uno debía decir lo que tenía en la cabeza porque cuando las palabras salían, se iban juntando y luego tenían sentido. A mí eso me ayudó tanto. No se imagina. Yo no hablaba y entonces yo no compartía. Y uno tiene que hablar para compartir y aprender y decirle a los demás cómo es que podemos estar mejor en la comunidad y para los niños.

No era yo sola la que tenía temor de hablar. Ahí había muchas, a algunas ni reír ni participar les gustaba. Fue ahí, en esa capacitación, que nos dimos cuenta de todo el miedo, todo el temor que teníamos.

Luego vinieron otras capacitaciones, muchas sobre conservación. Esto nos ayudó a que las mujeres y los niños se interesaran por conservar, y ahora uno escucha por todos lados esa palabra: «Conservar». Los niños quieren sembrar árboles, hay un señor y una señora que tienen un semillero de árboles, un vivero de árboles nativos, y tenemos talleres de conservación, de semillas libres



y limpias y eso ha sido muy bueno porque las mujeres y los niños estamos cuidando las semillas, recogiendo, intercambiando, cuidando.

También me acuerdo de una capacitación para hacer poesía y crear historias. Esa fue muy importante, no tanto porque hayamos hablado de conservación, sino porque compartimos. Ahí nos dimos cuenta de cómo vivían las demás, supimos de nuestras tristezas y dificultades, la vida que nos ha tocado a nosotras. Aprendimos a darnos una voz de aliento.

Otra capacitación muy importante fue cuando fuimos a Cachipay en Cundinamarca a hacer el taller de microorganismos y de abonos orgánicos. Nosotras estábamos acostumbradas

a los químicos, eso era una sola compradera y gracias a lo que aprendimos, tenemos el conocimiento de que todo lo que hacemos a nuestro alrededor, todo nos sirve, desde una bolsa hasta la cáscara del plátano. Los abonos orgánicos nos hacen ahorrar plata, pero también comer sano. Uno antes decía: «Ahhh esta tierra no sirve. Una cosecha y ya, y tumba y cada año así». Ahora en cualquier coscorrónero, como llamamos nosotros a cualquier pedacito de tierra, se siembra y se le echa su abono orgánico.

Como a mí me gustó tanto esta capacitación y comencé a poner todo lo que aprendí en práctica, por eso fue que terminé trabajando como promotora.

Ahora un día de trabajo mío, comienza madrugando para coger bestia porque la finca queda bien retirada. Me voy con los técnicos y eso son una, dos, tres horas de camino. Ahí vamos compartiendo, charlando. Lo primero que hago cuando llego es mirar las huertas, revisar que sí tengan producción. Lo importante es que haya cebolla, cebollín, pepino, calabacín y aromáticas como el anís, la yerbabuena, el poleo y el pronto alivio. Esos cultivos son para el consumo de ellos, de las mismas personas, pero también se cultiva mucho para vender y hasta para procesar. Ahora algunos están haciendo encurtidos de cebolla, pesto y escabeches.

Luego uno mira los corredores de conectividad. Esos son los que conectan los potreros con el bosque. Acá las fincas son grandes y un potrero podía tener 40, 50, 100 hectáreas. Entonces lo que se hizo es que en el borde, al pie de los cercos, se hace un corredor y se siembran distintos árboles maderables, que crean un corredor para que los animalitos puedan cruzar de un parche de bosque a otro. Como antes no había árboles, les tocaba pasar por eso potreros así no más, y pues se habían ido acabando los pájaros, los micos, la borugas, hartísimos animales. Los corredores, lo que hacen es conectar de bosque a bosque y entonces los animalitos vuelven a pasar. La idea es que los pajaritos vengan a comer pepitas cuando ya están los árboles grandes y que haya





fresco, pero también sombrío para el ganado y para uno.

También revisamos el banco de pancoger que es donde tienen la yuca, el plátano, la caña, la piña, la papaya, la ahuyama y todo lo que sea de la cocina, que es diferente a la huerta porque ocupa mucho más espacio. Esto es para el consumo de ellos en la finca, pero también para la venta. Es que cómo le parece que habíamos llegado al extremo de que los plátanos los traíamos de Cartagena de Chairá, y nosotros con toda esta tierra. «Yo tengo 100 hectáreas, yo tengo dizque 300, dizque 500 y no tengo ni una mata de plátano». Ahora venden los racimos a 20.000 y 30.000 mil pesos, según el tamaño.

Mi trabajo entonces, si usted ve, es revisar para que no vayan a dejar acabar nada. Recordarles que es para el beneficio de ellos mismos, decirles: «Vean todo lo que esto les ha servido. Vean el ejemplo de Fulanito, los pastos que tiene ahora, la platica que puede invertir. Vean que antes tenían diez vacas ahí en esa inmensidad de potrero y andaban escasos de dinero y ahora vean, vean que están abastecidos de pasto».

Y es que la verdad lo que le digo, antes había acá gente que le tocaba en invierno rentar en otra parte para que el ganado comiera. Ahora no. Ahora tienen comida para el ganado y para ellos mismos. Si yo le fuera a enseñar a usted cómo conservar el bosque, yo le diría que hay que limpiar una parte y no quemar, solo

repicar la madera, que ella se pudra y eso mismo sirva de abono. Que ante todo hay que dejar de tumbar porque si no, el agua, la de los animalitos y la de nosotros, se nos acaba.



«Tra pi suma kiricha kiraka erubaita/Tener el pensamiento de las hormigas arrieras»

Jhon Jario Tuberquia, líder embera, Mutatá, Antioquia

Yo soy líder embera de las comunidades de Mutatá. Nací en una de estas comunidades que se llama Porroso del resguardo Jaikerazabi. Acá en el municipio de Mutatá, en el departamento de Antioquia, estudié y he estado participando de múltiples procesos que hacen parte de la dinámica organizativa del cabildo indígena de Mutatá que es la orga-

nización que nos articula a nosotros, los más de 2.500 indígenas que hacemos parte de tres resguardos, el resguardo Jaikerazabi, ubicado sobre la Serranía de Abibe, en los límites con el departamento de Córdoba; el resguardo Chontadural Cañero, el cual traslapa con el departamento de Chocó y un tercer resguardo que es el de Colibrí Pegadó.

Esos tres resguardos recogen catorce comunidades indígenas y desarrollamos acciones bajo cuatro principios: el de la unidad, el territorio, la cultura y la autonomía, con cinco directrices políticas que desarrollan cada una de las actividades del programa en el marco del plan de vida: la política de territorio y medio ambiente, la de gobierno y administración, la de educación, la de salud y la de género, generación y familia.

El principio de la unidad es que nosotros como pueblo Embera, como comunidades indígenas, hacemos parte de una estructura política organizativa que se estructura desde las raíces con participación de la comunidad, donde se les da participación a los jóvenes, las mujeres, los médicos tradicionales, los docentes y todo este equipo de líderes o miembros de la comunidad que hacemos parte de la organización. Al igual estamos articulados a nivel departamental con una estructura organizativa que es la OIA (Organización Indígena del Departamento de Antioquia), que cobija cinco pueblos étnicos: el pueblo Zenú, el pueblo

Tule, el pueblo Embera Eyabida, el pueblo Tobita y el pueblo Chamí. A nivel nacional, estamos articulando acciones con la Organización Nacional Indígena de Colombia (ONIC). El principio de la unidad va en ese sentido de articulación desde lo local, hasta los otros enfoques de áreas de articulación a nivel nacional.

El principio del territorio es que para nosotros como pueblos emberas, la tierra o el territorio es la base fundamental, la que permite que haya el desarrollo cultural, económico, político y ambiental que hace parte de nuestras comunidades. El territorio para nosotros es como si fuera la madre que permite que haya vida. La madre tierra es fundamental para nosotros porque de ahí se desprenden todas las diferentes acciones o recursos que nosotros como personas necesitamos para poder generar el desarrollo de un modelo que permita avanzar en el proceso organizativo.

En la otra línea o principio está la cultura. Nosotros como pueblo indígena tenemos unas raíces fundamentales que vienen desde nuestros orígenes, desde nuestros ancestros, las cuales se vienen practicando de generación en generación, y lo que buscamos es que esto se mantenga en el tiempo: el cuidado con los niños, el relacionamiento con la naturaleza, con los sitios sagrados, con los bosques, los ríos, los lagos y los animales.

Y la autonomía, porque hemos venido desde mucho tiempo atrás

generando procesos políticos y de organización basados en unos fundamentos propios de la cultura indígena. Hemos venido avanzando y exigiéndole al Estado que nosotros, como comunidades indígenas, tenemos nuestros derechos: el derecho a la vida, a tener un territorio digno y en paz; el derecho a tener la cultura, la familia, a tener nuestra propia identidad. Nosotros, las comunidades indígenas, somos también personas y no animales. Tenemos la capacidad de pensar, de reaccionar, de velar por nuestras necesidades, de luchar y propender por el derecho y deber de nuestras comunidades indígenas que hacen parte de una dinámica organizativa.

Lo que nos motivó a trabajar con Fondo Acción es que los objetivos que se trazaron con el proyecto REDD+ van de la mano con estos principios, con el plan de vida que hemos consolidado y construido con participación de las comunidades emberas de Mutatá, respetando los principios fundamentales del territorio, la unidad, la cultura y la autonomía. Ellos tuvieron en cuenta esos elementos, todos esos principios y las directrices político-organizativas con las que nosotros nos regimos en el cabildo mayor. Se trata de una articulación concertada.

Yo hago parte en este momento de la coordinación del proyecto REDD+ Mutatá, el cual se viene trabajando con las comunidades indígenas con el fin de reducir las emisiones por

deforestación y degradación evitada en el territorio. Nuestros bosques cumplen una función que es prestar un servicio ambiental que favorece a la comunidad, no solamente a los que habitamos el territorio, sino a la población en general, pensando en toda la biodiversidad, el fortalecimiento comunitario y todo el tema climático que hace parte del contexto territorial.

En el trabajo para sacar adelante los proyectos REDD+, de la mano de Fondo Acción, tenemos incluidos unos altos valores de biodiversidad como son la fauna en los territorios en los que aún se mantienen los jaguares, la tatabra, el venado, el gurre, la guaga, las guacamayas, los loros y otra diversidad de aves que tenemos por acá. Así mismo, tenemos en nuestro territorio una diversidad en flora, plantas ornamentales y medicinales que nuestros médicos usan ancestralmente para el desarrollo y práctica de estos valores culturales que tienen que ver con la cosmovisión y cosmogonía del pueblo Embera, al cual pertenecemos los miembros del cabildo.

El trabajo con Fondo Acción ha traído unos frutos que podríamos llamar novedosos para las comunidades. Se ha desarrollado todo el tema de fortalecimiento organizativo, de gobernanza, donde se da participación a las mujeres, a los jóvenes, a los miembros del colectivo de comunicaciones y a los docentes. Hemos trabajado con ellos todo el tema de

actividades productivas, el manejo de los recursos naturales, la implementación de sistemas agroforestales donde estamos trabajando el cacao asociado con otras especies maderables, frutales y algunas medicinales, asociadas a otros productos como la yuca y el plátano, que también permiten que haya alimento para el consumo. También en la protección a la fauna que está en nuestros bosques. Así mismo, se ha implementado todo el fortalecimiento y desarrollo de capacidades mediante unos procesos de formación y capacitación, en los que la mujer, los miembros de la comunidad y las autoridades participan de forma activa. También todo el proceso que se viene desarrollando en el marco del fortalecimiento del cabildo indígena y la parte administrativa. Las actividades se han visto de una manera muy positiva en las comunidades. Tenemos una línea de inversión social que busca contribuir con el tema de infraestructura en educación, en salud, en vivienda, en redes eléctricas, en poder llegar a obtener unos canales que lleven el agua a las viviendas y todo el tema de saneamiento básico y agua potable.

Este proyecto, que nosotros estamos sacando adelante, está pensado para treinta años. Lastimosamente, personas que no son de la comunidad han traído una mente bastante individualista. Pienzan en economías como individuos y no como comunidad. Nosotros pensamos que todo lo que haga-



mos debe ser para el beneficio y la fortaleza de toda la comunidad indígena; entonces, con Fondo Acción, lo que se ha procurado es porque estos derechos territoriales y de las comunidades no sean vulnerados; que nos fortalezcamos y apropiemos de este trabajo que se viene implementado y que es pensando a largo plazo, más allá de esos 30 años pensados, porque el ser y el sentir de la comunidad indígena no llega solo hasta el año 2043. Ahí tal vez daremos un espacio para

la evaluación, retroalimentación y continuidad de las proyecciones para seguir avanzando con todo lo que es la dinámica de las comunidades del cabildo mayor de Mutatá.

Vamos con el llamado que hacen nuestros mayores: *Tra pi suma kiri-cha kiraka erubaita*, que trabajemos de una forma unida por el bienestar de todos, hombres y mujeres, niños jóvenes y adultos, médicos, como hacen las hormigas arrieras que se apoyan unas con otras para poder ir avanzando en el territorio.



«Ahora que estoy acá en este filo»

Diana Andrea Mejía, fiscal de la Junta de Acción Comunal, Solano, Caquetá

Yo estoy acá en mi finca, en un filo, debajo de un árbol, pensando que no me vaya a caer un aguacero porque se está formando un aguacero. Estoy también al lado de un timbo, donde tenemos el acueducto ganadero. El timbo es para ponerle agüita al ganado en los potreros. Acá estoy viendo las vaquitas que todos los días ordeño. Hago manejo

silvopastoril; el manejo silvopastoril es cuando uno tiene potreros pequeños y hace rotación para evitar las tumbas, cuando uno maneja el ganado en poquita tierra, sin estar tumbando. Usted hace, por ejemplo, diez cuadros pequeños, diez potreros, digamos, diez manguitas y usted llega todos los días y cambia las reses, las va moviendo, así que cuando uno llega al último potrero, cuando acaba la rotación, el primero ya está con pasto para volverlas a meter y así no tenemos que tumbar. Si uno deja suelta a las vacas, ellas lo que hacen es andar por todos lados y pisar la comida y no la aprovechan. En los potreros hacemos corredores y sembramos árboles. Esos árboles sirven para la sombra del ganado, para la de nosotros y para que puedan seguir vivos los animales del monte.

Yo hoy en día le digo a la gente que no hay necesidad de talar porque si uno lo hace los animalitos se van yendo. Les enseñé a trabajar con lo que tienen. Lo que ya tienen tumbado es suficiente. Lo que tienen que hacer es poner a trabajar en rotación los pastos para el ganado, poner agua en el acueducto ganadero para que los animales no dañen la quebrada y si ya tienen muy talado y no tiene sombra en los potreros, porque el ganado necesita de sombra, como todos los seres vivos, que siembren árboles.

Hay que arborizar lo que más uno pueda, devolverle la vida al potrero. Hay que enseñarle a la gente, compartir los conocimientos que uno tiene. Lo que pasa acá es que a nosotros nos faltó capacitación. Es que con solo una capacitación, uno comienza a pensar diferente. Uno cae en cuenta del daño que ha hecho, del perjuicio que ha hecho y uno comienza a recapacitar: «Qué mire que este potrero no tiene ni un árbol, entonces vamos a sembrar». Yo para que voy a decir mentiras, yo también antes talaba, decía, este árbol para qué, esta sembradera de árboles para qué, pero cuando por las capacitaciones fuimos a lugares muy bonitos, a reservas, el pensamiento me cambió y así me fue cambiando la vida.

He perdido el miedo de hablar, sé que tengo derecho y también la obligación de cuidar el medio ambiente; he aprendido a trabajar, a cuidar, a conservar, a replicar y, ahora, que estoy acá en este filo, hablando con usted, recuerdo que antes solo tenía un potrero grande. Ahora no, ahora tengo entre 27 y 30 potreros, pequeños, en cuartico, y en estas 28 hectáreas que yo tengo, hay una reserva de bosque. He dejado de tumbar sí, y ahora todo se ve más bonito con los árboles que he sembrado, las vacas aumentaron la producción de leche y esta es más fresca.





«El trabajo de enseñarle a los demás lo hago de corazón»

Luis Toledo, promotor local
Programa Paisajes Conectados,
Solano, Caquetá

Somos noventa y dos familias a las que Paisajes Conectados les cambió la vida. Yo estoy produciendo quesos y una calidad genética de animales, haciendo unos crucecitos de ganados buenos que he ido comprando en otras fincas que tienen animales de leche. Los he ido seleccionando para tener vacas que produzcan más y, como con la rotación, con el manejo silvopastoril, nunca les falta la comida, yo creo que voy a poder producir mucha más leche.

Las huertas las he mejorado mucho. Es que antes nos tocaba comprar la cebolla, el tomate, la

habichuela y el pepino. Ahora esa plata la podemos invertir en otras necesidades de la finca. Si yo me pongo a pensar en cómo era la finca antes, me da hasta dolor de cabeza. Las vacas andaban sueltas y yo ni las encontraba por ningún lado. Duraba horas buscándolas. Por las noches tocaba alumbrarse con velas y con mechones de gasolina. Y así era donde todos los compañeros. Hoy en día, cuando voy a otras fincas, ya hay muchas con planta solar y algunas, incluso ya tienen nevera. Y la tierra, eso era lo más feo, no tenía árboles para la sombra del ganado.

Hoy en día tengo muchos árboles y ellos me dan felicidad. Un día de trabajo para mí es como ganarse la gloria. Yo me di cuenta que me gusta mucho la arborización y la fauna. Me gusta cuidar a los animalitos. Tanto que los dejo que se me metan hasta la casa. A mí no me gusta que los estropeen, entonces los defiendo. También me visitan las borugas, que se parecen a los guanos, pero son negritos. Y las guacharacas. Acá en el palo de mango vienen a dormir como si esta fuera la casa de ellas, y son mansas, muy bonitas.

Mire que yo casi todos los días siembro un árbol en la finca mía. Si usted viera mis corredores de conectividad, les he sembrado guanábanos, mangos, forrajeras y están tan bonitos. Esos árboles son los que permiten que existan animales. Ellos son los que capturan el carbono para la protección de

nosotros y de los compañeros y de todo el planeta, y de los animalitos. En el corredor hay mochileros y currillos y manaos y micos y monobombos, churucos, chichicos y bebecos. Todos esos animales. Yo me la paso viéndolos cómo cruzan al bosque, cómo comen guayabas y papaya. Se han vuelto parte de mi casa, de mi familia. Se han adaptado a mí y yo a ellos. Ahora más o menos a las cinco, en la tarde, que no esté asoleando tanto, me voy a caminar los corredores y a mirarlos y a oírlos cantar y, por ahí derecho, le echo un ojo a las vacas a ver cómo andan.

Acá las vacas todas son de leche. Yo mismo las ordeño y mi esposa saca el queso. Tenemos una quesera muy hermosa. Cada día sacamos queso y cada ocho o quince días lo sacamos a vender. Queso cuajado, en bloque de tres o cuatro arrobas. El Fondo está por irse de acá, pero yo seguiré haciendo lo que he aprendido. Hasta que esté en este mundo pienso enseñarle a la gente a hacer los corredores de conectividad y los potreros pequeñitos, a que reflexione sobre lo que le hace a la tierra y a los animales. Este es un ejemplo que me quedó marcado. La gente me dice Lucho, usted será que me enseña cómo se hace un acueducto ganadero y yo le digo mano, se necesita esto y esto, y yo voy y le instalo el acueducto ganadero. El trabajo de enseñarle a los demás, lo hago de corazón.



Desarrollo rural sostenible

Gran parte de las comunidades rurales han vivido en equilibrio con el medio ambiente que se ha ido deteriorando por intereses y razones externas a su modelo de desarrollo y convivencia. Esto desnaturaliza las formas de producción agrícola, alimentación y relacionamiento con el entorno.

En Fondo Acción creemos en la necesidad de cambiar paradigmas frente a la manera de producir y consumir; así como en facilitar y estructurar modelos de negocios justos y competitivos para las comunidades, en los que prevalezca el bienestar, desde la seguridad alimentaria y alternativas rentables para su progreso.

Por eso trabajamos con un enfoque de cadena de valor en la base donde se realiza la producción o extracción, y con los consumidores finales. Desarrollamos proyectos de producción sostenible para promover soluciones circulares a lo largo de toda la cadena de valor, mejoramos capacidades técnicas y prácticas amigables con el medio ambiente en sistemas productivos, aprovechamiento de recursos pesqueros y/o forestales. Fortalecemos las cadenas para agregar valor a los productos y tener trazabilidad que permita conectar personas y lograr precios justos y competitivos.

Nos interesa promover el consumo responsable para lograr que la oferta y la demanda sean conscientes y responsables en el momento de poner un producto al mercado y, en el mismo sentido, comprar un producto con precio justo. En balance, buscamos negocios sostenibles con impacto ambiental y social.



«Si perdemos la relación con el territorio perdemos nuestra cultura»

Mercy Dalila España, especialista en actividades productivas del Consejo Comunitario Acapa, Tumaco, Nariño

Soy del Pacífico sur colombiano, departamento de Nariño, pero nací en una vereda de la zona rural que se llama Boca de Curay, que está sobre la ensenada, sobre la bahía del municipio de Tumaco, y hago parte de la organización del Consejo Comunitario Acapa. De profesión, soy ingeniera agroforestal. Cursé una especialización de gerencia social y curso en la actualidad una maestría de gerencia en proyectos. Soy apasionada por el sector agrícola, por ello mi perfil, por ese arraigo al campo, a los sectores

productivos. Soy la tercera de cinco hermanos, cristiana evangélica de credo y he venido trabajando en el Fondo desde el año 2015, siendo parte de la unidad técnica del Consejo Comunitario Acapa.

Mi arraigo al campo nace por el hecho de nacer en la zona rural del territorio y de venir de una cultura negra bien apropiada de lo suyo. El arraigo lo transmiten los antepasados y es él, el que me llevó a pensar en estudiar algo relacionado con el campo; primero porque soy del seno de una familia pobre, de escasos recursos, un padre agricultor y pescador, y una madre ama de casa, sin posibilidades de formarnos ni de sacarnos adelante en términos educativos, pero sí con una gran visión de que la educación es el motor transformador para los territorios.

Mis papás tuvieron siempre una visión muy amplia. Mi papá ha sido mi mejor mentor, siempre me dijo a mí y a mis cinco hermanos que estudiar era la alternativa, la única que teníamos y la mejor herencia que podía dejarnos antes de una casa, de un motor y una canoa, porque el estudio no era solo para nosotros, sino una posibilidad para la comunidad. Es decir, él tenía esa visión de que lo que uno lograra iba a impactar a otros, y eso fue lo que yo he hecho, volver al territorio. Yo vuelvo de manera constante al seno en el que nací y considero que he podido contribuir muchísimo, he podido inspirar a otros. Ese también ha sido mi anhelo,

que en otros nazca la motivación de salir adelante.

Estar en la zona rural genera una sensación de pobreza, de olvido. Uno se va dando cuenta, en la escuela, a medida que crece, que el territorio tiene todas las necesidades básicas insatisfechas, que no cuenta con educación, ni salud, ni vivienda, ni agua potable. Empieza a hacer comparaciones cuando va a la ciudad, a Tumaco, que como uno no conoce ninguna otra, le parece una gran ciudad que está a años luz del lugar de donde uno viene.

Los primeros años de escuela, los hice en la vereda de Boca de Curay y ahí mi papá, sin recursos, pero visionario, como le contaba, se le metió la idea de que teníamos que venir a estudiar a Tumaco. En Tumaco iniciamos la escuela, primero nos vinimos con mi abuela. Luego mi mamá se vino a vivir con nosotras. A estar pendientes porque somos cinco hermanas mujeres y un varón.

Es decir, él tenía esa visión de que lo que uno lograra iba a impactar a otros, y eso fue lo que yo he hecho, volver al territorio. Yo vuelvo de manera constante al seno en el que nací y considero que he podido contribuir muchísimo, he podido inspirar a otros.

Cuando me gradué del colegio, tenía muchas expectativas. Ingresé con mucho esfuerzo a la Universidad de Nariño en Tumaco a la carrera de ingeniería agroforestal y luego debí trasladarme a Pasto. Ahí me tocó arrendar una habitación. No tenía sino la cama para dormir y a duras penas plata para sacar las fotocopias de la universidad. Sin embargo, por gracia y misericordia de Dios, que siempre estuvo en mi mente, supe que no debía perder ni una materia ni un semestre porque eso representaba tiempo y plata y no me podía dar el lujo de eso. Yo había llegado con una misión y era estudiar y terminar la carrera. Me enfermaba mucho, tenía problemas de rinitis alérgica por las condiciones económicas para la alimentación. Llegué a empeñar mi calculadora de estudios para poder comprar panes, queso y café. Este tipo de eventos, cuando uno viene de una familia que genera unos principios y unos valores, esfuerzo y valentía, le ayuda a sacar fuerzas de donde no las hay. Le cuento esto, lo de empeñar la calculadora, porque para mí eso fue un momento definitivo, que me motivó a terminar la carrera para ayudar a mis padres, a mis hermanas que seguían detrás de mí. En 2008 terminé mi carrera y desde ese tiempo he estado trabajando en medio de procesos comunitarios.

En 2015 comencé otra etapa de este camino trabajando con Fondo Acción. Ellos llegaron a hacer una

intervención en el marco del proyecto REDD+ con el proyecto Paisajes Conectados y allí entré a integrar el equipo técnico como encargada de las líneas productivas, específicamente en el tema cacao y coco de los consejos comunitarios Acapa y Bajo Mira y Frontera. Hasta ahora sigo a cargo de esas líneas productivas. Más allá del acompañamiento técnico en el cultivo, lo que hago es estar en toda la cadena de valor, desde la producción hasta la comercialización y también en algunos intentos para la transformación del producto.

Nosotros acá en el territorio ya veníamos en el proceso REDD+ de conservación de bosques, desde el año 2012, con Bioredd, el programa que operaba los recursos de Usaid para intervenir en el territorio, pero desde 2014, Usaid terminó la contratación con Bioredd y Fondo Acción se ganó la licitación y comenzó a trabajar con nosotros.

En 2015 se empezó con el primer proyecto de coco y pues allí entré a coordinarlo con el equipo de Fondo Acción. Comenzamos a brindar asistencia técnica en campo, pero también a buscar aliados comerciales para el producto y a hacer adecuaciones de infraestructura productiva: construimos el centro de acopio, comenzamos a ver que más allá del fruto, también había otras alternativas para el mercado y que eso iba a generar el valor agregado para la generación de ingresos de las familias de Acapa que viven ne-

tamente del coco, de la pesca y del cacao. En esa búsqueda, empezaron a aparecer aliados, interesados en la compra de coco, del fruto, pero también de la leche y en una gama amplia de productos. Las cosas comenzaron a extenderse poco a poco. Hicimos un primer piloto de comercialización de coco hasta Tumaco. En ese no nos salió tan bien porque se nos incrementaron costos, pero no nos quedamos ahí, seguimos en la búsqueda de aliados.

Nosotros tenemos un problema grave, fitosanitario, con el coco. El complejo anillo rojo (el complejo del picudo) que tiene más de cincuenta años y afecta las plantaciones.

Nos hemos dedicado a bajarle la incidencia, a concientizar a los productores en el manejo eficiente de este tema, para de esta manera lograr tener producciones importantes y lograr proveer la cantidad que el cliente nos pida.

Han sido ya en total seis años en este intento. Hoy en día, ya hicimos dos ejercicios. A Súper de Alimentos en Manizales, le estamos vendiendo el coco y también estamos haciendo unos pilotos de subproductos: aceite, leche y pulpa de coco. También estamos viendo la necesidad de tener una planta de transformación de coco en el territorio. Una en la que se aproveche al cien por ciento el fruto. La planta de productores y para los productores va a generar una gran ventana de posibilidades, de generación de





ingresos, de cultura y de legalidad, porque de eso tenemos muchos problemas en el territorio.

En relación al cacao, logramos articular una asociación de cacaoteros que se llama Asprosec y logramos que ellos, en una alianza comercial, con Chuculat, en Bogotá, hicieran una chocolatina con nuestro cacao. Es una chocolatina de sabor amargo, muy apetecida por el mercado, que tiene un 70% de manteca y pasta de cacao. Fue muy significativo para la comunidad, tener a mano una pasta de chocolate, del cacao por el que ellos se esforzaron y trabajaron todos los días.

El trabajo con Fondo Acción ha sido importante en estos años porque ha producido un mayor empoderamiento. El Fondo en el tema productivo trabaja en la formación de líderes y eso se ve reflejado en la autonomía que han adquirido, en la capacidad de planear el territorio y la capacidad de negociación.

También la relación con Fondo Acción ha ayudado al empoderamiento cultural.

El solo hecho de que estemos en el marco de un proyecto de conservación es importante porque culturalmente las comunidades negras han hecho a través de su historia conservación de los recursos naturales. El encuentro con el Fondo, lo que permitió fue que nos cualificáramos sobre el manejo sostenible que debemos dar a los bosques, que son la base de nuestra cultura,

de nuestro arraigo. El Fondo nos hizo pensar en las consecuencias que traería descuidar el bosque. ¿Qué iba a ser de nosotros en el momento en el que se degradaran todos los recursos naturales? ¿Tendríamos que venirnos todos para la ciudad? Si perdemos la relación con el territorio perdemos nuestra cultura.



«El buen vivir»

Alonso Velásquez, representante legal de la Asociación de Familias y Personas Comprometidas con el Bien Vivir, Probivir, Duitama, Boyacá

A mí me llaman Alonso Velásquez Bedoya y yo me crié en el Oriente Antioqueño. Luego estudié Zootecnia en la Nacional de Medellín, y en esa época se me despertó la inquietud por las tecnologías apropiadas. Siempre estuve en procesos populares

y ahí encontré una experiencia en Boyacá que me llamó mucho la atención, y me vine para acá a trabajar en un proceso de desarrollo rural con los campesinos. Era el año de 1986 y pues aquí me fui quedando, eché raíces. Mi compañera es de acá y ahora vivo en La Chorrera, en esta vereda que se llama San Lorenzo que queda abajo del sector La Estación, entre Paipa y Duitama. Aquí tengo un lote pequeño donde puedo sembrar algunas cositas y tener algunos animalitos. Soy representante general de la Asociación Probivir que antes se llamó Agrosolidaria seccional Duitama. En algún momento tuve la posibilidad de estudiar una maestría en desarrollo sostenible de sistemas agrarios y eso pues, me encarriló más con el tema agroecológico y a eso es a lo que me dedico. Conocí a la gente de Fondo Acción, cuando estaba trabajando en la Asociación Semillas y Agrosolidaria, antes de que cambiáramos de razón social y nos llamáramos Probivir. Con el Fondo nosotros ejecutamos dos proyectos. Uno de ganadería sostenible con la Asociación Semillas y otro de descontaminación y buenas prácticas agroecológicas con Probivir.

Pero antes de seguir con el tema de Fondo Acción, tengo que contar porque cambiamos de razón social. Antes de llamarnos Probivir implementábamos grupos asociativos en producción primaria agrícola pecuaria, transformación de productos con fondos autogestionadas de

microcrédito; también ecomercados y ecoferias para hacer la distribución más directa con consumidores. Así estuvimos desde el año 2007 hasta el año 2014, momento en el que nos dimos cuenta de que estábamos viendo a las familias campesinas solamente como productores y no en toda su integridad, su esencia, que ellos no estaban hechos solo para el mercado. Nos dimos cuenta de algo muy triste y es que sus vidas estaban determinadas por las leyes de la demanda del producto y que aunque siendo campesinos dueños de parcelas, con todo el conocimiento de las semillas, tenían que comprar la mayor parte de sus alimentos. Los moreros producían mora. Los paperos producían papa. Los ganaderos, leche. El resto de cosas las tenían que comprar a precios injustos y contaminados con agrotóxicos. Siendo campesinos, la estaban pasando mal accediendo a los alimentos, y entonces pensamos que teníamos que cambiar eso y llegamos al concepto del «bien vivir». El paradigma de poner en el centro la soberanía existencial, la armonía con la naturaleza en las comunidades, la vida más tranquila y la relación con los bienes comunes.

Cuando hicimos ese cambio diseñamos unos programas más acordes con ese pensamiento, empezando primero por uno de reflexión sobre lo que es el bien vivir en este contexto particular del Corredor de Robles, que es el

territorio que como organización hemos focalizado para el trabajo. Ese programa se llama «Bien viviendo», que es un programa de formación. El buen vivir es un paradigma de la vida en comunidad, porque en esta sociedad no hemos puesto la vida en el centro, hemos puesto la acumulación y el prestigio en el centro, pero la vida se sacrifica mucho y de muchas formas. El buen vivir entonces es entrar de nuevo en el cuidado de la vida en todas sus manifestaciones, no solamente de la especie humana sino de todas las otras formas de vida.

Luego revisamos todo esto del alimento y creamos un segundo programa muy importante, «Primero el alimento», que es un programa de autonomía alimentaria. Producir para el autoconsumo, pero producirlo sano, es decir, orgánico, local, sabroso y con identidad. Ahí es que se articula con todo lo de agroecología de recuperación de semillas de las gastronomías locales, es decir, también es importante el cómo se preparan los alimentos, volver a recuperar la tradición culinaria y luego también tenemos un programa de crianza del territorio que es un programa de desarrollo territorial rural con identidad biocultural. Este programa integra también la defensa del páramo, de los bosques, de los riachuelos, de la fauna y flora. A futuro está proyectado para que tengamos alimentos diversos y teniendo las prácticas culinarias tradicionales,

abrirnos al turismo rural comunitario y al ecoturismo.

Nos quedó solo un programa de economía solidaria que llamamos «Creamos». Es una iniciativa para buscar y recuperar el trabajo colaborativo, que aquí tradicionalmente se llama «manovuelta o brazo prestado», para hacer un trueque de mano de obra sin mediación monetaria que es más adecuada a las condiciones de ellos.

El primer trabajo que hicimos con Fondo Acción fue un proyecto de treinta y dos meses, de reconversión de ganadería tradicional hacia ganadería sostenible. El proyecto tenía un complemento muy importante de fortalecimiento organizativo a partir del cual pudimos crear y empoderar los grupos asociativos articulados a Probivir. Hicimos protección de nacimientos de agua, establecimos una línea de base en cuanto a área de bosques presentes en las fincas, un inventario inicial de flora y avifauna, tanto en fincas como en parches de bosques, que en este caso son bosques de robles.

También había un gran componente ambiental y era que el trabajo de ganadería se hiciera sin agrotóxicos. Fue muy importante en este proceso, el trabajo de fortalecimiento organizativo y administrativo acompañado por el Fondo. Había desde el arranque unas capacitaciones en temas contables y administrativos. No solamente en cómo llevar bien los recursos del

proyecto sino toda la organización. Fondo Acción también facilitó que nos pudiéramos encontrar con otras organizaciones y otros proyectos que se estaban ejecutando en las otras áreas, como la Serranía de Yariguíes, una comunidad que había hecho aprendizajes significativos.

El segundo proyecto fue en la misma zona, el Corredor de Robles, entre Santander y Boyacá, que incluía los municipios de Charalá, Paipa, Duitama, Santa Rosa de Viterbo y Cerinza. En este proyecto queríamos abordar el tema de la descontaminación, de crear una cultura de restauración y cuidado ambiental. Hicimos una caracterización rápida de las fuentes de contaminación que había en el territorio, tanto en la actividad agrícola ganadera como en el ámbito doméstico, y también un componente de agricultura orgánica. Trabajamos con los moreros de Palermo, Paipa. Estábamos interesados en mostrarles que sí se podía producir mora orgánica sin necesidad de aplicar veneno. Ubicamos una experiencia allá mismo y llevamos a ese grupo de moreros a conocerla. Lo mismo con los paperos, los que producen hortalizas y los ganaderos.

Luego, al regresar, con la motivación alta, se identificaron parcelas que debía aportar alguno de cada grupo para hacer ahí un piloto. Comenzamos a implementar lo visto y empezamos el trabajo colectivo haciendo asistencia técnica del proyecto; entregando insumos y

materiales para infraestructura. Por ejemplo, en el caso de los frutales, se implementaron los sistemas de riego por goteo. Se hizo un cerramiento y vallas de divulgación para llamar la atención de los vecinos, de los otros cultivadores para que se interesaran y aprendieran lo que se estaba haciendo en esas parcelas.

También se fortalecieron los proyectos de ganadería. Teníamos desde antes unos fondos rotatorios de insumos que se entregaban en las tiendas veredales, pero eran, sobre todo, de ganadería. En el proyecto con el Fondo, se pusieron también abonos para el biocontrol de plagas y enfermedades, de tal modo que la gente pudiera replicar lo que se estaba haciendo en las parcelas piloto.

La metodología era aprender, haciendo y viendo, y a aquel que quisiera replicar en su propia finca, también se le hacían visitas y asesoría. Se montó una campaña de recolección y formación en el tema de residuos sólidos. Con el tema del reciclaje comenzamos de cero, concientizándolos de que la basura es materia prima y puede ser fuente de ingreso para muchas familias que viven del él. Se trabajó en el tema de las aguas grises de las casas con unos módulos sencillos de descontaminación con plantas acuáticas. Algunos implementaron trampas de grasa y sistemas de filtros.

Otra cosa importante que se hizo fue implementar los primeros

biodigestores de flujo continuo para clima frío. Esta es una tecnología que funciona más bien en climas cálidos, pero en estos climas se pensaba que era ineficiente. Así que lo que se hizo fue una adaptación con macrotúneles con invernaderos para calentar más, para mantener alta la temperatura con aislamiento térmico en el suelo. Se implementaron donde había cerdos, pensando en que el estiércol es muy contaminante y poco se usa para la fabricación de abonos. De esa forma, también estamos ahorrando leña y disminuyendo la presión sobre el bosque.

Fue muy importante en este proceso, el trabajo de fortalecimiento organizativo y administrativo acompañado por el Fondo. Había desde el arranque unas capacitaciones en temas contables y administrativos. No solamente en cómo llevar bien los recursos del proyecto sino toda la organización.



Los campesinos están muy activos, algunos más que otros, pero lo más importante es que estos proyectos no se agoten cuando se acaba el presupuesto, sino que trasciendan la financiación y el apoyo técnico. Hemos tenido mucho cuidado con eso. El saldo principal de estos proyectos con el Fondo ha sido cambiar la mentalidad, crear una actitud de compromiso y sensibilidad frente a la naturaleza. Que la producción

de alimentos no entre en conflicto con la conservación, sino que se entienda que es posible conservar produciendo y producir conservando y que, en últimas, todos nos beneficiamos de esa conservación. También entender el territorio y ayudarlo, este corredor de Robles es tan importante para esta zona del país, pero tan desconocido por la mayoría de los pobladores, tanto rurales como urbanos.

Los páramos que hay en esta zona son únicos en el mundo, y Boyacá tiene la mayor parte de área en páramos. Realmente son la única fuente y fábrica de agua para toda la población de este territorio, y son muy frágiles. La interacción humana le causa dificultades al páramo. Es muy importante conocer la cantidad de agua que producen, la biodiversidad que encierran en flora y fauna y cómo amortiguan el clima, pero también cómo están sufriendo por el cambio climático.

Los bosques de robles son también nuestro patrimonio. Esta especie llegó a este trópico alto, en la última glaciación que tuvo el planeta Tierra. Este dato es muy importante porque en estos refugios paleoclimáticos, las especies se pudieron especializar y encuentra uno muchas especies endémicas: colibríes, osos de anteojos, venados, curíes silvestres, ardillas, mamíferos y, en la flora, frailejón, agraz silvestre y uva camarona, entre otro montón de especies.

Culturalmente, el corredor es también muy interesante por la mezcla de culturas boyacense y santandereana que tienen una sabiduría sobre la tierra, pero también sobre la ganadería y el emprendimiento. Las familias no son solamente productoras de alimentos, sino que también comercian, hacen artesanía y música, y su gastronomía es diversa con todas las preparaciones que hacen como los amasijos, los cuchucos, las

sopas, el cocido boyacense y las bebidas fermentadas a partir del maíz de la quinua.

Estos dos proyectos nos han ayudado no solo a desarrollar proyectos de ganadería sostenible, descontaminación, cultura de restauración ambiental y cuidado ambiental, sino también a tener información sobre la riqueza que tenemos, el gran patrimonio natural y las posibilidades de servicios ambientales y culturales que encierran. De ahí la importancia de defender y cuidar el territorio.



«La palabra campesino es amplia»

Astrid Cristina González,
campesina, guardiana de semillas,
Santa Rosa de Viterbo, Boyacá

Vivo en Santa Rosa de Viterbo, Boyacá, y soy campesina y todo lo

que eso implica porque para mí la palabra campesina es muy amplia, aunque a veces nos miren como personas que no importan mucho, como que no somos nadie en la sociedad y el gobierno no nos tiene en cuenta.

Yo me veo distinta porque una como campesina, tiene que hacer y saber de todo, mejor dicho, si quiere tener un gato, un perro, un curí, un conejo, tiene que saber ser veterinario; tiene que saber si el bichito se enfermó, qué plantas fue las que comió y cuáles le puede dar para que alivie; tiene que saber de los momentos de gestación de los animales, en qué momento se van a aparear y en qué momento va a parir. Todas esas cosas las tiene que saber un campesino.

Y eso no más hablando de los animales, porque de las plantas también sabemos, somos ingenieros agrónomos, aunque no tengamos el título. Tenemos que saber de variedades, de ciclos, de cómo es qué se siembran las plantas, cómo nacen, a qué tiempo, cuándo hay que podar; que, si se mueve después de tal tiempo, ya sirve; que, si se deja mucho tiempo, tampoco. Y si por ejemplo si uno cuida una oveja como me pasa en mi caso, que tengo una, tengo que saber en qué momento hay que ponerle el cordero, y si la lana ya está lista para esquila. Y con esa lana tengo que saber cómo la proceso; si voy a venderla en

rama, es decir dejándola tal cual después de esquila la oveja, o si la voy a lavar, a desengrasar e hilar y convertir en una ruana. Todo eso sabe un campesino. Yo sabía muchas cosas, pero con Fondo Acción aprendí otras como el manejo silvopastoril, la reforestación y el cuidado de agua, pero también cómo combatir los parásitos internos y externos de las plantas, con lo mismo que produce la finca. Ese fue el último proyecto que trabajamos con Probivir, financiado por el TFCA, el de descontaminación y a mí me gustó mucho porque todo estuvo dirigido a la huerta para que no volviéramos a usar químicos, sino todo orgánico y así no se afectara ni el suelo, ni las otras plantas, ni la salud. Aprendí de compost, de aleopatías con las yerbas aromáticas. ¿Cuáles yerbas son las que sirven para alejar los bichos? Eso me sirvió a mí y a toda la gente de esta zona, diecisiete familias de esta vereda que han tomado conciencia no solo de lo importante que es conservar, sino de lo malo que son los agroquímicos.

En mi caso, yo me he convertido en la custodia de las semillas criollas y nativas.

Todo comenzó porque a mí siempre me han gustado los alimentos naturales y empecé a hacer trueque con otras personas, y la gente del Fondo me dijo que si yo quería hacerme cargo de eso, pues ellos me iban a ayudar a conseguir más

y organizarme, y así fue. La idea no es mantener las semillas ahí amontonadas en un frasco en el estante, sino que yo las voy sembrando. Hay unas que siembro en una época, otras después para que no se me crucen porque son susceptibles y ellas se van mezclando y así es que desaparecen. Hay semillas que ya nadie conoce y a veces la gente me dice ¿Y eso qué es? ¿Y eso para qué sirve? ¿Y cómo?

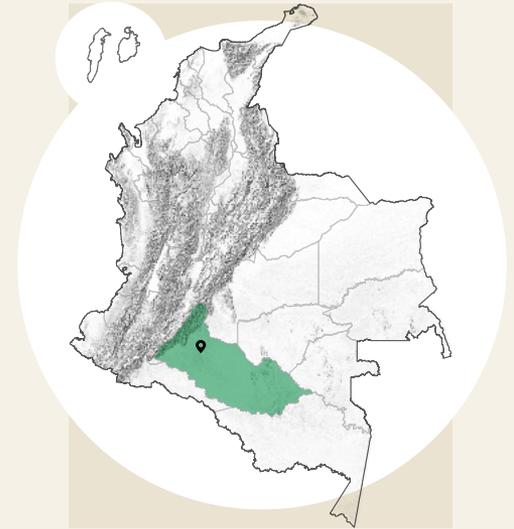
Y también hay muchos hábitos de alimentación que se han ido perdiendo porque como ahora la cultura es la del paquetico que se compra y se destapa y se come rápido, entonces se van dejando atrás muchas cosas. Otra cosa que he hecho son talleres de comida lenta, de esas costumbres que se han ido perdiendo en todas partes del país, pero que acá en el municipio siguen existiendo como el Angú, la harina de siete granos que tiene alverja Santa Isabel, alverja tres caras y alverja parda, habas, maíz, trigo, cebada, quinua y amaranto. Todos estos granos se tuestan y se muelen y uno se come eso que sale. Yo le pongo miel de abejas porque yo vivo persiguiéndolas. Tengo un pequeño apiario porque mi idea es que yo produzca todo lo que me como.

Entre granos de cereales y verduras, sin contar con los tubérculos, tengo como ochenta y cinco variedades de semillas. Muchas de esas estaban desapareciendo como la alverja tres caras, la parda que no

es comercial porque el grano es más pequeño y la sopa se negrea, y eso quién sabe por qué, a la gente le parece que no está bien. Otra planta que yo tenía en mi jardín y no sabía consumir es la maravilla o flor de un día. Es un tubérculo andino, como una papa, pero viene en pedacitos como una cebolla.

Acá tengo casi todo lo que me como, menos arroz, panela, café y chocolate. Eso sí me toca comprar porque acá no se da por el clima, pero de resto tengo dos cabras, tres vacas, curíes y gallinas para la leche, la carne y el huevo. Tengo brócolis, coliflores. Y en el invernadero, acelgas de colores, lechugas acederas, que son como una espinacas saborizadas. Así le digo a la gente, pruébelas que no necesitan ni sal ni vinagre. Simplemente las pica y estuvo la ensalada.

Vivir, así como yo, tiene todos los beneficios porque si el mundo está como está, es porque no estamos ayudando nosotros mismos y hay que tratar de mejorarlo de una y otra forma. Tratar de mantenerlo, de no acabar los ecosistemas. Si uno hace una aspersión para matar los insectos, mata también las abejas que polinizan y si seguimos así no vamos a tener frutos de ninguna clase. Entonces es mucho más viable mantener el mundo el equilibrio y tratar de mejorarlo, cada uno dentro de su espacio y de lo que puede hacer. Hay que salvar el mundo porque ya estamos un poquito graves.



«Estamos en el paraíso y acá nos vamos a quedar»

Víctor Garcés, promotor local
Programa Paisajes Conectados,
Cartagena del Chairá, Caquetá

Yo llegué de Cali, Valle del Cauca, al Caquetá, en noviembre de 1982, como recolector de hoja de coca. Había terminado el bachillerato y por la falta de oportunidades que hay en el país, el desempleo y las dificultades económicas de la familia, me desplazé a esta región a ver cómo podía hacerme a una plata para ponerme a estudiar en la universidad, una licenciatura en matemáticas, que era lo que me gustaba, pero me quedé acá, y he estado en todo el proceso de la bonanza coquera, las fumigaciones y la sustitución de cultivos ilícitos. Conozco todo



3

VICTOR

OVERLANDS
ECLIMITE B

el contexto y las problemáticas de la región y hace tiempo participo de las juntas de acción comunal. Hoy en día, soy el presidente de la junta de acción comunal, tengo una tienda y una tierrita con ganado, en la que trabajo con el manejo silvo-pastoril que comenzamos a hacer cuando Fondo Acción llegó a trabajar con nosotros en 2015.

Me acuerdo bien que lo primero que hicimos con el Fondo, fue una reunión informal con un nutrido grupo de dirigentes en la vereda Palmichal. Esa reunión fue cuando ellos se comenzaron a ganar nuestra confianza. Hicimos un ejercicio DOFA para identificar las debilidades y oportunidades, las amenazas y fortalezas que teníamos en la región. Básicamente lo que nosotros pensábamos que necesitábamos y queríamos. En ese ejercicio, duramos tres días. Hubo representantes de Chocagúan, del Fondo de Economía Solidaria; representantes de las veredas Palmichales, Jardín, El Café, Miraflores, Puerto Camelias, Loma Larga y El Tigre.

En ese momento nosotros teníamos varias problemáticas. La primera de todas era que acá no había llegado nunca a la región ninguna organización. Estábamos desconfiados porque lo que había pasado es que llegaba gente a vendernos ilusiones que se convertían en desengaños. Pese a que estábamos desconfiados, fuimos

dando puntaditas y comenzamos a hacer una agenda comunitaria: una herramienta que construimos con el Fondo. Ahí planteamos nuestra hoja de ruta y en ella decidimos unos ejes temáticos: conservación, preservación socioambiental, desarrollo rural sostenible, gobernanza y paz como fomento sociocultural. También definimos unos ejes transversales como la participación ciudadana, el tema de género y el de la conservación.

La otra problemática que teníamos, a parte de la desconfianza, era la situación social.

En ese momento ya habían comenzado acá en Cartagena del Chairá, los acercamientos entre el gobierno y la guerrilla de las FARC, quienes eran los que mandaban en este territorio. Por eso era tan importante para nosotros, la línea temática de gobernanza y paz. Nosotros considerábamos que teníamos que apoyar el proceso de paz porque la salida del conflicto tenía que ser negociada, era política. Esa era la única forma de terminar con la muerte y secuestro. Esa gente debía reinsertarse en el sociedad civil y hacer parte de nuestro territorio. Que algunas partes de él, fueran para que ellos pudieran regresar y tener una tierra para trabajar tranquilos. Estábamos, resumiendo el cuento, muy comprometidos con el tema de la transición hacia la paz; pensando en que teníamos que sustituir los

cultivos ilícitos y pasar a la legalidad en el tema de la ganadería. Apenas si nos habíamos dado cuenta que la ganadería se nos había convertido en una problemática muy grande por el tema de la deforestación, que era incluso mucho más grande y compleja que los cultivos ilícitos.

La apuesta más importante, la ruta de gestión que aún tenemos y dejamos escrita en esa agenda comunitaria, que comenzamos a desarrollar en 2015, es que el territorio tiene que ser sostenible, y esto lo íbamos a lograr dejando la ganadería extensiva, haciendo un mejor aprovechamiento del bosque y convirtiendo el territorio en oportunidades de turismo comunitario. A eso es que le hemos estado apostando desde entonces. A que sea más atractiva una hectárea de bosque que una hectárea de pasto para la ganadería.

Ya llevamos varios procesos en busca de ese objetivo. Con el Fondo tuvimos varios logros: que la gente entendiera que si seguíamos con ese proceso de deforestación desenfrenada, el territorio iba a ser insostenible para todos; que necesitábamos agua, necesitábamos bosques.

El Fondo en eso marcó la pauta y fue trascendental para que comenzáramos a hacer los corredores de conectividad, las cercas vivas, el aislamiento de las fuentes hídricas y la división de los potreros en parcelas pequeñas. Todo esto ha servido

para que la gente entienda que hay que hacer un mejor aprovechamiento de la tierra; que sepan sobre las reservas que tiene el bosque en productos maderables y no maderables; que es importante el equilibrio entre la ganadería, la fauna y la flora para que haya sostenibilidad.

Las organizaciones sociales en este territorio, seguimos trabajando por todo lo que comenzamos a trazar en esa agenda comunitaria. Hemos hablado mucho de hacer un pacto comunitario por la paz ambiental. Es bastante el trabajo que tenemos por delante, pero hasta el momento, lo que hemos hecho con las parcelas de tierra desde 2016, cuando comenzamos a trabajar, hasta 2020, ha mejorado la calidad de vida de sesenta familias en siete veredas; mejoraron sus ingresos, se comenzaron a sacar de la cabeza el tema de la deforestación y aprendieron a vivir mejor entre animales terrestres y voladores, entre vacas y nacimientos. Se hicieron conscientes de lo importante que es cuidar los nacimientos, los caños, el río y mantener el bosque en pie.

Nosotros vivimos en un paraíso porque lo tenemos todo. Acá estamos y acá nos vamos a quedar. Hemos estado siempre en medio del conflicto y ahora sabemos que lo más importante es aprender a ejercer gobernanza en el territorio. La gobernanza local es muy importante. Ha sido nuestra columna vertebral

para el manejo del territorio. En este momento consideramos que la fuerza más importante que tenemos, es el apoyo al proceso de paz. Por esos creemos que, en el tema de las fichas de renovación del territorio de los PDET, el Plan de Desarrollo con Enfoque Territorial, es importante que haya unas inversiones en el territorio en el tema ambiental, pero también en la búsqueda de diversificar la ganadería. Que no nos quedemos solamente con ella como fuente de ingreso, sino que podamos tener cultivos amazónicos como el cacao, el capoazú, el arazá y oportunidades de turismo comunitario. Habilitar senderos, por ejemplo, donde la gente venga y aviste aves sin perjudicar el territorio.

También tenemos que seguir con los proyectos productivos. Acá tenemos la planta de transformación de Chocaguán, que es una de las organizaciones grandes y fuertes que tenemos. En la planta se compra el cacao y se procesa. Por otro lado, se está trabajando en desarrollar un núcleo de desarrollo forestal que va a trabajar el uso sostenible del bosque en el tema de transformación y aprovechamiento de productos maderables del bosque. Estamos también en con el tema de un monitoreo ambiental y avistamiento de aves. Toda esa fuerza, toda la fuerza con el tema de la Amazonia, esa puerta, la abrió Fondo Acción en 2015.

Me acuerdo bien que lo primero que hicimos con el Fondo, fue una reunión informal con un nutrido grupo de dirigentes en la vereda Palmichal. Esa reunión fue cuando ellos se comenzaron a ganar nuestra confianza. Hicimos un ejercicio DOFA para identificar las debilidades y oportunidades, las amenazas y fortalezas que teníamos en la región. Básicamente lo que nosotros pensábamos que necesitábamos y queríamos.

Niñez

Los niños, niñas y adolescentes son la oportunidad de un nuevo comienzo, la posibilidad del cambio social, de la transformación de los paradigmas del lenguaje que llevan a los seres humanos a percibir, interpretar y actuar en el mundo de una forma determinada.

Los saberes y prácticas son transmitidos a los niños por sus pares y los adultos que los rodean, a través de las relaciones que establecen con la familia, en la escuela y en los demás entornos en los que interactúan desde su nacimiento. La niñez reta, desde su llegada, a los adultos para que estos identifiquen y lleven a la práctica.

En Fondo Acción creemos en la necesidad de promover relaciones positivas y armónicas para los niños y niñas, en entornos de cuidado y protección, mediadas por adultos y basadas en el vínculo, la representación y la educación, que garanticen su bienestar. Así, logramos cambios sociales que no solo lo impacten positivamente a largo plazo, la vida de la comunidad sino al medio ambiente; niños y niñas que protejan el lugar que habitan y a su vez el territorio los protege a ellos; niños y niñas que habitan y construyen territorios posibles.



«El valor de las montañas»

Néilson Geovanny Vela, rector de la institución educativa La Cabaña, Solano, Caquetá

Actualmente soy rector de una institución educativa. Siempre me he dedicado en mi vida laboral al sector educativo. Inicié en el año 2002 como docente en el municipio de Solano en la institución de Campo Alegre y ahí estuve seis años y medio.

Luego me trasladaron al municipio de Paujil, a la institución de La Niña del Carmen, donde estuve por dos años, de 2008 a 2010. En 2009 hubo un concurso para el ingreso a la carrera docente en el que participé y gracias a Dios, pasé. En 2010, me nombraron ya en propiedad, pero en la institución educativa La Granja que queda en el Municipio de San José de Fragua, en la inspección del Yurayaco.

De ahí, a mediados de 2016, salió la oportunidad para tomar una rectoría por encargo en la institución educativa La Cabaña en el municipio de Solano que es donde estoy actualmente y llevo cuatro años y medio.

En este momento, estoy en un proceso de nombramiento en propiedad como rector.

Participé en un concurso que hubo para el tema de posconflicto y pasé.

Todo esto para decir que ya llevo dieciocho años en esta profesión, muy contento, muy feliz de mi carrera. Yo estudié administración de empresas, pero como todo, uno se va enamorando de lo que va haciendo.

Nunca pensé que iba a ser docente toda mi vida. Cuando yo terminé el bachillerato me ofrecieron un contrato temporal. Lo tomé como para no estar desempleado, era la mitad del año. Pensé que iba a hacer este trabajo solo seis meses y luego seguiría con mis estudios de administración de empresas, para montar una empresa propia, que era lo que tenía pensado, pero lo que pasó fue que al año siguiente volvieron y me dieron la oportunidad de continuar y yo dije: «bueno, pues sigamos» y, a medida que iba pasando el tiempo, uno le va cogiendo amor a la profesión de trabajar con niños, de trabajar para la comunidad y aportar un granito de arena. Uno empieza a ver que le está enseñando a leer a un niño y eso motiva mucho a continuar con el trabajo comunitario. La gente comienza a buscarlo a uno, que venga profe, que ayúdame a redactar

este documento, que profe vea que tengo este proyecto y ahí uno se va dando cuenta que esta profesión es muy importante para la gente; y uno se va también apegando de eso, se va enamorando de la profesión.

Después de estudiar administración de empresas, lo que hice fue una especialización en informática de la tecnología educativa y luego hice la maestría con la universidad de Santander y ahí vamos, luchando y trabajando de la mano con las comunidades.

Yo soy hijo de padres campesinos y desde pequeñito me tocó trabajar en la vida del campo. Cuando uno se cría en el campo, le toca alternar el estudio con las labores de la finca. Así mismo les toca a los niños de acá.

Durante estos años trabajando en esta zona como docente me ha tocado enfrentarme a muchas cosas, empezando con las distancias. La dificultad para uno de movilizarse, la falta de inversión del Estado, la falta de comunicación, de tecnología y pues, más que nada, los conflictos a los que uno se enfrenta como país. Cuando trabajaba en Campo Alegre, que era una zona roja, nos tocaba en plena clase escuchar los enfrentamientos y tirarnos al piso y esperar a que eso pasara. Las cosas en este momento han mejorado un poco, pero entre 2002 y 2010, nos tocó sufrir mucho la violencia.

Los niños de esta zona son inteligentes y aplicados y tienen la ilusión de salir adelante.



Lo más difícil para ellos es la distancia. Esta es una zona muy espesa y les corresponde caminar de cuarenta y cinco minutos a una hora para llegar a la escuela, o venir a caballo. Muchas veces llegan llenos de barro. La otra gran dificultad es la falta de compromiso de muchas familias porque por más ilusión y compromiso que tengan los niños. A veces los padres no son conscientes de la importancia de estudiar y no apoyan al niño. Dicen vea que yo no tuve que estudiar para conseguir plata y tengo esta finca, tengo tantas cabezas de ganado y no sé ni leer ni escribir. Todavía existe ese pensamiento entre muchas familias. Así que a uno le toca entrar como mediador, a tratar de hacer conscientes a los padres de familia, sobre todo cuando les da por sacar al niño de estudiar, de que no es buena idea, de que a veces la vida funciona de ese modo, pero otras no. Lo que hacemos es tratar de que el niño no abandone su ciclo educativo.

Fondo Acción ha sido una organización muy importante para el municipio. Yo llegué a liderar la institución en el año 2016 y ellos ya llevaban un proceso con la comunidad. Me contaron del proyecto del restaurante escolar que ahora ya tenemos construido, el comedor Divino Niño. Nos apoyaron también en la compra de unos computadores con un excedente que quedó del comedor escolar. Hemos hecho con ellos capacitaciones para mejorar en la parte pedagógica, mejorar el currículo, y nos han apoyado



con capacitaciones para los niños, siempre buscando la conservación del medio ambiente, concientizar a la comunidad en el tema.

Se hizo un proceso muy bonito el año pasado con unas biólogas que vinieron a hacer un estudio con los niños sobre las mariposas. Estuvieron tres días con ellos, observaban los tipos de mariposas, iban directamente a la zona a mirarlas. Esto les encantó a los niños. Observar algo que siempre había estado ahí, pero a lo que no le habían prestado antes atención. Aprendieron los nombres científicos de esas mariposas y, sobre todo, el

valor real que ellas tienen. Los niños aprendieron mucho y sobre todo sirvió para que comenzaran a valorar la riqueza de los recursos que los rodean. Alguna vez, también recuerdo que hicimos con los niños un ejercicio con mapas del proyecto Paisajes Conectados, y eso fue como con las mariposas porque se hicieron conscientes de la importancia de su bosque, de cómo cada montañita que aparecía en el mapa estaba produciendo el aire que respiraban y nos daba vida a nosotros y a todas las especies. Todos estos ejercicios lo que han hecho es hacer que valoremos más lo que tenemos.



«Acá las distancias son largas»

José Gregorio Hernández,
promotor local Programa Paisajes
Conectados, Solano, Caquetá

Soy del Caquetá. En estos momentos me encuentro en la vereda Sevilla, donde actualmente vivo. Mi labor es trabajar en el campo, trabajar la agricultura y manejando las enseñanzas que nos ha dejado el programa de Paisajes Conectados. Vivo en una finca pequeña de veinte hectáreas. Trabajé con el fondo hasta el 31 de julio de 2020, cuando se terminó el proyecto. Era promotor de campo y estaba encargado de trabajar junto a los técnicos de Fondo Acción con las familias que hacían parte del programa.

Lo que hacíamos era orientación en lo que ellos necesitaban saber, en los mismo que yo hago en mi finca, que es conservar el bosque, cuidar los árboles y las aguas con lo que aprendí sobre corredores de conectividad, aislamientos y reforestación de fuentes de agua; división de potreros para lograr que en poca tierra se puedan tener varias cabezas de ganado y así nos rindan más los pastos para alimentarlas.

Antes de trabajar con Fondo Acción yo no sabía nada de esto. Anteriormente, uno tumbaba el bosque y no dejaba ningún margen de conservación para proteger el agua. Eso era lo normal porque así habíamos crecido. Por eso, fue bueno cuando se hizo un trabajo sobre árboles y bosques con los niños en Solano. Yo participé con mis hijos Jhonatan y Johan. Escribimos cuentos, nos inventábamos historias. El objetivo de esta capacitación era que los adultos interactuáramos con los niños, que los tuviéramos en cuenta y que ellos y nosotros dejáramos la pena, que habláramos, nos comunicáramos mejor con ellos sobre cómo cuidar el medio ambiente, no dañar, no tumbiar.

El trabajo con Fondo Acción nos dejó muchas otras cosas buenas como la inversión del restaurante escolar. Gracias a Dios cuando nosotros participamos de la convocatoria salimos favorecidos y ahora tenemos un comedor adecuado para los niños, que atiende a los

dieciséis que hacen parte de la escuela. Esto ha cambiado mucho la vida de los niños. Acá las distancias son largas, los niños viven hasta a una hora de distancia caminando y ahora después de que termina la jornada, ellos se van almorzados para aguantar el camino.



«Volvimos a ser los exploradores que fuimos»

Kerlys Tatiana Benavides, técnica laboral en atención a la primera infancia, Solano, Caquetá

Soy de Solita, Caquetá, y desde hace diez años vivo en la vereda Puerto Mercedes en el municipio de Solano, Caquetá. Antes trabajaba con el ICBF en primera infancia y, por esa razón, es que

conocí a la gente de Fondo Acción e hice con un ellos un diplomado. En Solano, cuando terminé el colegio, estudié un técnico laboral en atención a la primera infancia, que fue lo que me permitió trabajar con el ICBF como docente.

En mi primer trabajo en atención a la primera infancia, yo tenía apenas dieciocho años y no tuve una inducción por parte de la empresa, simplemente me dijeron usted es docente en primera infancia, llévase este montón de papeles y, su auxiliar, que ya conoce de qué se trata el trabajo, le explica. Me mandaron a una vereda que quedaba a cuarenta y cinco minutos en bote y luego me tocaba ingresar dos horas pa'dentro en bestia, por camino de herradura. Fue ahí que comencé a decir, esto es como duro, pero uno comienza a cogerle el ritmo y en el camino se acomoda la carga. Terminé en un resguardo indígena y eran muchas las dificultades comenzando con que solo hablaban en coreguaje. Nadie, a parte del traductor, hablaba español. Todos hablaban en coreguaje. Eran en total cincuenta niños, pero también había madres gestantes.

Así que se preparaban actividades para que ellas y los niños compartieran y crearan vínculos afectivos. También teníamos charlas sobre la importancia de la lactancia materna. En ese resguardo estuve solo un mes y luego me trasladaron a otro. En ese sí hablaban español,

y la dificultad más grande que tenía ya no era el lenguaje, sino el manejo de los estándares de calidad del ICBF. Teníamos que cumplir con cerca de sesenta estándares, pero como nosotros somos un municipio tan alejado donde no entra vía carretable, entonces no nos llegaban los protocolos y nos tocaba entre todos, la psicóloga, la enfermera, la técnica auxiliar, la coordinadora y yo, improvisar.

En esa época, la verdad es que estas comunidades indígenas no tenían mayores dificultades, ahora sí porque comenzaron a sentirse acorralados por las petroleras, pero en ese entonces, lo que yo veía era que tenían mucho arraigo cultural, no perdían las tradiciones y esto lo que hacía era que todos fueran muy unidos. Eran precisamente cerrados al mundo porque abrirse era un riesgo a perder todo eso que tenían, que todavía conservaban.

Con los indígenas aprendí una cultura nueva que era completamente distinta a la de uno, y me enfrenté al reto de tener que hablarle no solo a una persona sino a treinta al mismo tiempo; aprendí a escoger muy bien las palabras para que ellos me entendieran a través del traductor que siempre tenía que estar conmigo. Encontrarles el acomodo a las palabras fue lo más significativo y bonito de ese tiempo, y aprender a comunicarme con los niños con señas y con el cuerpo porque, si no, no me entendían.

Yo me encontraba haciendo esta clase de trabajo con las comunidades cuando nos dieron la noticia de que Fondo Acción iba a hacer un diplomado para la primera infancia y que nosotros estábamos en primera fila para ello. Desde la inducción, tuvimos todos los incentivos y el apoyo económico porque uno decía en aquel entonces, bueno, yo quiero estudiar, pero para hacerlo tengo que desplazarme al casco urbano y eso es caro. El pasaje mío de la vereda Alternativa donde yo estaba viviendo, hasta Solano, me costaba treinta y seis mil pesos y eso que solo me demoraba veinticinco minutos subiendo por el río Caquetá y esto, si uno calcula este precio, tres veces a la semana que era el diplomado, más la estadía, más la alimentación, sumaba mucha plata. Fondo Acción se encargó de todo esto.

En el diplomado hablamos muchos temas sobre la niñez, pero lo más importante fue que trabajamos con ellos para despertar otra vez al niño que uno lleva adentro. Siempre que comenzábamos alguna actividad nos decían, bueno, usted cómo pone ese tema al nivel del niño y entonces en ese momento uno decía, yo empiezo a volver a sentirme como un niño, a pensar como un niño, a actuar como un niño. Nos preguntábamos cómo actúa un niño frente al entorno y eso nos llevaba a actuar como niños, volvíamos a ser esos exploradores que fuimos.

Los niños son los que más preguntan, los que más investigan, los que más miran. El que nos incentivaran eso fue muy interesante y fue lo que más se me quedó de ese trabajo. Nos ponían muchas actividades en las que teníamos que actuar como niños, por ejemplo, con los animales, si un niño va y mira una vaca y entonces se pregunta por qué gime, por qué come pasto, por qué gira y le va y le pregunta eso al adulto, a este le parece que su pregunta está fuera de contexto. Y lo que nos decía la gente del diplomado del Fondo es que esas son preguntas muy importantes, que hay que darles el valor que tienen porque los niños se quedarán siempre con esas primeras respuestas que le va a dar el adulto. Aprendimos a sacarle el valor a la pregunta. Ver que a uno no le puede dar pereza contestarla porque la pregunta no es insignificante, porque es en esa primera infancia donde los niños comienzan a guardar sus recuerdos. Al habernos nosotros puesto en el lugar del niño, lo comprendíamos.

Del diplomado aprendí además mucho del grupo, del cruce de las diferentes personas que escogieron para el diplomado, porque no solo eran docentes los que estábamos ahí sino gente del común, de diferentes profesiones y eso me puso a pensar no solo desde mi profesión sino también a ponerme en los zapatos del otro.



En el diplomado hablamos muchos temas sobre la niñez, pero lo más importante fue que trabajamos con ellos para despertar otra vez al niño que uno lleva adentro.

Cambio climático

El cambio climático es hoy el mayor reto de la humanidad. En Fondo Acción lo entendemos desde una visión propositiva y constructiva; una oportunidad para la innovación, para hacer las cosas distintas y hacerlas bien. Trabajamos en tres ámbitos de acción: mitigación, adaptación y medios de implementación.

En mitigación, reconocemos el potencial de los bosques como reserva de carbono, por ello apoyamos proyectos que reducen la deforestación y el cambio de uso del suelo, en el marco del mecanismo REDD+. Así mismo, sabemos que un desarrollo bajo en emisiones es posible, y busca soluciones innovadoras desde los sectores de energía, residuos, industria y agropecuario.

En adaptación, trabajamos en el diseño de medidas para aumentar la resiliencia y capacidad de adaptación de territorios, comunidades y sistemas productivos. En medios de implementación, hemos apoyado el rastreo de fuentes de financiación y análisis económicos, así como procesos de formación, comunicación y sensibilización de públicos.

El trabajo lo realizamos en dos sentidos que convergen en uno: política pública e implementación en terreno. Creemos en la integración vertical de estos dos ámbitos de acción. Las políticas que se definen como prioridades del país son tan importantes como todas las posibilidades de solución y creación que se encuentran en el terreno. Por eso, al mismo tiempo trabaja con entidades gubernamentales, y en territorio, con las comunidades, organizaciones y empresas.



«Ahora la gente lo mira a uno como si fuera una autoridad ambiental»

Reiner Rodríguez, coordinador del Comité para la Defensa del Medio Ambiente, Acusar, Carmen del Chucurí, Santander

Vivo en el corregimiento de Santo Domingo del Ramo del municipio del Carmen del Chucurí, en Santander. Nací en Bogotá, pero fui criado en esta región. Mis padres son boyacenses que llegaron a esta zona a colonizar, a avanzar tierras y a abrir fincas de producción agrícola hace mucho tiempo.

Mis primeros veinte años de vida los dediqué enteramente al campo. Soy campesino. A la vez, le ayudaba a mis padres con una tienda de productos agrícolas. Hace diez años que me empecé a dedicar al tema



de aprender a trabajar con la comunidad en la parte ambiental. Cuando yo llegué a vivir acá, teníamos un acueducto que el gobierno le había dejado a la comunidad, pero sin ninguna organización en el tema de administración. Vi esa falencia.

Más o menos era 2008 y ahí fue que comencé a ver cómo hacíamos para organizar este tema. Solo hasta 2010, cuando llegó el Programa de Desarrollo y Paz del Magdalena Medio y cuando al mismo tiempo llegó Fondo Acción buscando gente que tuviera ganas y quisiera trabajar para hacer cosas por el medio ambiente, fue que empecé a trabajar en el tema del acueducto, recogiendo información, papeles, organizando estatutos, hasta que finalmente logramos montar una junta directiva, organizarnos y legalizarlo todo. En 2011, quedamos

inscritos ante la Cámara de Comercio y la Dian y comenzamos a funcionar legalmente según las normas.

De ahí para acá, con Fondo Acción y sus capacitaciones y talleres, hemos aprendido a trabajar la tierra y hacer un mejor uso de ella, a mejorar las cuencas y a educar a la gente para proteger las quebradas.

De todo lo que aprendimos, el punto en el que yo más me he interesado ha sido el de la reforestación; reforestar lo que ya habíamos tumbado.

En este pueblo estamos bañados por dos quebradas muy bonitas. Hace diez años, esas quebradas estaban totalmente descubiertas. La gente había talado hasta la orilla y no habían dejado zona de conservación. Entonces empezamos a trabajar en el tema. Le enseñamos a la gente que había que dejarle a la quebrada

de diez hasta veinte metros, en algunos casos, de zona de protección. Al principio fue muy difícil porque la gente pensaba que les iban a robar las tierras y no tenían confianza, pero con el tiempo y las charlas y capacitaciones, la gente empezó a aprender y ver que era algo en beneficio para nosotros mismos.

Actualmente, el pensamiento es muy distinto en la comunidad. Empezamos a reforestar la quebrada y a sembrar árboles en la zona. Ahora es un bosque adulto ya el que la rodea. El pensamiento que teníamos era de tumbar todo, pensábamos que, si dejábamos un árbol en el pastizal, ese árbol iba a dañar la tierra y ahora el pensamiento es muy distinto.

También trabajamos con la restauración ecológica, el uso sostenible del suelo y el tema de cambiar el uso de abonos químicos por abonos biológicos. Como junta directiva tuvimos también muchas capacitaciones en las que aprendimos cómo llevar papelería, cómo eran los procesos, cómo llevar cuentas, cómo tratar a la gente. Temas de liderazgo y administrativos.

En 2012, firmamos el primer acuerdo con el Programa de Desarrollo y Paz. El acuerdo de conservación y restauración de esta zona para conectarla con la zona de Los Yariguíes. La idea era volver a crear esos cordones o zonas de protección por todas las cuencas para que las especies pudieran hacer tránsito hacia la zona de la serranía porque se habían que-

dado atrapadas algunas especies como los chachires y los monos y por la misma razón se habían convertido en una plaga. Hacían mucho daño a los finqueros en los cultivos. Otra cosa importante que se logró fue lo de los acuerdos voluntarios con más o menos cien finqueros que se comprometieron a conservar. Completamos más de cien hectáreas en zonas de conservación.

En 2018, firmamos nuestro último contrato con Fondo Acción, que fue muy importante porque nos comprometíamos a hacer lo que ya sabíamos hacer que era conservar, cuidar, reforestar y trabajar con las comunidades; se empezó a trabajar en veinte hectáreas que fueron donadas por algunos finqueros para el tema de conservación y reforestación y es donde actualmente ahora estamos concentrados. Los resultados del trabajo que hemos hecho juntos están a la vista. Esto se estaba volviendo un peladero y por lo mismo teníamos durante el verano racionamiento de agua. Eso no pasa acá hace cuatro o cinco años. El agua nos alcanza.

Hace como cuatro años hubo un verano muy pesado y el municipio tuvo que hacer un racionamiento severo porque no había agua suficiente. Cuando a nosotros nos vinieron a preguntar si necesitábamos un carrotanque que nos abasteciera yo les dije que no, que nosotrosafortunadamente teníamos el acueducto al cien. Me preguntaron qué cómo así;

que cómo era posible y pues les dijimos que nosotros veníamos ya hace algunos años trabajando en el tema de conservación y reforestación de nuestro nacimiento, que es pequeño, pero bien cuidado y le da agua a ciento cuarenta familias. También con todo el aprendizaje de liderazgo y administración aprendimos a gestionar con el municipio y la gobernación ayudas para mejorar la infraestructura. En 2019, logramos conseguir un proyecto de ciento setenta millones de pesos y con él hicimos una parte de cambio de redes.

En este momento estamos trabajando con los de Simacota en el proyecto de Redes Campesinas que consiste en apoyar a quinientos campesinos de la región con una hectárea de cacao, el sistema de riego, los implementos y la capacitación que necesitan para hacer las cosas bien. Es un proyecto ambicioso y estamos a la espera del patrocinio del Ministerio de Agricultura para poder ejecutarlo el año que viene. Ahora lo que tenemos por delante es seguir mejorando y seguir creciendo.

Tenemos un problema de contaminación por aguas servidas que van a caer a la quebrada. Estamos trabajando con la administración municipal en la construcción de una nueva planta de tratamiento de aguas porque la que había era muy vieja. Ya adquirimos un terreno, ya hicimos el levantamiento topográfico y ya nos dijo el alcalde que posiblemente el año entrante queda construida.

Otro tema que tenemos pendiente es la compra de predios en las partes de los nacimientos. El tema de los desechos y las basuras también es un pendiente, el reciclaje y lo orgánico. El plan es hacer una planta para producir abonos orgánicos con los mismos desechos que producimos acá. En el plan de desarrollo está también poner más medidores de agua a las familias. Estos diez años a mí me cambiaron la vida, la gente lo ve a uno como si uno fuera una autoridad ambiental.



«Abrir los ojos»

Éider Valderrama, promotor local Programa Paisajes Conectados, Solano, Caquetá

Nosotros, desde 2010, veníamos llevando un proceso de núcleos ambientales en Mononguete. Habíamos dos representantes por cada co-

munidad y en total había veintisiete comités ambientales y una coordinación a nivel núcleo; habíamos hecho unos reglamentos para proteger los recursos, contruidos con las mismas comunidades, lineamientos para proteger el medio ambiente. Este trabajo lo habíamos iniciado porque nos dimos cuenta de que si, seguíamos como veníamos trabajando, en diez, quince años no íbamos a tener nada para nuestros hijos.

Las comunidades en ese entonces, nosotros en Solano, éramos muy incrédulos, siempre llegaba gente a este municipio alejado y abandonado solo para legalizar firmas. Nunca venían a hacerle seguimiento a los proyectos. Lo que más llamó la atención de la comunidad, del proyecto Paisajes Conectados, es que no venía formulado, sino que nosotros mismos, lo íbamos a pensar y a ejecutar, mirando bien en qué nos íbamos a beneficiar.

Cada familia presentó su proyecto y ahí quedaron marcadas, entre muchas cosas, que nos comprometíamos a cuidar las fuentes hídricas y mejorar las condiciones en que se trabajaba la ganadería para frenar el impacto ambiental. El proyecto mejoró nuestras vidas porque al aprender a rotar el ganado en potreros pequeños, no volvió a escasear el pasto. Pero yo creo que una de las cosas más importantes que nos trajo el Fondo, es que le abrió los ojos a la comunidad. Nos formaron como líderes y nos fortalecieron. A partir

del trabajo que comenzamos a hacer con Paisajes Conectados, ya no dejamos que vengan extraños con un proyecto y que nos digan: «Es que es esto y ya, y así se hace».

Nosotros, los que estamos acá, la comunidad de Solano, somos los que sabemos que necesitamos y qué es lo que se tiene que hacer. No es que desde un escritorio en Bogotá, o en cualquier otro lugar del mundo, nos van a montar un proyecto y nos van a venir a dar órdenes. El derecho de las cosas es que los proyectos sean hechos desde las bases de las comunidades donde está la necesidad.

Eso, ese abrir los ojos, fue lo que aprendimos gracias a las capacitaciones. También, por ellas, comenzamos a cambiar la mentalidad que teníamos. Acá creíamos que una finca bonita era la que no tenía ni un solo árbol, porque así habíamos crecido, porque acá escasamente teníamos un radio para escuchar a veces las noticias, pero ni televisión, ni educación, ni nada. Y las mujeres estaban en las casas y no participaban de las reuniones de acción comunal. Se decía que había un comité de mujeres, pero eso no existía. Las mujeres no participaban de nada y uno creía que así tenían que ser las cosas.

Hoy en día, en las reuniones de Prodesarrollo, son setenta, hasta ochenta mujeres. Eso no lo habíamos visto nunca. Hoy en día, hay mujeres que son hasta directivas de las juntas.





«El territorio es la fuerza definitiva»

Hoover Eladio Carabalí, líder comunitario del Consejo Comunitario de La Plata Bahía Málaga, Buenaventura, Valle del Cauca

Yo soy Hoover Eladio Carabalí Playonero, un hombre nacido y criado en Buenaventura, Valle del Cauca, de apellidos de origen caucano de Guapi, Cauca, de cincuenta y un años de edad, con más de treinta y dos años de liderazgo en procesos de comunidades negras; investigador y gestor ambiental, de convicción profunda en los derechos de las comunidades negras en Colombia. En un momento de la historia, acompañé unos procesos de fortalecimiento de gobernanza de los ocho proyectos REDD+ desde la frontera con Panamá hasta la frontera con Ecuador. Hicimos un trabajo muy fuerte para despertar la conciencia,

para darnos cuenta de que somos en gran parte responsables de la situación que estamos viviendo. Esta reflexión es muy importante cuando se está tratando de cambiar escenarios negativos por positivos. Por un lado, el trabajo en el territorio consiste en que la comunidad construya su propia voz, pero en ese proceso se hace necesario ir identificando fortalezas y debilidades porque la única forma de hacer real el deseo de una comunidad, es encontrando primero lo negativo, lo que impide concretarlo, para así generar cambios.

El proceso de entender el deseo comunitario en el que trabajamos con Fondo Acción para sacar adelante los proyectos REDD+ comenzó generando un ambiente de trabajo e integración. Nos presentábamos. Hacíamos que la gente lo hiciera también. En el Pacífico, la espiritualidad es muy importante. Poníamos la reunión en manos de Dios, o de los Orishas. Hacíamos una oración colectiva para que nos acompañara en el logro de los propósitos. El primer gran paso era una reflexión sobre cuál había sido mi actuación individual y colectiva en el territorio. Se trataba de una invitación a viajar por el pasado. ¿Cómo éramos antes? Nos dividíamos en grupos y teníamos que escribir o dibujar cómo eran las cosas en el territorio en términos de recursos naturales, de cultura, de relacionamiento y de desplazamiento. ¿Cómo eran la ubicación de las veredas? ¿Cómo se llamaban? ¿Cómo

era la vida que se tenía? Esa que aún estaba en la memoria de los mayores.

La gente se pegaba ese viaje tan bacano y llegaban casi todos a lo mismo, que en el pasado había de todo en abundancia, que no habían peleas, que la comunidad trabajaba junta, que se construían las casas entre todos con la manocambiada; que la cosecha era también a manocambiada o minga; que íbamos allá por el maíz de Don Pedro y veníamos por acá por la caña de Don Juan, y entonces no había necesidad de dinero; que ese señor que no era mi padre si me veía cometiendo un error a mí de niño me regañaba y mi papá venía y le daba la razón y entonces yo me iba formando colectivamente, no solo desde la casa.

La gente traía este pasado que era muy hermoso para ellos y luego venía la caída del zarzo.

«¿Cómo está el presente? ¿Por qué está así?», preguntábamos con el mismo método de reflexión y ahí es que comenzábamos a encontrar las diferencias.

Las razones generales, las que son productos de las decisiones de los gobiernos nacionales y locales, pero también las razones colectivas, las de la comunidad y los individuos.

En el presente casi todos encontraban una diferencia con el pasado y es que no había una propiedad clara, jurídicamente consolidada. Hoy ya la tenían. La mayoría de los territorios que hacen parte los proyectos REDD+, que acompaña el Fondo Acción, están jurídicamente resueltos. Tienen resolución



de titulación o adjudicación colectiva. Encontraban otras cosas buenas también en el presente, que en el territorio seguían estando las mismas familias, los Arroyo González, los Mosquera Murillo y así, todos hacían parte de una gran familia. Desde hace cien años estaban acá. También encontraban cosas que no eran buenas, la relación con la tierra, por ejemplo. Antes, nos relacionábamos con ella porque nos daba todo, pero hoy, nomás la estábamos usando de enclave para extraer de ellas recursos naturales, a veces de manera irracional. En definitiva, encontrábamos que, aunque hay muchas cosas en común entre el pasado y el presente, lo que ha cambiado es el comportamiento de nosotros como cultura, como grupo étnico y nuestro relacionamiento hacia adentro, con la tierra y el territorio.

Este ejercicio nos permitía sacar un diagnóstico y luego sobre la realidad del presente y sobre el pasado vivido, se planteaba la pregunta sobre el futuro deseado para el territorio y la comunidad. Dejábamos la tarea de soñar en todas las dimensiones de las que habíamos hablando. ¿Cómo soñamos la cultura, la economía, el territorio, los recursos naturales, el relacionamiento familiar y comunitario? Y, por supuesto, ¿cómo hacerlo? ¿Qué tendríamos que hacer para lograrlo?

La conclusión a la que llegábamos es que el territorio es como una nave que viene del pasado, está viviendo un presente y se proyecta hacia el futuro.

El territorio es la fuerza definitiva porque aún nos pertenece y nos va a seguir perteneciendo, somos las mismas familias con los mismos apellidos de hace cien años.

A menos de que pase un evento sobrenatural que nos borre a todos, acá van a estar nuestro hijos, nietos, bisnietos y tataranietos habitando este territorio, entonces tenemos que mejorar el territorio para ellos, definiendo hábitos, acciones sociales, económicas y culturales para que el futuro de nuestra familia, sea el mejor posible.



«De lo que se protege arriba, depende lo de abajo»

Omar Tavera, fundador y socio honorífico de la Corporación Redes Campesinas por la Paz y el Desarrollo Integral de Simacota, Concejal, Simacota, Santander

En este momento soy concejal del municipio y mi finca está en el sector del Bajo Simacota, Santander. Yo soy de San Vicente del Chucurí, hago parte del Parque Nacional Serranía de los Yariguíes. Somos vecinos entre San Vicente y Simacota. Hacemos parte de dos provincias: provincia Yariguíes y provincia Comunera.

Mi historia trabajando por la comunidad comienza más o menos en el año 2001 cuando nos encontramos en un territorio marcado por el tema de la violencia, de la lucha armada.

En ese momento yo tenía veintiún años, había terminado el bachillerato en Piedecuesta y estaba regresando al territorio después de que fuimos con toda mi familia desplazados. En esa llegada encontré una pobreza y un deterioro social muy fuerte. Entre los corregimientos no teníamos comunicación porque había mucho miedo de que cualquiera perteneciera o a la guerrilla o a los paramilitares o al ejército. Regresábamos a recuperar nuestra finca y yo comencé a pensar que debía hacer algo para recuperar el tejido social, la confianza entre la gente.

Comencé a trabajar como profesor dentro de la zona. No teníamos un colegio oficial y tuvimos con los profesores que estábamos ahí, que empezaron a formalizar el colegio.

Logramos tener hasta el grado noveno, pero de nuevo volvió a recrudecer la violencia. El paramilitarismo se hizo más fuerte y la zona se fue llenando de hijos del paramilitarismo,



hijos de la guerrilla, hijos de los militares que tenían relaciones con las muchachas del territorio.

En 2006, comencé a pensar que debíamos crear algo para que nosotros pudiéramos visibilizarnos, que se viera que no éramos solamente violencia y violencia, que no éramos un lugar al que la gente si ingresaba la mataban de inmediato, sino que éramos solo una manada de campesinos sumidos en el abandono por el mismo Estado. Entonces dije, hagamos una cosa, hagamos una encuesta socioeconómica y vemos cómo estamos.

Visitamos once veredas durante casi cinco meses; visitamos las casas y logramos hacer todo el trabajo para sacar adelante el proyecto Zona de Desarrollo Integral «El Guamo». Empezamos a mirar qué había en el territorio; empezamos a trabajar con las mujeres, con los niños, con las juntas de acción comunal y empezamos a hacer todo un entramado. Nos reuníamos, hacíamos tertulia, cocinábamos sancocho y nos hicimos conscientes de que lo que teníamos era miedo porque habíamos tenido siempre que enfrentarnos a esa

realidad; nos contábamos que los paramilitares habían llegado y habían matado y violado a nuestra familia, que habían acabado con las vacas, las gallinas, los perros y los niños, y así nos fuimos haciendo amigos, compartiendo el dolor.

Un día apareció la gente de Fondo Acción con una convocatoria y me dicen, como ustedes son personas que trabajan acá en la zona y que conocen a la gente, nosotros estamos interesados en que ustedes sean nuestros socios estratégicos. Ellos querían que les mostráramos bien el territorio. Nosotros hacemos parte de la loma, de la serranía y la conectividad es muy fuerte entre los ríos. El río de nosotros llega a la Ciénaga del Opón y luego cae al Magdalena.

Todos sabemos que las ciénagas son las zonas de amortiguación que tienen los ríos. Cuando el río crece, alimenta la ciénaga y es así como el río no se desborda. Por eso es que es tan importante el sistema. El caso es que fuimos a hacer el recorrido con la gente de Fondo Acción, y también les contamos como habíamos nacido como organización y lo interesados que estábamos que invirtieran acá arriba para que pudiéramos proteger la loma, porque las ciénagas se protegen de arriba hacia abajo. Eso no es nada más echar una draga. De lo que se hace arriba, depende lo de abajo. Fue entonces ahí que comenzamos una acomodación del proyecto. Fondo Acción quería conocer más zonas para ver si todo lo que le decíamos

era cierto y entonces les mostramos el territorio. Nos encontrábamos con gente, por ejemplo, con un señor que hacía parte de Redes Campesinas y nos decía: «Venga, mire, yo acá cuido el bosque porque a mí el bosque me protege, me da frescura, pero además yo tengo tagua para que la gente saque botones de bisutería. Yo conservo, pero me beneficio con la tagua, tengo esa alternativa para que me ingresen recursos». Esas cosas le interesaron mucho a Fondo Acción y ellos reconocieron que cómo organización estábamos trabajando con las familias protectoras del bosque. Comenzamos entonces a trabajar en un proyecto más grande juntos, empezamos a conocer y recuperar semillas. Nos dimos cuenta que teníamos árboles en vía de extinción como el maqui. Gracias a este proyecto con Fondo Acción hicimos una siembra de ochocientos arbolitos, y nos dimos cuenta que lo mismo le estaba pasando a otros, y entonces dijimos: «Claro, hay que protegerlos, hacer un proceso para que nosotros tengamos conciencia de que la parte ecológica es muy importante».

En ese proyecto que trabajamos con Fondo Acción, lo más importante fue aprender a conocer nuestras propias semillas, a valorar la importancia de tener todas las especies.

Ahí aprendimos que había que tener corredores en los potreros por donde transitan los animalitos y comenzamos a entender la importancia de proteger, generamos una conciencia de conservación.

Este proyecto nos marcó muchísimo para poder que nosotros pudiéramos continuar como organización y tuviéramos impacto en la zona. Además, aparte de trabajar en el tema de la conservación, tuvimos un fortalecimiento en temas administrativos y financieros.

Aprendimos a manejar la cuenta, a llevar documentos, a hacer memorias, a tener información precisa, a hacer sistemas contables, porque uno hacía un poco eso, pero no lo hacía tan bien. Desde que nacimos tuvimos al contador que hacía sus cosas, pero nosotros no. Aprendimos a llevar nuestra propia administración y a narrar nuestras historias, a manejar la información que teníamos. Esto nos fortaleció además en la confianza, en creer que sí podíamos seguir trabajando en el territorio.

El acompañamiento que el Fondo hacía era muy al pie de la letra. Ellos se reunían con nosotros, nos hacían unas charlas y nos iban dando luces como para que nosotros pudiéramos ir trabajando. Fue un acompañamiento muy bonito y un trabajo muy arduo porque ellos nos iban mostrando donde estábamos fallando, en que nos estábamos quedando colgados y uno entonces se mira las falencias que tiene como organización y eso es como cuando un papá le va enseñando a caminar al niño. Sí, el equipo de Fondo Acción hizo eso con nosotros como organización. Y ese proyecto es el que nos aterrizó a nosotros como organización para

que nos diéramos cuenta de que éramos fuertes.

Tenemos por delante retos muy grandes. Darle un valor agregado a nuestro producto líder que es el chocolate fino y de aromas. Ese chocolate que nos da una identidad. Nosotros tenemos un problema, tenemos más de ochocientos hectáreas de cacao y la zona no se reconoce por ser chocolatera. Si uno mira el mapa chocolatero de Colombia, Simacota no aparece como municipio; aparece Santa Helena, aparece el Carmen de Chucurí y Lebrija que yo creo no supera las 100 hectáreas de cacao. Ese es nuestro reto ahora. También arreglar las vías, unir más a la gente; tener nuestra marca de chocolate propio y que se respete el tema ambiental porque nosotros le enseñamos a la gente a trabajar con abonos orgánicos, que el cacao sea 100% orgánico porque eso también garantiza que estamos cuidando los bosques que nos comprometimos a cuidar.

Este proyecto nos marcó muchísimo para poder que nosotros pudiéramos continuar como organización y tuviéramos impacto en la zona. Además, aparte de trabajar en el tema de la conservación, tuvimos un fortalecimiento en temas administrativos y financieros.

Fortalecimiento de capacidades

En Fondo Acción creemos que la base de la sostenibilidad de las inversiones está en el fortalecimiento de capacidades de las personas, organizaciones y comunidades con las que trabajamos para lograr una gestión positiva de las transformaciones en el entorno, los modos de producción y consumo, el cuidado de la niñez y la conservación de la vida. Esto se fundamenta en el autoreconocimiento y el diseño de proyectos de vida o desarrollo; el empoderamiento y la promoción de liderazgos; la participación e incidencia en la toma de decisiones sobre el uso del territorio, el diseño de políticas, la creación de soluciones a problemas locales y la gestión de alianzas.

Durante estos veinte años, hemos estimulado la valoración y apropiación de conocimientos, competencias y habilidades. En algunas oportunidades, hemos desarrollado programas de capacitación contextualizados a las realidades locales; en otras, hemos brindado asesoría y acompañamiento a los proyectos en desarrollo. Con el trabajo permanente y cercano, hemos logrado que se integren buenas prácticas en los sistemas productivos, pero también esquemas de resolución de conflictos. Hemos desarrollado un enfoque basado en el cuidado y la conexión del ser y el hacer, facilitando prácticas para la definición de acuerdos y esquemas de trabajo colaborativos en grupos de base comunitaria, el aprendizaje y el intercambio de experiencias.



«Mientras pasa el calor, me meto en el río»

Everildys Córdoba, lideresa comunitaria, representante legal de Cocomasur, Acandí, Chocó

Al final yo soy muchas cosas que tienen que ver con el lugar que nací y con la felicidad de haber vivido una infancia no determinada por estándares, ni códigos, ni reglas. Lo mejor que me pudo haber pasado a mí en la vida, es haber nacido en Peñalozza, a la orilla del río Tolo. Ahí aprendí a desenredar bejucos para poder desenredar historias. Acá cerca de este río, donde sigo viviendo, tengo la sensación de que los recuerdos que yo tengo de la infancia siguen siendo vivencias. Mucho de lo que viví, de esta vida colectiva que es mi vida, sigue manteniéndose en todas sus formas.

Yo me críe en un entretejido con muchos niños que éramos herma-

nos, un combo gigante para jugar: «Vamos al río», «Vamos a pescar», «Vamos a recoger guayabas», «Vamos a recoger bejucos».

Esos recuerdos que guardo en la memoria y en el corazón, en el caso mío, me han hecho pensar durante toda la vida que yo debo aportar para que se mantenga el estilo de vida colectiva que viví, que aún sigo viviendo; que siempre haya un río para que otros niños se puedan bañar, que la gente de mi comunidad siga construyendo cosas juntos.

La escuela de esta comunidad, por ejemplo, fue construida entre todos. Todos tenían que aportar porque fue decisión de la comunidad quedarse a vivir acá y eso era lo lógico. Ese es el sentido de la comunidad, el sentido de la familia que es muy grande.

Yo tengo una amiga que me dijo un día que estábamos pasando por una situación familiar muy dura: «Pero parece que todos ustedes están al frente del asunto». Yo le contesté: «Así mismo como se sortea la felicidad y son de plenos los momentos, el dolor también se reparte».

En la vida colectiva, yo creo que hay mucho para recibir y también hay mucho para dar. Si alguien tiene más, si alguien tiene un trozo de caña más grande, hay que repartir pedacitos pequeños para que todos puedan comer, pero si todos tienen caña, hay que tener un estómago bien grande porque hay que comérselas todas.

Esto es lo que le da sentido a nuestra forma de vida colectiva, a mi

quehacer, por esta forma de vida es que yo trabajo y seguiré trabajando.

En general, he dedicado mi vida a ser lideresa de los procesos comunitarios de las comunidades negras de Acandí, pero este año me convertí en la representante legal del Consejo Comunitario de Cocomasur, que es la abreviación del Consejo Comunitario de las Comunidades Negras de la Cuenca del Río Tolo y la Zona Costera Sur. El nombre de Cocomasur, que parece un título real, hace referencia a la zona que geográficamente nos demarca. De él hacen parte Chugandí, Caleta, San Miguel, Peñalozza, Furu-tungo, Tibirre, Titiza, San Francisco y Playona. Yo soy de Peñalozza, soy peñalozera y mi pueblo está exactamente a la orilla del río Tolo.

Mi trabajo como lideresa, si lo pienso, comenzó de niña. En esa época teníamos profesores que realmente amaban su trabajo, que siempre habían soñado con serlo. Se entregan para formar a la gente y eso era muy bonito porque aparte de la escuela, los niños no teníamos mucho contacto con el exterior. No nos relacionábamos sino con nosotros mismos. Éramos una comunidad apartada y los profesores que llegaban, lo hacían para quedarse y educarnos. Como nuestras actividades era siempre ir al río, al monte a hacer cacerías de cosas, los profesores entonces se la pasaban pensando en qué cosas nos iban a poner a hacer para mantenernos activos. Desde chiquita la profesora

me decía. Cómo a usted le gusta, encárguese de esto y esto, y a los niños del grupo les decía: «Everildys queda encargada».

A mí me gustaba bailar; bailaba en la casa y en la escuela. Participábamos en eventos y ahí, en todos, yo también lideraba, pero hubo un momento en la infancia en que me desligué del territorio. Me tocó irme a vivir a la ciudad y eso cambió mi vida por un tiempo. Estuve en Cartagena y en Medellín. Estudié en la ciudad hasta noveno. Cuando tenía diecisiete años, me regresé de nuevo para acá, para Peñaloza, quedé embarazada de mi primera hija y luego de la segunda y hasta los veinte regresé al colegio para terminar el grado once y doce.

Volver al colegio fue también una lucha. Resulta que no había nocturna y en el diurno no aceptaban a muchachas con hijos. No había más oportunidades para nosotras de estudiar, pero finalmente esa lucha se ganó y entré al colegio y ahí, de vuelta, me puse a hacer muchas cosas. La mayor tenía tres años y la menor nueve meses. Eso era difícil. Tenía que entrar, tenía que salir, tenía que hacer trabajo social.

Me metí de nuevo a la danza y volví a ser tan inquieta como cuando era niña. Con la danza logramos representar al colegio en un Crea Regional. Fuimos a bailar a Quibdó. Ahí también yo terminé con ese grupo en una situación de liderazgo, pero el trabajo formal en el tema, comenzó

a tomar forma poco después de que terminé el colegio.

Por esa época, empezó un proceso comunitario, una oportunidad de formación para hacer una capacitación en administración de salud. Era el momento del apogeo de la Ley 100 y se iban a formar todas las empresas solidarias de salud que eran las empresas de economía mixta. Como yo había sido buena en el colegio, un día llegó alguien a hablar del tema. Los tíos y las tías se reunieron y me recomendaron, y fue así como terminé en el proceso para consolidar la empresa solidaria de salud de Acandí. De eso iban a resultar siete personas seleccionadas, pero resulta que la gente se fue cansando y aburriendo porque si ahora es difícil comunicarse con nosotros, cómo sería las cosas en ese tiempo. Yo me aguanté y seguí en el proceso. Mandaba todo lo que me pedían hacer, seguía instrucciones. Un día recibimos una llamada (en aquel entonces solo se recibían llamadas en la Alcaldía o en Telecom). Me mandaban a decir que me necesitaban del gobierno, del Ministerio de Salud, para decirme qué era lo que faltaba para organizar la empresa de salud de Acandí. Terminé sola el papeleo y cuando todo estuvo listo dijeron que necesitábamos encontrar un gerente. Aparecieron personas postulándose por todos lados, y la gente de la comunidad dijo que no querían a nadie más que yo porque si nadie se había quedado para hacer el proceso, por qué otro iba a hacer el trabajo.

Lo primero que pensé fue: «Yo no puedo hacer eso, porque no sé cómo», pero la gente me puso al frente y aprendí. Seguí, me enredé, me caí, me volví a levantar. Fueron tres años desde 1993 a 1996, que se vieron interrumpidos por la violencia en la zona. Me tuve que ir de Peñaloza de nuevo, pero en ese tiempo que trabajé por los demás, pasaron muchas cosas bonitas. Íbamos hasta las comunidades con los médicos a atender a la gente, llevábamos el beneficio de salud a todas las personas que pertenecían a la empresa.

En 2008, comencé a venir con más frecuencia a Peñaloza y en 2010, me quedé. En todos los lugares que viví durante esos años, terminé estando al frente de muchas cosas. Fui coordinadora de salud en el Magdalena Medio. Ahí les mostré cómo habíamos hecho el trabajo acá. En San Juan del Caguán, terminé siendo la directora local de salud del municipio. El servicio a la gente siempre ha estado ahí.

Cuando regresé en 2010, ya había pasado el proceso de conformación del marco de la Ley 70. Mientras yo había estado yendo y viniendo, otros estaban acá en el proceso de constitución de Cocomasur con todo el tema de los derechos étnicos, lo que hicimos en el territorio para poder consolidarnos como Consejo Comunitario. En cuanto llegué entonces, me puse a hacer lo que sabía hacer.

En ese momento teníamos varias situaciones en el colectivo. Los mayores estaban a cargo y había un



proceso para comenzar a trabajar mediación comunitaria en el que me pidieron que trabajara. Empecé a buscar cómo era que había sido el tema de nosotros en cuánto a resolución de conflictos. Había cosas, metodologías escritas, pero de esas hechas por gente que escribe sin vivir, que dicen que es lo que se debe hacer, cómo se debe hacer, pero sin entender nada del estilo de vida de las comunidades, y yo pensé, no vamos a hacer eso, no vamos a seguir un instructivo que nos diga cómo es que debemos vivir.

Entonces me metí de lleno en nuestras vidas, en la forma en cómo vivíamos, en las mayores situaciones que se nos presentan para resolver y mediar. Esto fue como volver a caminar por donde yo jugaba cuando era niña, recorrer los bosques que recorría cuando iba a llevar un servicio de salud. Era volver, llenarme otra vez de nuestra vida colectiva.

Muy rápido terminé dándome cuenta de algo que estaba ocurriendo con los temas administrativos. El consejo de Cocomasur participaba de unos proyectos, pero las organizaciones que hacían la cooperación, la gestión de recursos, tenían que usar siempre intermediarios para poder llegar a la comunidad. ¿Por qué la comunidad no puede hablar directamente con ellos?, me preguntaba. ¿Por qué no puede hablar directamente con quién dona el dinero? Hablé de este tema con la comunidad. La idea de hacer pro-

yectos estaba ahí. Yo estaba con la firmeza de continuar en este trabajo comunitario y, un día, el representante legal me contó que una organización, que se llamaba Anthrotech, había aparecido hablando de los proyectos REDD+ y que ellos querían que yo mirara el tema a ver si esto nos convenía.

Cuando llegó el momento de trabajar en el asunto, yo ya estaba de lleno en la comunidad en todas las actividades del territorio y comencé a hacer muchas preguntas para las cuales no encontraba una respuesta. Así que empecé a indagar, a buscar información donde podía. Me entregué como siempre, con alma, vida y corazón al asunto, y cuando ya estábamos adelantados en el proceso, de Anthrotech nos dijeron que para poder tener una alianza necesitábamos tener un tercero como garante. Nos mencionó tres organizaciones y nos dijo que, entre ellas, estaba una que se llamaba el Fondo para la Acción Ambiental y la Niñez. Y a mí ese nombre me sonó porque ajá. Me da mucha risa, ahora que lo analizo, yo no sabía nada del Fondo, pero pensé, si trabajan por el medio ambiente y la niñez, no pueden ser malos.

Si usted hace algo por los niños es una persona buena y si hace algo por los árboles también. Ese fue nuestro criterio avanzado de selección en ese entonces. En octubre de 2010 escogimos a Fondo Acción sin saber mucho de ellos. Llegamos a la conclusión de que no había ningún problema si

ensayábamos con ellos. Yo tenía esta idea: lo único que podríamos perder es el tiempo invertido, pero no podríamos perder nada más.

Desde que nos encontramos con Fondo Acción, nos entendimos con ellos por la sencillez con que se relacionaron con nosotros. Siempre hay mucha prevención y tensión de parte de las comunidades hacia los que vienen de afuera. Cuando se logra sentir que hay sencillez empieza a haber un respeto. Ellos confiaron desde el principio en la comunidad.

El acuerdo que hicimos fue que Fondo Acción acompañaba al Consejo Comunitario de Cocomasur por los primeros cinco años en los que se hiciera el proyecto REDD+ para fortalecer sus capacidades administrativas y financieras, y lo que terminó pasando fue que ellos comenzaron a ver que acá había muchos elementos de los que aprender. Ellos no llegaron solo con la mirada de fortalecer, se dieron cuenta que acá había fortalezas. Lo que ocurrió entre nosotros fue un intercambio. Claro que Fondo Acción tenía capacidades técnicas, administrativas y financieras, pero ellos no sabían que era un colectivo, una vida colectiva como la nuestra, entonces es ahí donde está la diferencia. Lo que creamos fue una relación y como en toda relación discutíamos. No hacíamos todo lo que el Fondo dijera, nos preguntábamos siempre: «¿Cómo así?», «¿Por qué?».

Estas discusiones comenzaron a generar una postura desde el Conse-

jo Comunitario, lo que queríamos, lo que queremos todavía, es tener quien nos acompañe, una organización que tenga la experiencia, pero para facilitar las cosas en la comunidad, para volver simple el conocimiento técnico. Yo siempre digo que un buen técnico es el que es capaz de volver simple su conocimiento, que se lo entregue a la comunidad para que lo comprenda y lo apropie.

Cada una de las cosas que Fondo Acción hacía con nosotros, se sentía de este modo. Estaban siempre tratando de buscar los mecanismos para que sacáramos los proyectos adelante juntos. ¿Cómo lo haremos? ¿Cómo lo lograremos? Y así, dialogando todo, íbamos avanzado.

Había voluntad. Voluntad de parte de ellos y de parte de nosotros. Poco a poco se fue haciendo verdad esta alianza, y ella terminó yendo mucho más allá de lo que necesitábamos en un inicio, mucho más allá del acompañamiento en el desarrollo del proyecto REDD+.

Juntos comenzamos a crecer, a encontrar los potenciales de este proyecto.

Para el año 2012, hicimos el primer convenio entre Fondo Acción y Cocomasur. Para esa época, Fondo Acción nos estaba diciendo: «Lo que ustedes hacen es grandioso, nadie en este país hace lo que ustedes hacen. Si pudieran contarle al país lo que ustedes están haciendo, muchas personas se motivarían». «Pero, ¿qué es lo que hacemos?», nos pre-

guntábamos nosotros. Como que no creíamos que nuestra forma de hacer las cosas, nuestra forma de vida, fuera algo para contar, para motivar.

Dar ese paso fue todo un ritual. ¡La paciencia que tuvo Fondo Acción! Por ese mismo tiempo, ellos habían creado la metodología Harmos para formación de líderes. Eso fue un detonante para nosotros. Un trabajo en el ser y el hacer, pero mucho más allá de eso, el trabajo que hicieron con nosotros de *coaching* organizacional, en formulación de proyectos, nos transformó por completo. Nos sirvió para entender que nosotros mismos podíamos hacer muchas cosas para conseguir recursos. Nunca imaginábamos que ese ejercicio de *coaching* iba a resultar tan transformador. Ni que iba a tocar tan a fondo a las personas que estábamos a la cabeza. Nos hizo pararnos diferente frente a los demás.

Comenzamos a sentarnos con la gente a contarle cómo había sido el proyecto, luego a escribir hasta que hicimos un libro que se convirtió en un estudio de caso del corredor de conservación Chocó Darién. Y de ese libro entonces comenzamos a pensar, si le fuéramos a contar esto a alguien cómo se lo contaríamos, y fue así como junto a Fondo Acción nos fuimos a recorrer el Pacífico para contar lo que habíamos hecho con el proyecto REDD+. A contar quiénes éramos Cocomasur y Fondo Acción, y lo que los proyectos REDD+ habían traído a la comunidad. Les contamos como nuestro proyecto fue una oportu-

dad para fortalecer la organización comunitaria, lo que no significaba que así fuera a ser para los demás. La idea era que cada quien lograra cosas a partir de su propia planificación, al enfoque que le dieran a su proyecto.

Lo que resulta exitoso para unos, no necesariamente le funcionará a los demás. A nosotros si nos funcionó. Todos los que estamos en Cocomasur, somos de acá; y todo lo que hacemos lo hacemos para el colectivo, para beneficiarnos todos. Muchas de esas comunidades que visitamos desarrollaron sus propios proyectos REDD+ y nos encontramos todas con el Fondo, en el portafolio REDD+ Comunitario del Pacífico.

Ahora estamos recibiendo recursos del Fondo Colombia Sostenible y escogimos a Fondo Acción como nuestro operador. El Fondo entra con nosotros en las negociaciones; ellos son los que firman con el BID, con el gobierno operante; son ellos los que hacen convenios con cada uno de los voceros, según los acuerdos a los que llegamos. En este momento, estamos trabajando en temas de gobernanza, productivos, de monitoreo de flora y fauna. Con el Ministerio de Ambiente y Desarrollo Sostenible acabamos de hacer una alianza para proyectos productivos de consejos locales; estamos formulando un proyecto etnoturístico, y no paramos de trabajar en el rescate cultural y el manejo del territorio.

Tenemos por delante muchos retos, uno de los más importantes es



COMASUT

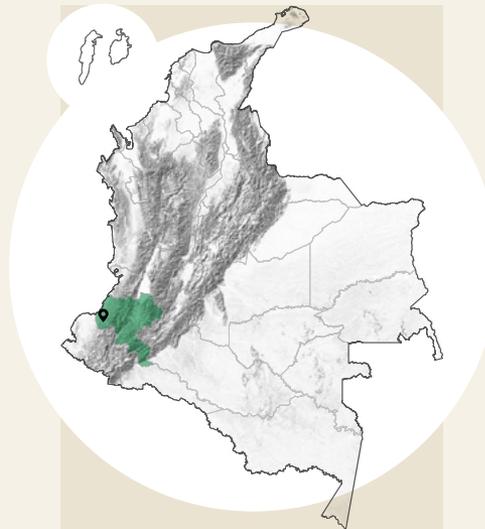
dejar lista una representación legal del consejo que las mujeres podamos seguir. Es muy raro que en los colectivos negros las mujeres seamos las representantes legales, así que es importante dejar esto solucionado para que cualquier mujer del territorio pueda decir, «Yo puedo ser la representante legal del Consejo Comunitario». Tenemos que aumentar la participación de las mujeres en la toma de decisiones del colectivo.

Hay otra cosa muy importante. En nuestra visión de colectivo que construimos juntos dice que aspirábamos a ser uno de los consejos comunitarios más reconocidos en el país y el otro día que hablamos, pensamos, el tema no es tener un reconocimiento sino sostenerse y ese sostenimiento nada tiene que ver con el afuera sino con el adentro; porque el reconocimiento externo llega solo cuando uno se reconoce a sí mismo.

Otro reto gigante es lograr que, a través de todo lo que hacemos, podamos permanecer en el territorio a pesar de las dificultades que se puedan presentar. Esto acá tiene que ser para nosotros tan bueno, tan bueno, que no exista nada mejor por fuera. Mientras pasa el calor, me meto en el río, algo así. No permitir que se nos pierda el norte comunitario por el relacionamiento con la institucionalidad, con todo lo que hay, que nunca se nos olvide que para nosotros lo más importante es la vida del colectivo, nosotros; la vida sencilla y tranquila sin que la política altere, sin

que las donaciones alteren, sin que nadie nos altere.

Ese es nuestro reto mayor, mantener el colectivo, mantener la convivencia pacífica, por eso es tan importante para lo rural y para los grupos étnicos, la implementación del artículo 1 de los acuerdos de paz. Este reto además no es solo nuestro, incluye a todo el colectivo colombiano. Todos tenemos que aportar.



«Hay que trascender la barrera del patriarcado»

Yolanda García, directora ejecutiva de Asomanos Negra, Guapi, Cauca

Hace veinticuatro años decidí que mi vida la iba a dedicar a liderar proyectos en el Pacífico y a nivel nacional. Yo era una niña inquieta, estudiante de un colegio normal superior en Guapi,

Cauca, y comencé a darme cuenta de que lo que se avizoraba no era alentador para la comunidad ni para la región. Pensaba yo, en ese tiempo, por qué si había crecido rodeada de tanta belleza, nadando en el río, teniendo pescado y oro —porque mi papá era pescador y minero—, si teníamos toda esa abundancia, por qué era que no teníamos energía ni agua potable, por qué teníamos que ir a recoger el agua al río para poder hacer los oficios en la casa.

Me preguntaba también mucho por la palabra pobreza, por qué los muy ilustres políticos, siempre decían, se quejaban de que el Pacífico era muy pobre. ¿No éramos ricos a nuestra manera? En la Normal en la que yo estudiaba, a uno le daban unas herramientas muy importantes de pedagogía y eso hizo posible que interiorizara mi contexto. Así fue que haciéndonos preguntas, algunos jóvenes del pueblo y yo comenzamos a crear una organización juvenil, y esa organización fue la que nos llevó a pensar en el papel de nosotros los jóvenes, en esa transformación que sabíamos que podíamos hacer. Entendimos desde entonces que era necesario que hiciéramos algo por la comunidad y por nosotros y por las futuras generaciones. La organización fue cogiendo fuerza y esto terminó en un reconocimiento regional. Todo el mundo en Buenaventura y en el Chocó, hablaba de que en Guapi había un grupo de jóvenes que era muy bueno.



Ahí fue que yo me hice visible y entonces se me consideró para que hiciera parte de la Secretaría Operativa Regional del Cauca, que integraba la comisión especial para comunidades negras que tenían de la mano con los senadores, parlamentarios y parte de del gobierno, la responsabilidad de reglamentar el artículo transitorio 55 de la

Constitución Política del 91, que era la única tabla salvavidas que podía ayudarnos a proteger lo que en su momento, nosotras y nosotros, estábamos tratando de incorporar como derechos de la comunidades étnicas en este país. Al final, con todo ese trabajo, logramos que eso se convirtiera en la Ley 70. Yo estaba tan joven y tuve la dicha y el privilegio de estar de la mano de muchos líderes muy representativos del país en esa tarea de reglamentar ese artículo y todo lo que esto posibilitaba a la comunidad negra, raizal y palenquera.

En este largo *caminandar* por allá en 2015, cuando acá en el Pacífico estábamos hablando de la estrategia de reducción de emisiones para armar lo que podría llegar a ser REDD+, nos encontramos con los amigos de Fondo Acción que venían también en su *caminandar* y comenzamos un proceso de construcción colectiva, poniendo cada uno de nosotros, sus propias perspectivas, frente a la construcción del mecanismo REDD+, y también en un plan de acción que posibilitara implementar unas estrategias concretas para las comunidades del Pacífico, desde el enfoque diferencial de género con la participación de mujeres negras del Pacífico y de otras regiones del país porque existía una necesidad de visibilizar a esas mujeres y considerarlas actoras claves en el proceso.

Para nosotras como mujeres ha sido difícil poder, desde el marco de la política de la implementación

de la estrategia REDD+, posicionar el enfoque diferencial de género: que se vea a la mujer como una actora clave y que se valoren sus aportes y toda su estrategia que, en materia de conservación, realiza en los territorios. Esta dificultad nace del diseño mismo de la política nacional. Es ahí donde se encuentra el vacío. No tenemos posibilidad de que se diga cuáles son las acciones diferenciales que las mujeres podemos implementar desde lo que somos, nuestro ser, nuestra identidad, nuestra condición, nuestro auto-reconocimiento, para que eso lleve a fortalecer nuestros procesos. La política debería manifestarlo con un plan de acción concreto, pero no lo hay.

Nosotras dijimos entonces, no vamos a esperar a que el Ministerio de Ambiente lo llene, sino que vamos a incursionar en nuestras acciones para que las mujeres participemos y tengamos el nivel de incidencia necesaria en el tema.

Hasta ahora, seguimos intentando plantearnos los lineamientos, seguimos intentando definir las estrategias, pero lo que tenemos claro las mujeres y estamos diciendo es que jugamos un rol determinante en la conservación de los recursos naturales y del medio ambiente. La mujer en el Pacífico es clave en todas las manifestaciones culturales; es la que transmite el conocimiento y los saberes de generación en generación, pero además es la que tiene

todo el compromiso de poder hacer que esos valores y esos principios culturales se mantengan. Creemos que el enfoque diferencial de género tiene que hacer parte de cualquier estrategia, de cualquier política, de cualquier lineamiento de proyecto. Por eso, trabajamos para que se nos reconozca en los procesos, se nos retribuya la acción de conservación; que se nos asigne presupuesto y condiciones para hacer el trabajo que hacemos.

Aún impera el machismo, el patriarcado en los escenarios del proceso organizativo y nos toca trascender esa barrera para poder hacer respetar los derechos de la mujer.

Fondo Acción facilitó el financiamiento de esta apuesta de las mujeres, desde un proyecto de cooperación internacional, para incorporarla dentro de los lineamientos de participación en REDD+ en el Pacífico y además la llevamos a otros lugares de Colombia: los valles interandinos, la Amazonia, el Caribe. Nosotras desde Aso-manos Negra, fuimos designadas como la comunidad responsable en la contratación con los recursos que Fondo Acción dispuso para la implementación de ese plan de trabajo con las mujeres y nos fue muy bien. Ese trabajo que hicimos fue el reflejo de todo lo que ellos nos ayudaron a crecer en lo administrativo y financiero, y también en lo social, porque nos abrió un camino en el acompañamiento y la asesoría.

Con ellos hemos realizado en estos años, a partir de nuestro deseo de que se implemente a fondo el enfoque diferencial de género, procesos enfocados a la línea de fortalecimiento de las mujeres con consejos comunitarios.

Hay fortalecimientos de coco, que es uno de los productos estrella de la región; también el proyecto del naidí que inicialmente era una experiencia empresarial de un privado. Hoy en día las comunidades se dan cuenta, que eso hace parte de su gestión empresarial como región, como comunidades nativas. Hay también proyectos de pesca y transformación de peces y mariscos. Las mujeres están trabajando en el procesamiento de la piangua, este molusco delicioso, apetecido, que tiene toda una historia, una construcción cultural porque las mujeres son las concheras, las piangüeras, las que lo recogen, y alrededor de este oficio hay un sistema cultural y productivo muy importante.

Se están llevando a cabo proyectos de cacao, de artesanías, de fortalecimiento etno y ecoturístico, como ocurre en La Plata, Bahía Málaga, Ladrilleros, Tumaco. También los proyectos agrícolas que van más al tema de recuperación de semillas. Nosotros hemos sido golpeados también como región por algunas políticas que implementa el gobierno y no alivian la situación, sino que la agravan, por ejemplo, en el caso de erradicación de cultivos

ilícitos, la política de fumigación con glifosato ha causado estragos ambientales, muchos daños irreparables como la pérdida de semillas y el deterioro de parcelas inmensas de cultivos agrícolas. En ese sentido, algunas dinámicas organizativas como la nuestra, nos hemos dado en la tarea de recuperar semillas nativas de arroz, de plátano, de papachina. Las que creemos que son fuertes para la autonomía alimentaria de la gente, pero que también que se puedan convertir en un *plus* para el fortalecimiento empresarial de la comunidad.

Con el Instituto de Investigaciones Ambientales del Pacífico (IIAP), recuperamos en el caso de la costa caucana, siete semillas de arroces y ya esas semillas están implementadas en la región. Hacía veinte años que esas semillas se habían perdido en la zona. Así mismo, estamos recuperando semillas de maíz, plátano y de musáceas en general.

Todo este trabajo ha sido realizado gracias a la relación que hemos ido construyendo con Fondo Acción, que ha sido muy motivador. Era muy importante que encontráramos un aliado que confiara en nosotras, en lo que hacemos y construimos. Hoy en día, tenemos muchas más mujeres liderando procesos en sus consejos comunitarios; tenemos lideresas regionales fortalecidas; tenemos procesos organizativos que van de la mano con proyectos que el mismo Fondo ayuda a apalancar; tenemos

relacionamiento con la institucionalidad y la empresa privada, que Fondo Acción ha posibilitado a través de sus buenos oficios; tenemos, digamos, territorios más sólidos, más consolidados en sus formas de gobierno propio, acordes con la política ambiental nacional, pero también con la política social que las comunidades negras nos hemos trazado, desde el derecho, el reconocimiento y la financiación, porque eso sí, los sueños se hacen posibles cuando se encuentra la financiación.

Hay muchas cosas buenas que han pasado, pero también es necesario señalar las dificultades. Tenemos un reto inmenso, en este momento, con los cultivos ilícitos que son los motores de deforestación. Otra de las dificultades que tenemos es la forma en que se ha concebido la región del Pacífico como un espacio para la extracción de recursos, que es finalmente lo que empobrece a las comunidades. Y pues, la persecución, la amenaza, el asesinato a los líderes sociales que es una realidad porque hay una marcada intención de silenciar las voces de quienes están reclamando y haciendo posible que se construyan procesos equitativos y respetuosos de las dinámicas que la misma comunidad construye para su beneficio y el del planeta. Nosotros estamos siempre en una situación de riesgo, de amenaza, pero la necesidad de hacer por la comunidad está más allá del miedo mismo.

En el centro de todas estas dificultades se encuentra el hecho de que no se tenga autonomía económica para lograr la autonomía política. Por eso es que es tan importante incursionar en actividades productivas. Los negocios nos van a permitir tener oxigenada la economía y así poder actuar con autonomía política. Superadas las dificultades económicas, tenemos que seguir recorriendo el camino; consolidar los procesos sociales es un reto inmediato. No podemos andar dispersos, ni los consejos comunitarios soportados en que existe la Ley 70, y a través del Decreto 1745 de 1995 que la reglamentó y le entregó los títulos colectivos a los consejos comunitarios. Tener los títulos no es la solución definitiva para lograr la autonomía. El gobierno entregó los títulos, pero no los mecanismos para hacer viables los territorios. Así que el reto que tenemos por delante es consolidar la autonomía política a través del fortalecimiento económico y hacer que los procesos de las mujeres se visibilicen, que ellas caminen su propio camino porque no podemos estar en la mescolanza de los procesos comunitarios que desconocen e invisibilizan el rol de las mujeres. Nosotras ya hemos determinado que es necesario que nuestros procesos tengan vida propia.

El tema ambiental es un tema clave en el que tenemos que seguir

trabajando, porque hoy tenemos muchas acciones que van en detrimento de los recursos naturales y el medio ambiente en el territorio. La presencia de empresas, algunas con permiso, otras sin permiso que explotan los minerales, hacen daño con su maquinaria pesada y no escatiman para deteriorar los sistemas en el territorio y, bueno, la misma deforestación que es un tema de bastante cuidado porque se ha convertido en la fuente de ingreso de muchas familias nativas, pero también del enriquecimiento de empresarios que hacen la intermediación y se pasan por la faja las directrices ambientales. Los volúmenes de producción maderera de estas empresas causan en el Pacífico muchos estragos, arrasan con la selva. La única manera de evitar que esto continúe pasando es fortaleciendo las capacidades locales de la gente, los liderazgos de escuelas de formación, que son los que consolidan los procesos sociales. Es a la gente a la que se le debe dar las herramientas para que hagan transformaciones y reafirmen sus acciones positivas en el territorio. Si no se les dan a ellos las herramientas, estamos dándonos un tiro al pie, porque los árboles, por sí solos, no se van a restablecer; los ecosistemas, por sí mismos, no se van a restaurar, y nosotros no vamos a tener la posibilidad de salir del empobrecimiento al que nos han sometido sistemáticamente.



«Cuando sobran las palabras es porque faltan las intenciones»

Bernardo Orobio, especialista comunitario Proyectos REDD+, Buenaventura, Valle del Cauca

Vivo en Buenaventura, dialogo permanentemente con los territorios y los que estamos trabajando con Fondo Acción en Cajambre, La Plata, Bahía Málaga y Bajo Calima. Venimos avanzando desde hace siete u ocho años en la formulación de un proyecto REDD+, básicamente en fortalecer las capacidades productivas y de gobernanza para de esta manera bajar la presión forestal del bosque y a partir de allí, prestar un servicio ambiental al planeta y, por lo tanto, a las empresas que liberan sus emisiones al medio ambiente.

Mi trabajo por el medio ambiente y las comunidades del territorio estaba medio escrito.

Yo de sardino me iba solo con mi bisabuela a su finca en el río Micay, más o menos veinticuatro horas de camino. Pasaba la noche entera viajando en lanchas pesadas, llenas de carga hasta que llegaba a la vereda El Guayabal, donde vivía mi abuela Leonida. Allí las casas quedaban más a o menos a trescientos metros de distancia y estaban rodeadas de cultivos. Nadie entendía por qué yo me iba para allá si no había niños para jugar, pero yo sabía que en la finca de la abuela iba a comer caña y zapote, a nadar en la parte segura y a pescar.

Lo único que me aseguraba antes de irme, era una bolsa grande de pan porque allá no había panadería. Cuando el pan se me iba a acabar, en alguna de las lanchas, me mandaban mis papás una bolsa nueva. Todo era tan silencioso que uno podía escuchar cuando una lancha subía, dos horas antes de que llegara a la casa de la abuela. La casa era alta porque el río se crecía y debajo mi abuela tenía el fogón donde preparaba el dulce de coco en una paila inmensa con un cucharón muy grande. No había planta eléctrica, y a veces cuando el clima nos lo permitía, conectábamos el televisor a blanco y negro a una batería de carro para ver la televisión, pero ese no era el plan, el plan era estar ahí, en ese lugar, entre la naturaleza.

Por otro lado, mi papá era también era líder en el proceso de las comunidades negras. Me cargaba para todos lados a las reuniones y luego me

compró una filmadora, para que yo las grabara. Me acuerdo muy bien de las primeras veces que lo vi hablando del tema de las comunidades negras, que hice salida de campo con él. Fue una noche que me llevó a un taller al Consejo Comunitario de Tatabro, que está entre Aguaclara y Llano Bajo. Llegamos en la tarde y dormimos en una maloca sin paredes ni colchoneta y al otro día entre todos arrancaron una reunión que tenía que ver con el derecho étnico, organizativo, las condiciones en el territorio y el fortalecimiento del liderazgo. Así fue que comencé a viajar. Yo iba a Yurumanguí, yo andaba en Raposo, yo andaba en Anchicayá y en el río Naya. Desde ese tiempo mucha gente de la zona rural me conoce como Bernardito y conocen a mi papá, tanto porque fue rector de varias instituciones de allá, de esa zona, y porque siempre hacíamos reuniones, conversábamos con la gente, intentando darle vida a lo que se había escrito en el documento de 1993 cuando quedó firme la Ley 70.

Por la vida en El Guayabal con la abuela Leonida y por andar de arriba para abajo con mi papá cuando llegó la hora de estudiar, escogí la biología, pero yo lo que quería era encontrar un tema bisagra. No tenía ganas de andar contando pianguas, pájaros y árboles, sino dialogando con la gente sobre los recursos naturales porque los animales, la flora y la fauna saben lo que tienen que hacer para estar vivos, pero es la falta de conciencia del ser

humano, lo que cambia sus realidades. En los últimos semestres de la universidad, me encontré con una electiva que se llamaba biología de la conservación y luego hice una maestría en medio ambiente. Así es que he ido dedicando mi vida a ver como desde la biología se puede trabajar el tema social. Llevo dieciocho años haciendo lo mismo y creo que tengo el mejor trabajo del mundo, aunque es un reto muy difícil por todas las dificultades que tenemos en el territorio.

El Pacífico colombiano es inmensamente rico en biodiversidad, en alegría y en tranquilidad, pero también inmensamente pobre en la desigualdad social, una que rebosa la copa. Los ingresos que se generan no son los suficientes para hacer una casa digna, un techo digno. Algunos nos tildan de perezosos, de no saber administrar los recursos, y efectivamente no es un deber saberlos administrar porque no estudiamos economía. La moneda se impuso.

La manera de vivir y establecer las relaciones económicas en el Pacífico era otra, era el trueque, la manocambiada, otras cosas que se han ido erosionando a cambio de la imposición de la moneda. También está el problema de educación, que los estudiantes puedan ir de la casa a la escuela tranquilos, que puedan tener camisas y zapatos que no estén agujereados, que cuando lleguen al salón de clase no les caiga una gotera y que no siempre se culpe a la rectora, no se diga que esta

precariedad es producto solo de la corrupción, porque la hay, claro que la hay, pero en medio de ella hay una baja inversión y un débil acompañamiento de la institucionalidad.

Y qué decir del problema de la salud. El otro día llegué a Cajambre y antes de que arrancáramos la reunión, nos dijeron que alguien se había cortado el pie. Allá no hay ni un puesto de salud. Nos tocó montar al señor en una lancha, meterle treinta y cinco galones de gasolina, buscar al marinerero y al capitán para que lo sacaran. El galón de gasolina en el río está a catorce mil pesos. Calcule. Nosotros que tenemos todas estas riquezas naturales nos empobrecemos porque carecemos de oportunidades. Si uno tiene que incrementar de esa manera los gastos para cubrir las necesidades básicas, eso lleva al empobrecimiento. Esta es nuestra cotidianidad. Hay mucha felicidad, pero también unas necesidades básicas insatisfechas que hay que atender. Lo bueno es que no estamos a la deriva, hay liderazgo, hay ganas, y hay organizaciones como Fondo Acción que trabajan de la mano con nosotros.

El trabajo con el Fondo ha incrementado el diálogo para la toma de decisiones en el territorio. La mayoría de las cosas, por no decir todas, se consultan. El relacionamiento entre la comunidad ha mejorado y creado confianza en la administración. El Fondo fue paulatinamente abriendo las llaves de la administración para el favor de los consejos comunitarios. Son

ellos los encargados de la administración de los recursos y también del liderazgo en las actividades en terreno.

Son cinco años de trabajo para lograr estos resultados. Cuando inició el proyecto, lo más importante fue generar la confianza en los proyectos REDD+, que la gente entendiera que eran al mismo tiempo un negocio, un bienestar para las comunidades, pero también que con el dinero tenían la obligación de conservar el territorio. Sistematizar lo que se hacía en la cotidianidad para obtener recursos por ello; hacerles entender que no estaban vendiendo el territorio, sino prestando un servicio ambiental para el beneficio propio y el de toda la sociedad.

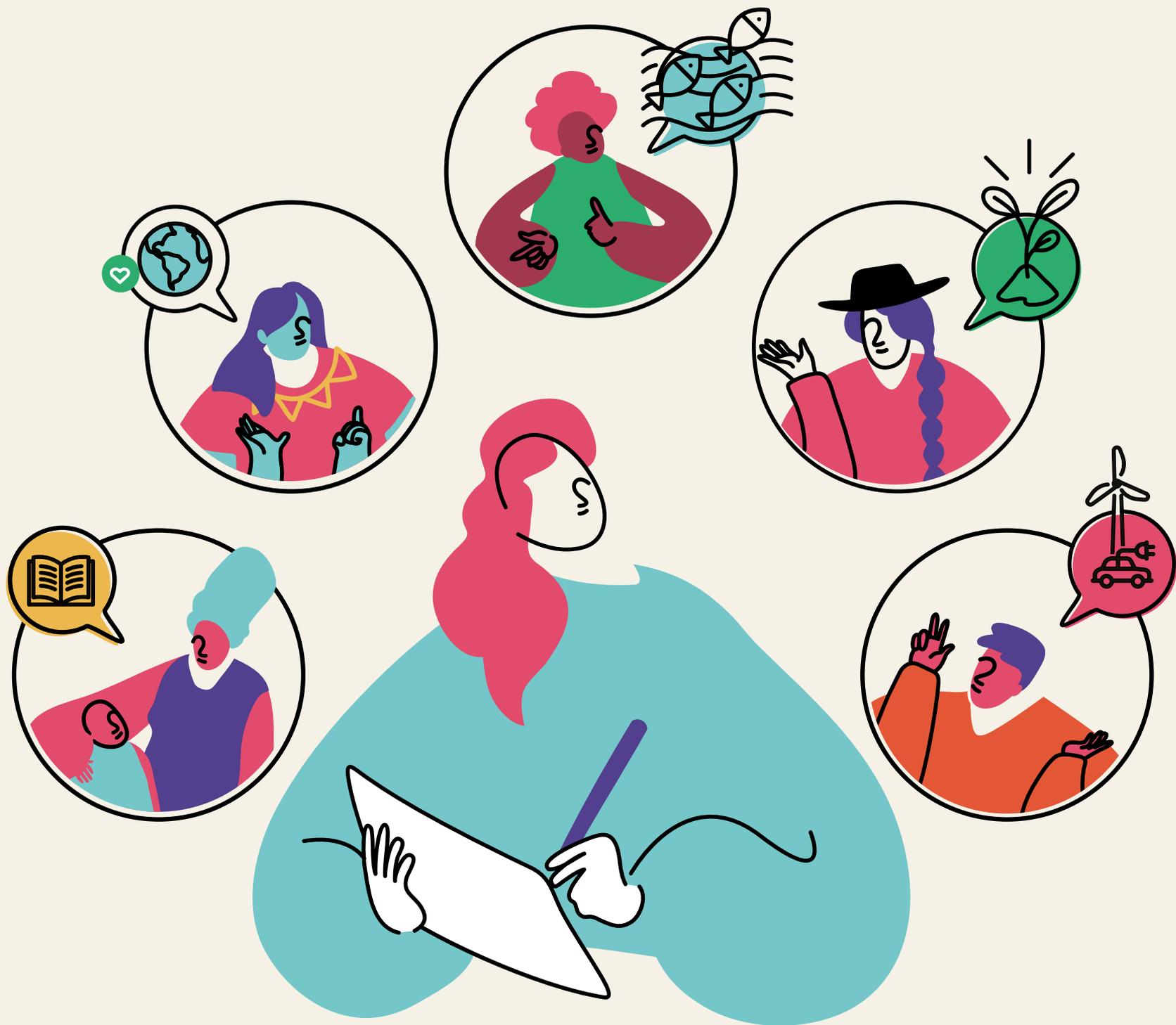
Acá, la clave para lograrlo fue la construcción permanente de la confianza a través de talleres, giras, acompañamientos en temas productivos y realización de asambleas. La confianza no se genera con frases vacías, no es una conquista, sino un acompañamiento. No se construye a través de la frase «tenéme confianza», eso es vacío. Cuando sobran las palabras es porque faltan las intenciones. Las comunidades son muy sensibles y su base es el diálogo. A la gente se la pone a dialogar y uno lo que tiene que hacer es recoger, prestando atención, así es que uno sabe lo que necesitan y quieren. La confianza se da cuando uno deja de tener en cuenta los intereses propios para atender a la comunidad y ahí es donde comienza el trabajo.





A person wearing a green shirt and dark pants stands on a log floating in a body of water. The background features a dense mangrove forest with lush green trees and a clear blue sky. The water is calm and reflects the surrounding environment.

▶▶ **En Fondo Acción creemos que la base de la sostenibilidad de las inversiones está en el fortalecimiento de capacidades de las personas, organizaciones y comunidades con las que trabajamos.**



4

Imaginar el futuro

► La vinculación de todos los sectores de la sociedad

A medida en que el tiempo transcurra, Fondo Acción tendrá que concentrar aún más sus esfuerzos en el trabajo con el medio ambiente y la niñez. En las próximas dos décadas se proyecta un incremento del cambio climático, el cual seguirá afectando profundamente estos dos ámbitos. La cartera y los esfuerzos de la organización en medio ambiente, tendrán que crecer y mejorar para poder responder a esta tendencia. Las acciones en terreno, basadas en la naturaleza, tendrán que ser más eficientes, ya que cada vez habrá menos tiempo para recuperar las condiciones ecosistémicas que mantienen el equilibrio en el planeta.

Habrá que seguir concentrando los esfuerzos en ofrecerle alternativas de vida dignas a las personas que viven asociadas a los ecosistemas naturales, pero al mismo tiempo realizar acciones eficientes que trasciendan lo local e involucren a muchos más componentes de la sociedad.

Todo lo aprendido durante estos veinte años, empujará a la organización a atender una demanda cada vez más creciente de proyectos bajos en emisiones y resilientes al clima, pero también en crecimiento verde y economía circular. Estas palabras serán faros que guiarán el trabajo de los equipos.

En conservación, frente a la extinción de las especies y la pérdida de hábitats, también habrá que trabajar más para restaurar ecosistemas, conectar áreas estratégicas y recuperar servicios ambientales.

Las líneas de desarrollo rural y fortalecimiento de capacidades, entendidas como herramientas de trabajo para actuar frente al cambio climático y lograr la conservación de la naturaleza, seguirán ayudando para que las personas, agentes activos en la transformación de los ecosistemas, encuentren alternativas de vida. Sin embargo, partiendo del entendimiento de que hay problemas que trascienden el desarrollo rural local (efectos globales), habrá que seguir concentrando los esfuerzos en ofrecerle alternativas de vida dignas a las personas que viven asociadas a los ecosistemas naturales, pero al mismo tiempo realizar acciones eficientes que trasciendan lo local e involucren a muchos más componentes de la sociedad. Por ejemplo, que un proyecto como La Minga, el cual se está desarrollando en el Pacífico gracias a la

cooperación internacional, pueda recibir también recursos de las empresas privadas que se benefician de los servicios ambientales; por ejemplo, que ellos reconozcan monetariamente el servicio de reducir la erosión costera para asegurar la actividad portuaria.

En pocas palabras, el Fondo quiere continuar buscando maneras de cambiar la mentalidad e involucrar a toda la sociedad en las causas ambientales de las que depende la vida en el planeta; motivarlas al trabajo colectivo por la protección del medio ambiente y los derechos de los niños, niñas y adolescentes, para que estos crezcan en un ambiente sano, en el que puedan tener acceso a la educación, el alimento y el agua; moverlos para que enfrenten decididamente la realidad y que lo hagan por ellos mismos y los demás, por un compromiso real con la vida humana y los demás seres vivos en el planeta.

Otro de los ámbitos en los que Fondo Acción tendrá que potenciarse es en el crecimiento de los modelos de financiamiento sostenible. En la actualidad, se encuentra haciendo los primeros pasos para convertirse en inversionista en empresas privadas y operar un nuevo fondo rotatorio para los proyectos REDD+, ya que se ha hecho evidente la necesidad de trabajar en estas modalidades mixtas donde el esquema permita realizar donaciones, pero también préstamos, para





También será fundamental para el futuro, trabajar para que otras organizaciones se beneficien de lo que el Fondo ha aprendido en estos veinte años de trabajo; que otros aprovechen el conocimiento que para ellos ha resultado transformador.

que se multipliquen las iniciativas de conservación ambiental bajo variadas modalidades de financiación sostenible.

En este mismo sentido, tendrá que ampliar su portafolio en el mercado de servicios ambientales; trabajar en control de la erosión y provisión de agua a través de la creación de mecanismos financieros. Es precisamente aquí, donde se encuentra una de las mayores posibilidades de crecimiento de la organización.

Trabajar en apoyo a proyectos, no solamente con donaciones a fondo perdido, sino entregar recursos que luego puedan ser recuperados por la organización para reinvertir en nuevos proyectos. Fondo Acción deberá crecer en la inversión de impacto buscando retornos financieros, ambientales y sociales. En otras palabras, el Fondo Acción trabajará a través de modalidades de financiación combinadas que pueden incluir préstamos, inversiones y donaciones.

También será fundamental para el futuro, trabajar para que otras organizaciones se beneficien de lo que el Fondo ha aprendido en estos veinte años de trabajo; que otros aprovechen el conocimiento que para ellos ha resultado transformador. Durante estos últimos cinco, ha crecido la divulgación y la gestión de conocimiento, buscando convertir al Fondo en un nodo, de aprendizaje, del cual, los que orbi-

tan a su alrededor, puedan obtener lecciones y maneras innovadoras de hacer funcionar sus esfuerzos en el trabajo por el medio ambiente y la niñez.

Convertirse en un tanque de pensamiento, no en el sentido universitario del ejercicio de la investigación, sino en un facilitador de comunicación de la larga experiencia del trabajo en terreno. En este sentido, los proyectos que sean realizados hasta 2040, deberán producir estudios de caso o documentos de incidencia en política pública, para que lleguen no solo a quienes fueron diseñados, sino al resto de personas en el país.

Para lograrlo, los donantes pueden ser un apoyo importante para hacer que esta difusión de conocimiento se haga de manera mucho más efectiva.

Fondo Acción también deberá realizar más alianzas con otros sectores: el de infraestructura, el financiero, el energético y el de las comunicaciones. Es un imperativo para el mundo el cambio de fuentes de energía. Este esfuerzo, que requiere mucho dinero, necesita del trabajo no solo con los gobiernos y la banca, sino con todos los sectores que mueven la economía, así como de una transformación de la política mundial que sancione de forma más dura, el daño ambiental.

En este esfuerzo para vincular a todos los sectores de la sociedad,

tendrá que volcarse a las comunicaciones para llegar con mensajes estratégicos. Aunque la situación en 2020 resulte desesperanzadora, el Fondo tendrá que mantener en mente una de las ideas que en estos veinte años ha movido la organización: las vidas se cambian una a la vez. Se aprende de la experiencia del trabajo colectivo con otras organizaciones y comunidades, y juntos escalan y transforman realidades, así como ocurrió con los proyectos REDD+ y con la consolidación de los patrimoniales.

Visto de este modo, el gran objetivo consistirá en seguir tocando vidas sin perder el corazón, ni desfallecer, ni desesperar; seguir en la lucha, haciendo mejor lo que la organización ha venido haciendo en los últimos veinte años y, al mismo tiempo, mejorar la capacidad de la organización para construir y compartir información.

El trabajo de fortalecimiento de capacidades en los tomadores de decisiones y sobre todo en el cuerpo legislativo, es un imperativo para facilitar la gestión de todos los componentes de la sociedad. Fondo Acción tendrá que integrar más y más sectores, sobre todo aquellos que más deterioran el entorno y vulneran los derechos de la infancia, para asegurarse de que hagan más efectivos sus aportes a la sociedad y realicen planes de compensación con los mayores estándares de calidad.

A word cloud of Spanish terms related to sustainability, community, and environmental care. The words are arranged in a dense, overlapping pattern. The largest and most prominent words are **Paz**, **Saberes**, **Comunidad**, **Sostenibilidad**, **Ecosistemas**, **Acción**, and **Creemos tierra**. Other significant words include **Bienestar**, **Clima**, **Mares**, **Colombia**, **Equidad**, **Resiliencia**, **Investigación**, **Planeta**, **Calidad humana**, **Equilibrio**, **Estratégico**, **Creatividad**, **Diversidad**, **Conocimiento**, **Ríos**, **Bosques**, **Coherencia**, **Afrocolombianos**, **Recursos**, **Global**, **Mujeres**, **Sabanas**, **Local**, **Niños y niñas**, **Confianza**, **Inversiones**, **Conservación**, and **Planeta**.

Planeta

Paz

Calidad humana

Equilibrio

Estratégico

Bienestar

Equidad

Creatividad

Diversidad

Investigación

Resiliencia

Saberes

Inversiones

Bosques

Conocimiento

Ríos

Confianza

Coherencia

Colombia

Sostenibilidad

Comunidad

Afrocolombianos

Páramos

Mujeres

Sabanas

Recursos

Global

Ecosistemas

Local

Niños y niñas

Conservación

Mares

Acción

Creemos tierra

Vida

Corazón

Políticas públicas

Protección

Innovación

Retos

Transparencia

Empresas

Participación

Adaptar

Gobierno

Cuidado

Urbano y rural

Eficiencia

Organizaciones de base

Indígenas

Producción limpia

Jóvenes

Donantes

Líderes

Compartir

Conectar

Permanecer

Agua

Cambio

Academia

Colaborar

Biodiversidad

Comunicar

Educación

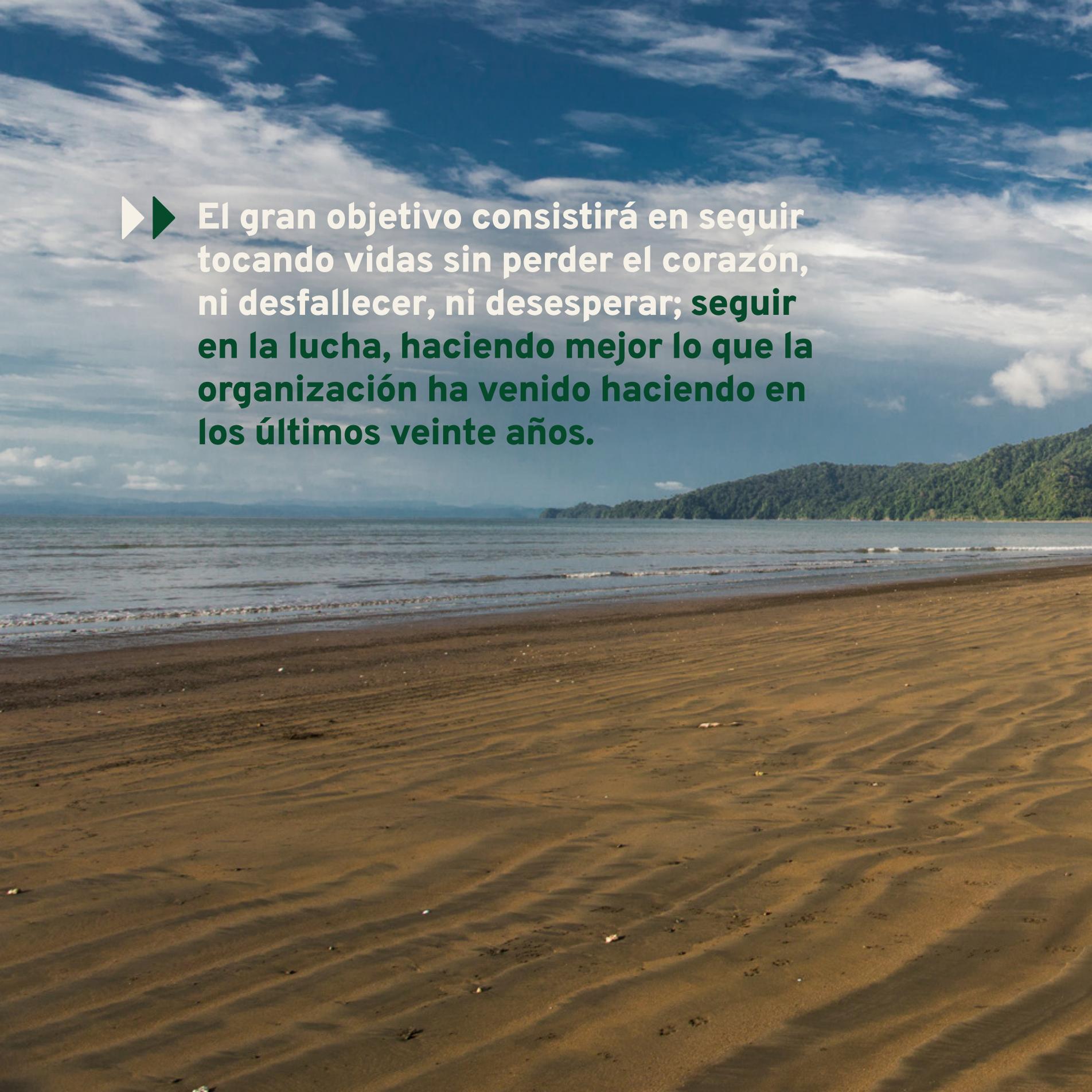
Aprender

Campesinos

Impacto

Fortalecer

torios posibles



▶▶ El gran objetivo consistirá en seguir tocando vidas sin perder el corazón, ni desfallecer, ni desesperar; **seguir en la lucha, haciendo mejor lo que la organización ha venido haciendo en los últimos veinte años.**





Gracias a las personas que han hecho parte de esta historia. A las comunidades que han creído en nosotros para trabajar juntos por la protección de la naturaleza y la niñez en Colombia, encontrando opciones para el buen vivir, conservando el territorio y la vida; gracias por su solidaridad, ejemplo y perseverancia. Gracias a nuestros aliados y donantes, por su confianza y compromiso para impulsar proyectos transformadores y con impacto en la sociedad. Gracias a los miembros pasados y presentes de nuestro Consejo Directivo, por su tiempo y dedicación para que como organización sigamos creciendo y aprendiendo. Gracias a cada persona que ha sido parte del equipo; con sus ideas, pasión y motivación por lo que hacemos en cada territorio, en cada comunidad y cada proyecto, hoy somos un fondo que crea territorios posibles.

**Fondo
Acción** 
Ambiente y niñez

**▶▶ 20 años
creando
territorios
posibles**